



GRADIVA

5

Número 1 - 2004

Revista de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis
ICHPA

Revista Gradiva

5 Número 1 Año 2004

**Publicación Oficial de la
Sociedad Chilena de Psicoanálisis
ICHPA**

perteneciente a la Federación
Latinoamericana de Asociaciones
de Psicoterapia Psicoanalítica y
Psicoanálisis (FLAPPSIP)
e International Federation of
Psychoanalytic Societies IFPS.

Directora

Eleonora Casaula

Consejo Editorial

María Luisa Azócar

Guillermo Brudny

Eleonora Casaula

Bernardita Méndez

e mail: gradiva@ichpa.cl

Directorio de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis - ICHPA

Presidente

Juan Flores

Vicepresidente

Hugo Rojas

Secretaría

María Teresa Casté

Tesorera

Marcela Ramírez

Directora Instituto

Sandra Oksenberg

Directora Consultorio

Pilar Soza

Comisión de Extensión

María Luisa Azócar

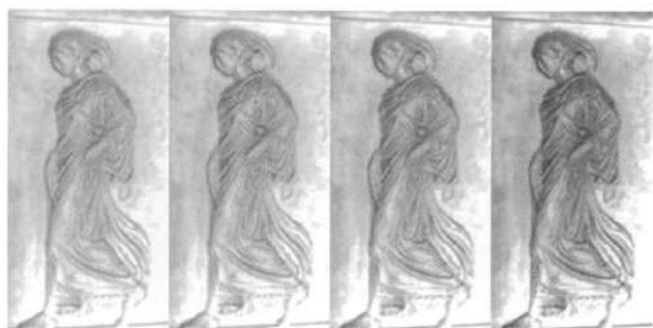
ISSN 0717-6600

Diagramación e Impresión

Covisual

Portada

Débora Koifman



GRADIVA

5

Número 1 - 2004
Revista de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis
ICHPA

Indice

Editorial

5

Textos

7

La formación de los analistas en tiempos de crisis

Hugo Rojas

9

De la pasión parental a la homosexualidad incipiente

François Pommier

17

Ricardo III, una mirada desde la perversión

Felipe Merello

29

¿(No) me queda la palabra?

Adriana Kaulino

35

Historización de la institución materna.

Del desamparo a la desolación

Ignacio Lewkowicz

43

Violencia y desamparo en la neurosis

Jaime Coloma

53

Perversión y significatividad de la castración

Felipe Cortés

65

Espacio Abierto

75

*Origen, género y memoria cultural:
huellas fotográficas de Leonora Vicuña*

Gonzalo Leiva

77

Autores

93

Institución

97

Editorial

En octubre del año pasado se celebró en Uruguay el XII Encuentro Latinoamericano sobre el pensamiento de D. Winnicott el cual, desde una mirada retrospectiva, resultaría ser vaticinador de sensibles pérdidas para el psicoanálisis. En dicha ocasión el Licenciado Ignacio Lewcowicz, historiador, presentó una novedosa ponencia (que luego le solicité para ser publicada en Gradiva) que indagaba en los elementos históricos subyacentes a las concepciones winicottianas de violencia y desamparo. La "historización", tema central de dicho texto, da nombre a una modalidad investigativa gestada a partir de la necesidad de rescatar aquellos sustratos históricos que en el proceso de construcción de los conceptos básicos del psicoanálisis pudieran haberse ido desvaneciendo. Su señera labor realizada desde el Estudio Lwz en conjunto con su esposa Cristina Corea, semióloga y Licenciada en Letras y difundida a través de múltiples publicaciones, se vio abruptamente interrumpida por el trágico fallecimiento de ambos en un accidente ocurrido el 4 de abril de 2004, dos días después de enviarnos la versión final de la ponencia que publicamos en esta ocasión.

En el marco de ese mismo encuentro de Octubre del año pasado se rindió un cálido homenaje al Profesor Emérito Dr. Luis Prego Silva, legendario psicoanalista uruguayo, maestro y mentor de numerosas generaciones de psicólogos, psiquiatras y psicoanalistas infantiles. Esta ocasión se presentaba como una oportunidad, dada su avanzada edad y precario estado de salud, para que sus discípulos, amigos y cercanos colaboradores junto con manifestarle su afecto pudiesen retribuir y agradecer en vida su generosa entrega al estudio y difusión de la salud mental y el psicoanálisis en el ámbito infantil. Para quienes tuvimos el privilegio de departir cercana y profesionalmente en múltiples ocasiones, su reciente fallecimiento sucedido este 22 de abril nos deja un gran pesar. En recuerdo suyo y de su obra hemos incluido en este número el discurso de homenaje de la Licenciada Adriana Anfusso en nombre de la Fundación Winnicott y una sucinta reseña de su trayectoria.

Afectados de manera mucho mas próxima, en el seno mismo de nuestra Sociedad, hemos tenido que lamentar el prematuro fallecimiento de

nuestro estudiante Juan Balart Moya. Egresado recientemente de nuestro instituto de formación, casado con Alemka Tomicić y padre de una hijita, fue víctima el 18 de abril de una muerte repentina e inesperada. Sus profesores y compañeros del Ichpa valorarán siempre su gran inteligencia, sensibilidad y agudeza en la reflexión psicoanalítica. De personalidad mas bien introvertida, supo no obstante, establecer fuertes vínculos afectivos, los que junto con hacer mas penosa su desaparición harán perdurable su recuerdo. Próximamente publicaremos un trabajo de su autoría así como también algunos de sus textos poéticos.

En este primer número de 2004 de *Gradiva*, destacamos la participación de dos artículos de autoría de nuestros estudiantes Felipe Cortés y Felipe Merello. Ambos textos abordan, desde distintas perspectivas, reflexiones acerca del concepto de perversión. Dentro de la misma temática, Jaime Coloma contribuye con su ponencia presentada en un panel del último Encuentro Latinoamericano sobre el pensamiento de D. Winnicott : *Violencia y Desamparo*.

Por otra parte, el psicoanalista francés Francois Pommier, nos presenta interesantes materiales clínicos reunidos en una ponencia titulada "De la pasión parental a la homosexualidad incipiente".

Seleccionamos además para este número un texto de Hugo Rojas O., dedicado a una acuciosa reflexión acerca de la formación de los psicoanalistas y un artículo de la psicoanalista Adriana Kaulino que indaga en la crisis de la reflexividad contemporánea.

Finalmente en la sección Espacio Abierto presentamos a Gonzalo Leiva Q., quien dando cuenta del valor y rol de la fotografía como medio expresivo en nuestra cultura, expone y analiza críticamente la obra realizada por la fotógrafa Leonora Vicuña en una comunidad *lafkenche* de la isla Huapi, ubicada en el lago Budi.

Eleonora Casaula T.

TEXTOS

La formación de los analistas en tiempos de crisis.

Hugo Rojas

El planteamiento, una vez más, de la cuestión de la formación de los analistas, asunto que siempre parece necesario plantearse repetidamente y sean cuales fueren los tiempos que corran, parece afectado de alguna manera por la condición de la atemporalidad del inconsciente. Plantearnos, ahora, en el contexto de una interrogación sostenida ampliamente en torno a la actualidad del psicoanálisis, en una actualidad caracterizada como crítica, el punto de la formación de los analistas como: “La formación de los analistas en tiempos de crisis”, pareciera suponer que el psicoanálisis podría estar necesitado de una particular adaptación a los tiempos que nos toca vivir. Parece suponer, además, que el psicoanálisis y los tiempos de crisis no fueran compatibles de suyo.

Antes de abordar nuestro asunto con relación a “los tiempos de crisis”, nos resulta necesario replantearnos la cuestión de la formación de los analistas, una vez más, desde lo que puede llamarse, el principio. De manera bastante incuestionable, se nos presenta un punto de partida a nuestra revisión, en el consenso que suscita la idea de que la formación de los analistas es una tarea que se realiza en el seno de las sociedades de

psicoanalistas, atendiendo, fundamentalmente, a dar cumplimiento a lo que se ha dado en llamar la “triada” de la formación. En el trabajo de 1926: “¿Pueden los legos ejercer el análisis?”, Freud se refiere al tema de la siguiente manera: *En estos institutos los candidatos mismos son analizados, reciben instrucción teórica mediante lecciones en todos los temas importantes para ellos, y gozan del auxilio de un analista más antiguo y experimentado cuando se les permite hacer sus primeros intentos en casos leves. Se calcula que esa formación lleva unos dos años. Desde luego, aún transcurrido ese tiempo se es sólo un principiante, no un maestro todavía. Lo que falta debe adquirirse por medio de la práctica y del intercambio de ideas dentro de las sociedades psicoanalíticas, donde los miembros más jóvenes se encuentran con los mayores.* (O. Completas, Amorrortu, tomo XX, pág. 213).

En esta cita de Freud encontramos señaladas, de manera muy sencilla y bastante concisa, las tareas que es preciso tener en cuenta en el trabajo de formación de los analistas. En la actualidad nos puede parecer que el tiempo de dos años que se destina para su cumplimiento, aun con todo lo que tiene de primer paso para convertirse en un principian-

te, diera cuenta de una cierta prisa en la empresa. Sin embargo encontramos claramente formulados los requisitos del análisis, los seminarios y la supervisión. Cabe que nos detengamos, aunque sea brevemente, a reflexionar en la articulación que hace que estas tres tareas se mantengan unidas de manera tan indisoluble. Es sugerente para nosotros que el texto del que acabamos de citar lleve por subtítulo "Diálogos con un juez imparcial", puesto que la dificultad, sino la imposibilidad, de transmitir a este juez lo esencial de la causa que Freud representa, estriba precisamente en dicha imparcialidad: *Yo sé que no puedo convencerlo. Está fuera de toda posibilidad y por eso también fuera de mi propósito. Cuando damos a nuestros discípulos instrucción teórica en el psicoanálisis, podemos observar cuán poca impresión les causamos al comienzo. Toman las doctrinas analíticas con la misma frialdad que a otras abstracciones de que fueron nutridos. Acaso algunos quieran convencerse, pero no hay indicio alguno de que lo estén. Ahora bien, exigimos que todo el que quiera ejercer en otros el análisis se someta antes, él mismo, a un análisis. Sólo en el curso de este <autoanálisis> (como equivocadamente se lo llama), cuando vivencia de hecho los procesos postulados por el análisis en su propia persona - mejor dicho, en su propia alma -, adquiere las convicciones que después lo guiarán como analista. ¿Cómo podría entonces esperar convencerlo a usted, el juez imparcial, de la corrección de nuestras teorías, que sólo puedo exponerle de una manera abreviada, incompleta y por*

eso impenetrable, sin que usted las corroborara mediante sus propias experiencias? (O. Completas, Amorrortu, tomo XX, pág. 186)

De esta cita queremos resaltar como lo esencial de ella lo pertinente al convencimiento necesario en el actuar del analista como aquello que lo podrá guiar en tanto analista. En palabras más directas: por lo que respecta al Inconsciente, el analista no es imparcial. No puede ser imparcial porque, en lo que atañe al inconsciente, en tanto haya podido fundar allí, aunque sea en la falta misma de fundamento, una experiencia, ha resultado concernido él mismo. El Inconsciente es su asunto porque lo inconsciente lo concierne a él sacándolo de una fría indiferencia. Es sólo en tanto que lo inconsciente no le es indiferente, por cuanto respecto de ello no podría ser imparcial, que puede realizar esa inversión de sus inversiones que lo habilita para ejercer, con relación a lo otro del inconsciente, su cara neutralidad. Cabe preguntarnos, sin embargo, si dicha experiencia basta por sí misma para sostenerse, si no ocurrirá que el trabajo silencioso de las resistencias que en él actúan, como en cualquier otro mortal sujeto a las vicisitudes de la vida, a los tiempos de crisis, a los momentos críticos, puedan hacerle perder el punto magnético que guiara la brújula de su escucha. Antes de abordar este interrogante, conviene que nos situemos con respecto del lugar que ocupa esta experiencia, y la convicción que debiera surgir y sostenerse de ella. En el trabajo de 1912, "Consejos al médico sobre el tra-

tamiento psicoanalítico”, en el punto en que aclara que todas las reglas que ha presentado hasta ese momento, tienen por finalidad hacer discernir el correspondiente, para el analista, de la llamada regla fundamental que se aplica al paciente. Es el mismo punto en que hace uso de la analogía entre la escucha, y la acomodación entre el auricular y el micrófono del teléfono. Es también el lugar en que explicita el punto preciso en que se pueden hacer valer las resistencias del analista. Pues bien, enseguida de estos desarrollos, leemos en Freud:

Hace años me preguntaron cómo podría uno hacerse analista, y respondí: <mediante el análisis de sus propios sueños>. Por cierto que esta precondition basta para muchas personas, mas no para todas las que querrían aprender el análisis. Y, por lo demás, no todos consiguen interpretar sus propios sueños sin ayuda ajena. Incluyo entre los muchos méritos de la escuela analítica de Zurich haber reforzado esta condición, concretándola en la exigencia de que todo el que pretenda llevar a cabo análisis en otros deba someterse antes a un análisis con un experto. Si alguien se propone seriamente la tarea, debería escoger este camino, que promete más de una ventaja; el sacrificio de franquearse con una persona ajena sin estar compelido a ello por la enfermedad es ricamente recompensado. No sólo realizará uno en menos tiempo y con menor gasto afectivo su propósito de tomar noticia de lo escondido en la persona propia, sino que obtendrá vivenciándolas uno mismo, impresiones y convicciones que en vano buscaría en el estudio de libros y la au-

dición de conferencias. (O. Completas, Amorrortu, tomo XII, pág. 116)

Al mismo tiempo que en este texto vemos confirmado la importancia del lugar que ocupa en la formación del analista, el análisis personal, volvemos a encontrar, también, el significado crítico que tiene para Freud aquella experiencia en la que puede constituirse la convicción que deberá asistir al analista en su trabajo. Sin embargo, también encontramos algunos indicios de respuesta para nuestro interrogante. Nos preguntábamos si no podrá ocurrir que esta experiencia pueda también estar sujeta a las condiciones que impone el hecho de la resistencia. Podemos distinguir dos cuestiones, entonces, en este texto; puede decirse que lo esencial del requisito sigue siendo esta experiencia que provee de la convicción, sin embargo, encontramos que esta experiencia no está garantizada. Si el análisis de los propios sueños pareció bastar en un momento, esto es en tanto pudiera verificarse sobre ellos una interpretación que nosotros acentuaríamos como propiamente psicoanalítica, precisamente a propósito de lo que comenzaba a ocurrir en ese tiempo con Jung y la escuela de Zurich. Dicha experiencia, por otra parte, parece frágil y está sujeta al olvido y a la mistificación. Parece necesario ampliarla y ahondarla y en muchos casos, aun cuando pueda verificarse, no es suficiente. Es necesario invertir algo más para afianzarla y sostenerla.

Este punto reviste importancia si tenemos en cuenta que permanentemente y

de maneras muy distintas nos encontramos en la disyuntiva, cuando acometemos un intento de reflexión acerca de la condición de analista y su formación, que puede plantearse como: "Ser psicoanalista o hacer psicoanálisis". Una fórmula convenientemente inquietante en este punto, es aquella aparece con la inversión correspondiente a aquella que dice: "Psicoanálisis es lo que hacen los psicoanalistas", haciendo depender de un supuesto ser del psicoanalista la condición de aquello que habrá de entenderse por psicoanálisis. "Psicoanalistas son aquellos que hacen psicoanálisis", esta frase muestra de manera más transparente cómo, el eventual ser del psicoanalista parece condicionado al carácter de una práctica problemática y crítica en sí misma. Es que el ser, en el analista, que no del analista, es aquello que vacila cuando se reconoce concernido por lo inconsciente, es decir, cuando se extraña. Pero es precisamente esta experiencia, experiencia de inquietante extrañeza, aquella contra la que puede revolverse todo nuestro narcisismo en juego, es decir, aquel discurso del ser del que nos provee la ontología, que siempre está presta a ponerse en el lugar que en psicoanálisis corresponde a la metapsicología.

Veamos cómo, en uno de los últimos trabajos de Freud, "Análisis terminable e interminable", de 1937, acorde al espíritu que recorre dicho trabajo, que, precisamente, está lejos del punto de vista que consideraría la experiencia psicoanalítica como algo a lo que se pudiera dar un acabamiento definitivo que cu-

piera interpretar como un ascenso en una escala de categorías hacia una excelencia del ser, Freud aborda la cuestión de la formación de los analistas. Para Freud la cuestión del progreso y los límites del análisis están, en último término, condicionados por lo que denomina la incidencia de los factores cuantitativos que se ponen en juego en el proceso del análisis. Según el punto de vista económico que sostiene Freud, el resultado y el alcance del análisis depende, a fin de cuentas, de las proporciones relativas de las fuerzas con que puede contar la empresa del análisis frente a aquellas que hacen obstáculo y que se actualizan como resistencias a su progreso. En la parte VII, en la que examina los obstáculos que puede representar el analista mismo para dicho progreso, leemos:

Detengámonos un momento para asegurar al analista nuestra simpatía sincera por tener que cumplir él con tan difíciles requisitos en el ejercicio de su actividad. Y hasta pareciera que analizar sería la tercera de aquellas profesiones <imposibles> en que se puede dar anticipadamente por cierto la insuficiencia del resultado. Las otras dos, ya de antiguo consabidas, son el educar y el gobernar. No puede pedirse, es evidente, que el futuro analista sea un hombre perfecto antes de empeñarse en el análisis, esto es, que sólo abracen esa profesión personas de tan alto y tan raro acabamiento. Entonces, ¿dónde y cómo adquiriría el pobre diablo aquella aptitud ideal que le hace falta en su profesión? La respuesta rezará: en el análisis propio, con el que comienza su preparación para su actividad futura. Por

razones prácticas aquel sólo puede ser breve e incompleto; su fin principal es posibilitar que el didacta juzgue si se puede admitir al candidato para su ulterior formación. Cumple su cometido si instila en el aprendiz la firme convicción en la existencia de lo inconsciente, le proporciona las de otro modo increíbles percepciones de sí a raíz de la emergencia de lo reprimido, y le enseña, en una primera muestra, la técnica únicamente acreditada en la actividad analítica. Esto por sí solo no bastaría como instrucción, pero se cuenta con que las incitaciones recibidas en el análisis propio no han de finalizar una vez cesado aquel, con que los procesos de la recomposición del yo continuarán de manera espontánea en el analizado y todas las ulteriores experiencias serán aprovechadas en el sentido que se acaba de adquirir. Ello en efecto acontece, y en la medida en que acontece otorga al analizado aptitud de analista. (O. Completa, Amorrortu, tomo XXIII, pág. 249-50)

Parece claro que el texto pivotea en torno a la idea de un trabajo arduo e interminable, en donde la condición de analista pende de las consecuencias que se siguen de la posibilidad de sostener y ampliar la convicción y el conocimiento recién adquiridos, en el trabajo mismo de analizar. La aptitud para analizar se encuentra condicionada por la posibilidad de afianzar, mediante las ulteriores experiencias, ese sentido que se puede haber adquirido. No sólo el análisis de los pacientes es de derecho interminable, aunque de hecho y en la

práctica puede tener término en un momento propicio, sino, de igual modo lo es el análisis del analista, interminable de derecho, igualmente, por razones prácticas, puede tener término en su carácter formal, en un momento conveniente. Pero no debemos pasar por alto, que en lo medular el texto que acabamos de leer apunta a la posibilidad de que el analista pueda encontrarse en aptitud de emprender el análisis. En realidad, una parte muy importante de lo que puede llamarse el trabajo formativo del analista se sigue a continuación. Con lo expuesto hasta ahora podría deslizarse la impresión de que con la experiencia del análisis personal del analista, no obstante todas sus limitaciones, a fuerza de prioritario y esencial, pudiera ser suficiente, como si en el psicoanálisis pudiera tratarse una experiencia inicial y necesaria como una experiencia de iniciación. Antes bien, un paso que se nos impone para que podamos avanzar en nuestra reflexión, es preguntarnos, a propósito de los otros dos términos de la tríada formativa, cómo es que éstos pueden articularse más allá de que pudieran aparecer como un agregado redundante, con la experiencia de lo inconsciente a que nos hemos venido refiriendo.

La cuestión, entonces, se nos presenta de la siguiente manera y llevando las cosas a un extremo: ¿son prescindibles las otras instancias formativas? En cierto modo, una vez ello fue posible, en el caso de Freud, quien nos legó su experiencia inaugural desde los más variados ángulos y que conocemos como su

pensamiento. Esta es una cuestión muy sugerente que atañe al singular genio de Freud y que tendremos que pasar por alto. Pero para nosotros, que buscamos reconocernos como parte de su filiación ¿nos será permitido pretender que el estudio del pensamiento psicoanalítico y la guía de los analistas más experimentados, pueden estar demás? Tendríamos que decir que no, en tanto seguimos los caminos de su descubrimiento. Volviendo al trabajo: ¿pueden los legos ejercer el análisis?, encontramos respecto de lo que podemos llamar por excelencia, y por analogía con las producciones del inconsciente: “las producciones del analista”, es decir las interpretaciones, lo siguiente: *No obstante, en el ejercicio efectivo del análisis se aprende toda clase de cosas. Por ejemplo: no le resultaría a usted tan sencillo inferir a partir de las comunicaciones que hace el paciente, las vivencias que ha olvidado, las mociones pulsionales que ha reprimido. Le dirá cualquier cosa que al comienzo tendrá para usted tan poco sentido como para él. Se verá obligado a asir de una manera muy particular el material que el analizado le brinde en obediencia a la regia, como si se tratara de un mineral en bruto del cual ha de extraerse mediante determinados procesos el contenido de metal valioso. Deberá estar preparado para procesar muchas toneladas de mineral que pueden contener muy poco de la sustancia preciosa buscada. Ese sería el primer fundamento de la extensión de la cura. (El juez imparcial) “¿Cómo procesa usted esa materia prima, para seguir con su símil?” Adoptando el supuesto de que las comunicaciones y ocurrencias del*

enfermo sólo son desfiguraciones de lo buscado, por así decir alusiones a partir de las cuales usted tiene que colegir lo que se oculta tras ellas. En una palabra: primero debe usted interpretar ese material, se trate de recuerdos, ocurrencias o sueños. Desde luego, la interpretación se hará con referencia a las expectativas que merced a su conocimiento especializado se hayan ido formando en usted mientras escuchaba. (O. Completas, Amorrtu, tomo XX, pág. 205)

En esta cita aparece situado con precisión el lugar de aquello que puede denominarse como conocimiento de la teoría psicoanalítica, bajo el nombre de conocimiento especializado. Podemos puntualizar, además, que en tanto depende de ese conocimiento especializado el carácter de la interpretación, el tipo de ese conocimiento no puede sernos indiferente. Al interior del campo psicoanalítico florecen multitud de puntos de vista, que privilegian de las más diversas maneras uno u otro de los aspectos o fenómenos que nos es dable encontrar. Es sabido por nosotros el modo en que Freud discutía, en la polémica con sus seguidores, cada vez que aparecía, al modo de una síntesis abarcadora y totalizante, la generalización de un punto de vista o un hecho particular y unilateral. Intentaba mostrar el lugar en que cabía dicho fenómeno en la compleja arquitectura, y a todas luces siempre inacabada, de la teoría psicoanalítica. Una teoría con el aspecto de una ciudad en permanente cataclismo que sufre también, permanente y repetidamente el remodelamiento de sus edificios, calles

y avenidas. Lo que se nos evidencia de esa manera es la figura de un pensamiento en crisis, al mismo tiempo que un pensar crítico. Es por esta razón que al que ejerce de analista no puede resultarle indiferente la discusión, la polémica y la confrontación en el campo de que se ocupa. El lugar de esta práctica es precisamente en primer lugar, para aquellos que se inician en el trabajo, los seminarios teóricos y los talleres clínicos, en los que trabajosamente puede ir apropiándose de las herramientas conceptuales necesarias para participar de la labor interminable en la que se ocupan desde los más jóvenes hasta los más experimentados, que no es otra que la de construir, y a veces también destruir, interminablemente, algún barrio de la ciudad psicoanalítica.

Hemos ido dibujando un trayecto en el que dimos ya dos veces con el hecho de la crisis: en primer lugar la crisis del supuesto ser del analista, en el análisis en el que se expone a la experiencia en la que pueda fundarse su convicción, en principio, pero no suficiente ni definitiva, habilitadora para su trabajo; en fin, una experiencia crítica. Después, dimos con el hecho de que el lugar en el que se ha de dilucidar el carácter y el sentido de dicha experiencia, y por lo tanto, los modelos y contenidos con que pueda vestirse su convicción es decir, las herramientas conceptuales con que ha de intimar con dicha experiencia y la, que realice con sus pacientes, se encuentran también en una crisis repetida. No puede ser de otro modo si este pensamiento debe reconocerse afectado por la reali-

dad de lo inconciente. Si en este momento pudiéramos intentar formular algo del orden de una definición de la identidad y la condición de los individuos que se ocupan del trabajo del análisis, tendríamos que decir que la condición del analista es toparse repetidamente con una crisis de identidad, tanto en lo que concierne a sí mismo, como respecto de las teorías de que pueda valerse en esta indigencia.

Si ahora ponemos atención en el lugar que puede caber a la instancia de la supervisión, y junto con ello a la responsabilidad del supervisor, es decir aquello por lo que el supervisor ha de responder, nos encontramos con que el analista experimentado se halla, en esta instancia, interpelado precisamente en su experiencia. ¿Por cuál otra razón habría de tomárselo por un analista experimentado? Aquí resulta necesario que nos detengamos y pongamos nuestra atención, aunque sea brevemente, en la idea de experiencia de la que hemos estado haciendo uso. ¿Es concebible el concepto de experiencia sin que allí esté comprometida la idea de un concernimiento personal? Aparentemente ello no es posible. La cuestión, entonces, es que de este analista experimentado se espera que guíe con su experiencia, que aquello que se espera que aporte a la formación del analista que le es confiado, es su experiencia ... personal. Partiendo del reconocimiento de que a éste no puede asignárselo a otro cometido que el de guiar con su experiencia personal en la clínica y en la teoría, es necesario que nos interroguemos sobre el meollo de

dicha experiencia en un campo muy singular, el del psicoanálisis. Pero, ¿cuál es esa experiencia, sino la que acabamos de bosquejar, la de la indigencia? Sin duda que son posibles y recomendables el aporte de muchos conocimientos y consejos al analista en formación que le ha sido confiado a su gufa, sin embargo, es esperable que estos puedan haber surgido y hayan sido discernidos en la propia experiencia del supervisor.

Llegados a este punto podemos retornar a nuestra partida. La formación de los analistas en tiempos de crisis. Sin duda, el temple de los analistas es algo que se forja en la crisis. La historia del psicoanálisis, en sí misma, es un testimonio de este hecho, están las crisis de sus instituciones, pero también las crisis de las sociedades en que se ha desarrollado. No siempre estas crisis coinci-

den; con frecuencia, sólo a posteriori es posible discernir que lo que parecía una prosperidad del psicoanálisis y los psicoanalistas, al abrigo de una sociedad segura y pudiente, no fuera sino un proceso más comprometedor para el destino del psicoanálisis que una crisis. Sostenerse en la crisis, para cada uno de los psicoanalistas, en su intimidad y en sus instituciones, es una tarea difícil y ardua como pocas, tanto como que uno de los riesgos mayores con que podemos enfrentarnos, ante las crisis de la sociedad y la cultura, al tenor de nuestras resistencias, es olvidar que la crisis y la indigencia son el modo en que intimamos con el objeto de que nos ocupamos, lo inconsciente, cualesquiera sean los tiempos que corran. Ante ello sólo cabe responder con el rigor que exige nuestra disciplina y la formación que ella demanda.

BIBLIOGRAFIA

Freud, S. 1912 *Consejo al médico sobre el tratamiento psicoanalítico*. Obras Completas, Amorrortu, Tomo XII.

_ 1926 *¿Pueden los legos ejercer el psicoanálisis?* . Idem. Tomo XX.

_ 1937 *Análisis terminable e interminable*. Idem. Tomo XXIII.

De la pasión parental a la homosexualidad incipiente.

François Pommier

Las situaciones que voy a exponer y someter a cuestionamiento están inspiradas en parte por una práctica psicoanalítica clásica, la cual me ha dado desde hace mucho tiempo, la posibilidad de encontrar hombres y mujeres heterosexuales y homosexuales. Algunos de ellos obviamente heterosexuales al comienzo de su análisis optan por la homosexualidad después de algunos años de trabajo sobre sí mismos. Otros, homosexuales al comienzo del proceso, se vuelven heterosexuales después de algunos años de análisis. Sin embargo, en general, la gran mayoría de mis pacientes asumen su elección de objeto inicial.

Debemos reconocer, como lo subraya Mc Dougall (1996), que *la mayoría de la gente considera sus actos amorosos y su elección de objeto como a-conflictual, en concordancia con su representación de sí mismo y conforme a sus deseos*. Agrega Mc Dougall que *la predilección sexual de un analizando sólo es un problema clínico en busca de solución, en la medida en que provoca sufrimientos en él o ella*, dicho de otra manera: *las preferencias sexuales sólo devienen un problema, motivo de análisis, si el sujeto vive su forma de sexualidad como una fuente de*

miento y por ende, no totalmente en conformidad con su Yo.

Las situaciones clínicas que presentaré se inspiran en un trabajo de psicoterapia y psicoanálisis que realizo desde hace más de diez años con personas seropositivas o enfermos de sida.

Este marco de trabajo, me ha facilitado la oportunidad de conocer a numerosos pacientes con comportamientos homosexuales, significándome además participar, en noviembre de 1996, en un coloquio sobre el tema "Tiempo y Sida" al cual también asistió, presidiendo una mesa redonda E. Roudinesco. Una pregunta suya acerca del modo en que yo abordaba la homosexualidad al interior de la cura dió lugar a que esta historiadora del psicoanálisis se explayara acerca de la curiosa forma en que ha sido tratada la homosexualidad en la historia del movimiento psicoanalítico.

En diciembre de 1921, la cuestión de la homosexualidad divide a los miembros del comité secreto que dirige la International Psychoanalytic Association. Bajo la presión de E. Jones y de los berlineses, la homosexualidad es finalmente destrerrada de la legitimidad freudiana, a sabiendas que Freud, hostil a todas las

sufriformas de diferenciación y discriminaciones, se oponía a la tentativa de separar a los homosexuales de los demás seres humanos, como un grupo particularizado. Es sabido que Ana Freud jugó un papel considerable en la desviación de la tesis fundamental de su padre y que se empeñó en transformar a los homosexuales en buenos padres de familia heterosexuales. Además, Roudinesco subrayaba que esta tesis de la IPA de ubicar a la homosexualidad del lado de las perversiones y de pensar en un tratamiento analítico dirigido a reeducar a los homosexuales para transformarlos en heterosexuales no existía entre los lacanianos. Ello explica que en Francia, a partir de los años 50, los homosexuales se analizaban con mayor facilidad con lacanianos, o con otros analistas no pertenecientes a la IPA. Hay que agregar, así como lo hizo Roudinesco, que lo que acabamos de decir de los pacientes también era válido para los analistas homosexuales, es decir que un miembro de la IPA no puede ser homosexual y analista a la vez. La razón invocada desde 1920 para esta interdicción implicaba que todo homosexual es un perverso y, por tanto, no puede practicar el psicoanálisis. Notemos que esta votación no fue aprobada por Freud quién, por supuesto, era partidario de integrar a los analistas homosexuales. Esta posición, que por lo demás nunca fue aplicada con demasiado rigurosidad, ha sido profundamente modificada desde 1997, en particular durante el Congreso de Barcelona. Desde luego, a través del tiempo la situación evoluciona, en especial en relación con los proble-

mas ligados al sida, ya que el sida también implica la irrupción de la homosexualidad en la clínica psicoanalítica. Me pareció necesario recordar, a modo de preámbulo, estos elementos de la historia del psicoanálisis en torno a la homosexualidad, particularmente ante el movimiento psiquiátrico, ya que sabemos que la Asociación Psiquiátrica Norteamericana anuló la idea que la homosexualidad era una enfermedad mental hace casi treinta años.

Lo que trataré ahora es, a la vez más restringido y más amplio que el tema de la elección de objeto. Más restringido ya que se trata de la homosexualidad en el transcurso de un proceso particular: la adolescencia, y más amplio porque no solo concierne a aquéllos o aquéllas que después elegirán tener relaciones con una pareja del mismo sexo, sino que interpela a todos y a cada uno de nosotros.

Presentaré dos situaciones clínicas de pacientes hombres, uno terminó siendo homosexual, y el otro heterosexual. Ambos tenían en común el haber ingerido drogas en algún tramo de su vida, tema que dejaré de lado para abordar más bien la emergencia de sus tendencias homosexuales en el momento de su adolescencia. Agregaré que el primero no asume bien su situación de homosexual y soñaba con ser heterosexual, el segundo, en cambio, no asume bien su situación de heterosexual y regularmente se preguntaba si no era homosexual.

Thierry es un hombre culto, de aspecto

deportivo, de sonrisa burlona. Tiene cuarenta años y ocupa un cargo de responsabilidad en una gran empresa. Desde hace tres años practica aikido, se dice atraído desde siempre por diferentes formas de espiritualidad, los mundos paralelos, el misticismo. En el marco de estas múltiples experiencias ensayó a los veinte años todo tipo de drogas: heroína, cocaína, cannabis, LSD. Hoy, utiliza en ocasiones drogas llamadas duras, pero consume cannabis regularmente y desde hace unos diez años de manera cada vez más compulsiva. El consumo de cannabis es lo que lo lleva a presentarse por primera vez, en junio de 1995, al consultorio especializado en drogadicción donde me desempeñaba en esa época. Llega siguiendo los consejos de su médico que, desde hace diez años, lo controla regularmente por una seropositividad al VIH.

Thierry no establece de inmediato la conexión entre el momento en que supo que era seropositivo y el período en que su consumo de cannabis adquirió un carácter compulsivo. Durante las primeras sesiones no se detiene en el tema del sida, explicando sólo que la contaminación por VIH no fue una sorpresa para él, aunque en esa ocasión habla descuidadamente de las múltiples relaciones homosexuales a las cuales, en una época, se entregó sin ninguna protección lo que, precisa, no sucede ahora. Si bien afirma en forma clara su homosexualidad, percibo en su manera de hablar, su dificultad para asumir esa elección (si es posible hablar de elección) ante una sociedad a la cual, muy por el contrario,

desearía amoldarse. Percibo asimismo su malestar al encontrarse en una situación de *adicto*, como dice él mismo, con una expresión de asco que esconde mal la rabia y la desesperación con quién predica el ascetismo y una cierta vuelta a la naturaleza teñida de espiritualidad. Su homosexualidad y su toxicomanía, a mi juicio, proceden de un mismo combate.

La conexión entre sexualidad y toxicomanía se manifiesta cuando, durante una sesión comienza a hablarme del recuerdo de su primera y última inyección de heroína, a los 19 años. Me explica que conserva de esta experiencia una sensación de desdoblamiento mezclada con angustia. Inmediatamente sigue con el relato de una situación similar, pero más precoz, su primer contacto sexual a los 11 años, con un hombre adulto que encontró en una playa y que le obligó a practicar un felacio. El problema del traumatismo, por supuesto se plantea aunque no percibo, a través de sus evocaciones, una expresión de desconcierto real al evocar esta escena. Noto más bien una cierta voluntad de exhibir delante mío este primer momento de coerción a nivel sexual. Como si me significara el advenimiento, en ese momento de su vida, del código de un deseo que pudiera haber ignorado hasta el momento de ese encuentro furtivo. Aquello me lleva a pensar que la atracción de Thierry hacia los hombres se había desarrollado mucho antes de este episodio. Me lo confirma algunas sesiones después al hablarme de la admiración de la cual fue objeto durante su primera infancia, par-

ticularmente por parte de su madre y de su abuela, agregando que esta permanente referencia a su belleza lo había molestado hasta los 11 años. También agrega que a partir de esa edad ese fenómeno se había invertido y que había podido finalmente mirarse con placer en un espejo, al extremo de experimentar durante toda su adolescencia verdaderos fenómenos alucinatorios. Una adolescencia descrita por él mismo como muy imaginativa y al mismo tiempo bastante gris.

Thierry, entre los 13 y 18 años tiene regularmente relaciones sexuales con un compañero de colegio un poco mayor que él. Anoto que, a los quince años, le pide a sus compañeros que le presenten a una niña con la cual hacer el amor para perder la virginidad.

Durante mucho tiempo - me cuenta en una sesión - era como si me metiera dentro del cuerpo del otro y me encontrara entre sus vísceras, recubierto por su piel. Esto me evoca el cuento "Piel de asno" y quizás por el recuerdo de este cuento me distraje de la idea del espejo ligada habitualmente a la homosexualidad. Finalmente aparto la representación y sólo retengo el afecto. Quizás por esta razón, como lo subrayó durante la discusión el Dr. Gutton, con su relato de estar cubierto por la piel de otro, nos remitió a algo distinto. Elijo, en contrapunto durante esa sesión, quedarme en el mundo de la infancia refiriéndome a la analogía con la situación de un bebé en el vientre de su madre. Thierry reconoce inmediatamente la alusión, lo que

da lugar, en las siguientes sesiones a un movimiento transferencial en el cual se entremezclan sentimientos de amor y odio hacia mí.

En ese momento, la relación de Thierry con su madre ocupa el centro del trabajo sobre sí mismo. Da a conocer entonces algunos elementos de los antecedentes familiares. Es hijo de un albañil, de origen español y su madre, hija de un tabernero de un puerto del sur-oeste de Francia. Cuando sus padres se separan Thierry tiene cuatro años. La madre se va a vivir con su hijo a un pueblo en Borgoña y muy luego se vuelve a casar con un pequeño contratista instalado en la región. Tres años después la pareja tiene un hijo hombre, que pone a Thierry en posición de tener que compartir con otro niño. Situación inconfortable para alguien que, en pleno período edípico cree, como mi paciente, en una relación exclusiva con su madre. Thierry la describe como alguien *muy apetecible*, de quien habían querido hacerle creer que se prostituía cuando tenía diecisiete años. En especial su abuela paterna difundía esta idea, la cuál pese a rehusarse a creerla no ha logrado expulsar de su mente. Thierry piensa que sus padres vivieron una historia muy pasional y como prueba del amor eterno que los unía, relata un episodio que remonta a la época de sus once, doce años y que todavía hoy día, lo emociona hasta las lágrimas. En el momento en que está por partir a las habituales vacaciones a casa de su padre, su madre desliza a hurtadillas en su mochila, unas fotos del padre cuando joven en uniforme militar. Mi

paciente, se da cuenta del subterfugio pero no dice nada, e interpreta este gesto como un deseo de su madre de deshacerse de los últimos lazos que la unían a su marido. En el momento de partir descubre que, curiosamente, las fotos han desaparecido. Deduce, con cierto alivio, mezclado de emoción, que la madre las volvió a tomar, in extremis, incapaz de romper los lazos de su primer matrimonio.

Durante la sesión constata que al igual que su madre ante su padre, él también se encuentra en la imposibilidad de romper ciertos lazos. Por un lado, los que lo unen, en un torbellino adictivo, por turno a la droga y a los hombres reducidos al estado de objetos parciales de goce y, por otro lado, aquellos que lo unen a su nueva familia, es decir, a su padrastro y sobre todo a su hermano menor, prueba de la relación entre la madre y el padrastro, y a quien se vió obligado a integrar a su vida por amor a su madre.

Thierry se vive como un vínculo entre sus dos padres, como el representante de la pasión que unió a un hombre adulado por su mujer, madre de mi paciente, al parecer muy excitada sexualmente y que fue rechazada por la familia del padre. Durante las sesiones se da cuenta, poco a poco, del funcionamiento dual que lo orienta constantemente. Dividido entre el bien, lo que sería bueno para él, es decir, una existencia regular, meditativa y con pocos estímulos exteriores y el mal, representado esencialmente por la droga y el sexo. Dividido entre los sentimientos de amor y de odio

que no logra articular, entre su tendencia al ascetismo y la tendencia que lo lleva a una forma de decadencia. Reconoce fácilmente que estas dos tendencias, cada una a su manera, lo arrojan a una atmósfera relativamente fusional.

Lo que también llama la atención en la descripción de sus padres es el carácter tajantemente diferente de cada uno de ellos: una madre que él mismo califica de histérica, un padre campesino. Ella despierta deseo, él inspira rechazo. Debo agregar al respecto que he encontrado entre mis pacientes hombres, igualmente homosexuales, situaciones inversas: un padre a veces violento que seduce por su prestancia, una madre que aún sometida al padre es finalmente rechazada. Con esto quiero decir que la posición materna de los hombres homosexuales en su relación con los hombres no es una regla general. Esto me lleva a pensar en otro paciente de quién diré algunas palabras como ilustración de esta ausencia de regla.

Gerard, de alrededor de cuarenta años convive con un hombre desde hace más de diez años, una existencia relativamente equilibrada, por no decir banal. Sus padres habían muerto no hace mucho, cuando lo veo por primera vez. Su padre ha sido un hombre brillante y muy severo a quien ha idealizado, no así su madre quien, al parecer, ha sido indiferente con Gerard, en contrapunto con el sometimiento atemorizado que ha demostrado frente a un marido bastante violento. Gerard, al contrario de Thierry, se identifica más con su padre que con

su madre. Pero, al igual que Thierry, Gerard se constituye como enlace entre sus padres, sea para separarlos -por ejemplo durante un período de alcoholismo del padre en que éste se mostraba violento- sea para sacarlos de un momento depresivo, para lo cual, según me explica, los hacía reír a uno y al otro. Atraía la atención hacia él para que sus dos padres, ambos huérfanos desde chicos y abandonados el uno al otro según su parecer, pudieran despegarse y salir de la pasión.

Lo que quiero subrayar en relación a estas situaciones clínicas, es esa noción de distanciamiento o más bien ese juego de distancias entre los padres el cual lleva al niño a intentar acercarse a los padres entre sí o bien a separarlos.

El lenguaje de la pasión parental es lo que, a mi juicio, está en juego en la elección de objeto homosexual y sabemos cuán traumatizante puede ser el lenguaje de la pasión. Seductor para el niño en la medida en que conlleva uno o más sentidos que él mismo ignora, manifestando así la huella y la presencia del inconsciente de los padres. Thierry parece, a menudo, escindido entre la inocencia y la culpabilidad. La identificación ansiosa que, regularmente manifiesta hacía mí, a la imagen de su identificación con sus padres, me haría colocarme fácilmente del lado de algunas ideas propuestas por Ferenczi (1932) con relación a *las neurosis y consecuencias patológicas que pueden resultar del injerto prematuro de formas de amor pasional repleto de sentimientos de cul-*

pa, en un ser aún inmaduro e inocente. Pero más allá del lenguaje pasional del cual pudo ser objeto en su niñez, aquí se trata esencialmente del lenguaje de la pasión entre adultos, de la cual, sin querer, ha podido ser espectador. Como lo hace notar el Dr. Gutton en la discusión posterior, Thierry busca en la homosexualidad *una situación paterna que desde luego no encuentra, pero que sin embargo busca.*

También el lenguaje de la pasión llama la atención en la historia, apenas esbozada, de Gerard. Se encuentra igualmente en situación de escisión entre inocencia y culpabilidad, miedo frente a su padre, miedo que, como dice Ferenczi *obliga a someterse automáticamente a la voluntad del agresor, adivinar sus más mínimos deseos olvidándose totalmente de sí mismo así como a identificarse completamente con el agresor.* Gerard no busca en su homosexualidad, una "solución materna" destinada a frenar los ardores de la virilidad caricaturesca de un padre, sino un medio para escapar al riesgo de verse él mismo involucrado en el movimiento pasional de los padres. Por cierto, así como en el sueño los pensamientos más lógicos se expresan a través de imágenes, las relaciones lógicas se expresan como simultáneas y las relaciones causales bajo la forma de una sucesión, Gerard asimismo reproduce a través de fantasías, la expresión de la relación fusional de los padres, es decir de la escena primitiva, lo cual, gracias a este mecanismo de figurabilidad simbólica, lo protege de una relación de tipo incestuoso.

La otra situación que quisiera exponer es la de un joven de veinticinco años que consulta por primera vez en mayo de 1993. Los problemas que presenta son, en primer lugar, una frecuente inhibición, en particular con las niñas, *las niñas son demasiado seguras de sí mismas*. Ellas, me explica, lo asustan y le devuelven una imagen de sí mismo que no le corresponde. Pascal experimenta a menudo sentimientos de inferioridad y vergüenza, en particular cuando está a punto de seducir. Estos sentimientos lo llevan a ingerir con frecuencia drogas, generalmente pastillas estimulantes que le dan energía. Se dice paralizado por una mirada que exprese un deseo carnal: se siente rápidamente agredido. Me habla de su dificultad para proyectarse como orgulloso de sí mismo en alguna situación con una niña. Piensa que a menudo es grosero, torpe.

Pascal habla de su sentimiento de no haber salido nunca de la adolescencia, la cual, en su recuerdo, fue particularmente conflictiva. Hoy se siente aún un adolescente, inclusive un niño. No logra salir de esta posición de niño y adoptar ante una mujer la posición de amante. En cuanto al ambiente familiar, describe a su padre como un hombre de conocimientos, que hace alarde de liberalismo cuando en realidad es muy conformista, bastante débil, y capaz de desvalorizarse mucho. Por ejemplo, al mirar una fotografía de su servicio militar, delante de su hijo, se evalúa flacuchento al lado de sus colegas de la época, agregando que el ejército lo ha asustado siempre. Al mismo tiempo Pascal tam-

bién describe a su padre como una muy buena persona, capaz de defender causas justas en la medida de sus posibilidades y pese a su fascinación por las personas autoritarias a semejanza de su propio padre. Pascal siente que su padre quisiera que se le pareciera mucho. Por otra parte, reprocha a su padre no haberse nunca presentado como alguien capaz de desear sexualmente una mujer. *En cuanto a mí*, agrega rotundamente Pascal, *es como si nunca hubiera sido sexuado. Mi padre me metió en la cabeza que, de todas maneras éramos poca cosa*. Habría que agregar a la descripción de su padre el que éste permanentemente se resiste a sus propias disposiciones. Es decir, que termina dándole informaciones contradictorias. Por ejemplo, fustiga verbalmente toda tendencia al pudor, mientras se erige, casi sin querer, en modelo de reserva y moderación.

La madre de Pascal, desde otra vertiente de la misma problemática del hijo pródigo, es descrita como manifiestamente indiscreta. Inclusive parece tener un gran interés por las sábanas y la ropa interior de su hijo. Pascal sin embargo, habla menos de su madre que de su padre. Ambos son descritos como ansiosos, poco pudorosos de hecho el uno con el otro y muy apegados a Pascal. Ambos desean que siga siendo el niño de la casa.

Otro personaje importante de la familia es su hermana, tres años mayor, tan morena como él es rubio, tan imponente como él es delgado y de baja estatu-

ra. Una hermana que aparece a menudo en sus sueños, aún cuando ya no se trata de los sueños eróticos de antaño en los cuales estaba directamente implicada. Pascal idealizó literalmente a esta hermana de la cual dice haber aprendido mucho sobre la feminidad. Está casi siempre presente en su mente, en especial cuando está tratando de seducir a una niña. La describe, desde luego, como muy dominante, nunca ha titubeado en rebajarlo en diferentes circunstancias, tampoco lo ha defendido en peleas familiares, pese a que él ha tomado siempre su partido cuando ha habido conflictos con los padres. Pascal me explica que no ha vivido esto como una traición porque es *demasiado ingenuo para experimentar ese sentimiento*, aunque sí con cierto sentimiento de injusticia. Piensa que siempre hubo algo entre su padre y su hermana y que, ante los ojos de ellos, él debía permanecer en su lugar de niño pequeño. Reconoce que, en contrapunto con esta idealización, su hermana aparece como una persona muy común; desde siempre se ha sentido deslumbrado por ella, y aún excitado, precisa, aunque ya no experimenta esos momentos de éxtasis o de plenitud que lo invadían antes.

Abordaré ahora los aspectos relativos a la sexualidad de Pascal. Mi paciente recuerda haber tenido una sexualidad activa entre los once y los dieciséis años. Recuerda su vergüenza, al volver donde sus padres, después de haber estado abrazado con una chiquilla por un rato, la misma vergüenza que había experimentado en los baños de la escuela pri-

maria cuando temía que lo observaran. *Un sentimiento de vergüenza que casi calificaría de fósil, me dirá después... conozco sus efectos pero he extraviado su causa, tiene que ver con mi madre, mi tía, mi hermana y con la relación que mantienen con las necesidades más primarias.*

Cuando comienza su pubertad a los dieciséis años, todo cambia. Pascal recuerda a una joven que, según todo el mundo, estaba enamorada de él, a la cuál rechazaba, diciéndose *No me conseguirá... Terminé preguntándome si no era homosexual* - me dice mi paciente - *sobre todo porque yo le gustaba bastante a los homosexuales.* Allí evoca a un compañero ante el cual experimentaba ciertos sentimientos, *...un compañero afeminado* - me dice - *probablemente homosexual; era difícil para mí, nunca pasó nada.*

Pascal me habla, entonces, de dos muchachos a través de quienes van a emerger sus tendencias homosexuales durante su adolescencia. Los llamaré Eric y Fabrice. Me describe a Eric como una persona rebelde, bastante impresionante físicamente para quienes lo rodeaban, con una fuerte tendencia a valorizarse a sí mismo y también a mi paciente. A través de la descripción que hace reconozco en ese muchacho, una cierta tendencia asocial y manifiestos rasgos megalomaniacos. Lo que resulta más interesante es que Pascal me dice que *...a través de Eric, podía reconocerse.* Se reconocía porque este reconocimiento operaba en un movimiento de com-

paración: mientras más desvalorizaba Eric a Fabrice, el otro amigo, más se sentía valorizado Pascal ante sus propios ojos. Mas tarde me dirá que ante Eric tomaba la posición de una mujer enamorada que se somete a todo. También me dirá que Eric tenía, con certeza, lo que a su padre le faltaba.

Fabrice es el segundo amigo al cual mi paciente se refiere, aquel con el cual, Pascal me lo dice claramente ... *estaba en una relación homosexual que, por cierto, se concretizó en algún momento... aún cuando me reconocía menos en Fabrice que en Eric...* agrega. Es interesante constatar que la relación homosexual se reveló en la práctica con un muchacho al cual no se parecía demasiado, a través del cual tenía poca posibilidad de reconocerse a sí mismo. Pienso, aquí, en la representación imaginaria que el adolescente construye de sí mismo, ante la cual se instala, y en el hecho que la relación sexual ocurre desde la diferencia y no en un proceso de similitud.

Pascal dirá que ha tenido, en dos ocasiones relaciones homosexuales que no han sido esencialmente sexuales y que no le han aportado mucho placer. Se pregunta si declararlas no placenteras es un modo de alejar de él la idea de que pudiera ser homosexual. Con esta manifestación Pascal subentiende, sin confesárselo, que dichas relaciones quizás no fueron sin placer. Noto, sin embargo, que la emoción no tiene la misma intensidad que la que ha podido experimentar con una muchacha. Habla

entonces del miedo que tuvo, antes de venir a verme, de descubrir, efectivamente, pulsiones homosexuales. Dice que tiene sueños sexuales con mujeres más a menudo que con hombres, lo cuál algo lo tranquiliza. Confiesa, en esa misma sesión, que piensa que debería sentir menos aprensión al acercarse a un hombre que al acercarse a una mujer, ya que con el hombre no está en juego la penetración. ...*Uno puede sólo acariciarse* -me dice - *pero al mismo tiempo, en el plano físico no percibo mucha ternura con los muchachos.* Así como lo subrayó el Dr. Marcelli durante la discusión, Pascal se queda en la línea divisoria entre una muchacha tierna, que podría llevarlo hacia una heterosexualidad suave y tranquila y un hombre mayor, homosexual, que pudiera proponerle algunas escenas sexuales del mismo tipo.

Pascal habla, a propósito del período de su servicio militar, de un oficial autoritario que había simpatizado con él y con el cual fue absolutamente servicial. Pascal reconoce además que pudo encontrar una cierta estética en los torsos desnudos y la virilidad de los hombres. Sin embargo, su sexualidad sigue siendo en realidad esencialmente heteronormada. Admite con dificultad, como lo hace notar durante la misma discusión el Dr. Guitton, la presencia-ausencia del pene y el problema en el juego sexual del falo en tanto presente -ausente, esto sin embargo, no lo sitúa del lado de una sexualidad de tipo homosexual verificada. Pascal puede, como lo dice él mismo, ...*derretirse frente a*

mujeres vestidas como hombres, inclusive buscar ...*el alma de un hombre en un cuerpo de mujer*. Contrariamente a lo sostenido a propósito de la inversión sexual por Ulrichs, para quien se trataba de una anomalía hereditaria cercana a la bisexualidad, que producía un *alma de mujer en un cuerpo de hombre*. Sin embargo, la emoción manifiestamente más fuerte que parece experimentar en sesión, de manera patente, cuando se trata de sexualidad, se dirige más bien hacia las mujeres. Con Pascal nos situamos del lado de lo que Freud llamaba, la denegación de la ausencia, como lo hace notar el Dr. Gutton.

Haré tres reflexiones. La primera en relación al hecho que uno de los aspectos de la homosexualidad puede estar relacionado con la fobia. Es evidente que hay homosexualidades ligadas al temor a la mujer y /o a la relación sexual con una mujer. La segunda, a la luz de la situación clínica de Pascal, es que la emergencia de la homosexualidad en la adolescencia, probablemente ocurre no sólo en relación a uno mismo (Ej. Eric), sino también en la relación con un otro (Ej. Fabrice), y es más bien en la relación con un otro que se da el pasaje al acto homosexual. Me parece que en este punto me acerco a la reflexión de Laplanche (2000), quien decía que la emergencia de la homosexualidad en la adolescencia se hace en la confluencia de dos ríos de diferentes aguas: por un lado la pulsión y el fantasma, es decir todo lo que concierne a lo sexual, por el otro el instinto puberal, es decir lo que concierne a lo genital.

Al extrapolar la situación de Pascal, podríamos incluso llegar a formular la hipótesis que la homosexualidad, vivida activamente, nos remitiría más a una relación con un otro diferente –inclusively más de lo que podríamos imaginar a priori – que a una relación en espejo.

Mi tercera reflexión estriba en el hecho que no poder estar a la altura, no poder acceder al placer con una muchacha, remite a Pascal a la idea que podría ser, en efecto, homosexual. Llegar a esta conclusión, según la cual sería homosexual, le permite justificar el no poder tener relaciones logradas con una mujer, tranquilizándose de alguna manera. Aquí pienso en la situación de una paciente que atendí durante varios años en el marco de un psicoanálisis, la cuál durante el proceso reveló ser más homosexual que heterosexual. Cuando algo no funcionaba con la muchacha con la cual vivía, se volvía hacia los hombres para tener relaciones -si oso decirlo- extraconyugales.

Frente a cada fracaso sentimental con una muchacha, Pascal se ve reintegrado a la homosexualidad. Se dice confrontado a la vergüenza que acompaña su propio deseo. *Me avergüenza que puedan imaginarse que deseo físicamente a una muchacha*. En una situación ideal, las cosas deberían suceder por sí solas, en ningún momento Pascal tendría que exhibir su propio deseo. En la relación con los hombres no tiene que asumir ninguna posición, ningún papel. ...*Una muchacha espera que yo sea el hombre, el macho...* me explica Pascal,

...en mis relaciones con un hombre puedo tener el otro papel, el papel de alguien que protege... ese tipo de fantasma me encantaría tenerlo con un hombre mucho mayor que yo. Pascal termina pensando que, a lo mejor, tiene la conducta de una mujer frente un hombre y vemos ahí, que lo que está en juego, tanto con Pascal como con Thierry, es la problemática de *la pasividad fundamental infantil, que les impide tanto al uno como al otro poder ser sexuado.* Para Pascal, el problema no tiene que ver con la necesidad de *ser hombre mientras sueña ser mujer*, problemática que podríamos encontrar en ciertos sujetos homosexuales evidentes. La vida soñada de Pascal es un torneo medieval (pensé darle el nombre de don Quijote a este paciente) donde no figuraría como Sancho Panza, sino como el caballero de la Mancha, en persona.

Es en esta relación con un padre a la vez idealizado, pero que debe ser protegido que los elementos de naturaleza homosexual se organizan, en una atmósfera, si me arriesgo a decirlo, relativamente viril desligada del género femenino como en la época del amor cortés, época de las pruebas de amor, en donde el erotismo se expresaba a través de la más humilde cortesía, la mayor abnegación, simultáneamente con los torneos, lo cual venía a invertir el sistema viril constituido por la Caballería.

Al acercarnos más a la organización fantasmática de Pascal, vemos que es más compleja, poniendo en juego un sentimiento de lástima hacía su padre y

de envidia hacia su hermana. La relación pasional que imagina, y que lo domina, al parecer no se organiza realmente entre sus dos padres los cuales, de cierta manera, no le parecen muy diferente el uno del otro en su modo de funcionamiento hacia él, más bien parece organizarse entre su padre y su hermana.

Pascal llega a decirme, después de relatar un episodio de su adolescencia en el cual se sorprendió a sí mismo observando con indolencia el sexo de su hermana, que piensa que inevitablemente el deseo del padre hacia su propia hija tenía que pasar a través de él. No se piensa, sin embargo, como un vínculo entre su padre y su hermana, o entre su padre y su madre. Está más bien sumergido en la problemática de no poder abandonar a sus padres. Siempre está pensando en “acercarse” o en “alejarse” de ellos, sin imaginarlos en una relación fusional, salvo, quizás, durante un confuso período de la adolescencia, lo que explica probablemente que su “homosexualidad” durante ese período, no haya durado mucho.

Quizás sería necesario dejar un poco de lado la idea formulada por Freud (1910), según la cual la homosexualidad masculina se debería entender esencialmente a partir de un apego demasiado importante a la madre, inclusive a la figura de una madre fálica y a una representación paterna desvaída.

No sabría decir hasta que punto la elección de objeto homosexual del niño o

del adolescente, tiene como meta sacar –inclusive salvar– a los padres de una pasión devoradora vivida lejos de él, pasión no dicha, simplemente mostrada a través del placer o de una mutua violencia, o de ciertas formas de separación. Pareciera que la homosexualidad incipiente estaría más referida a las interacciones parentales que a una peculiar forma de hiperactivismo hacia el padre del sexo opuesto acompañada por la inercia del padre de sexo opuesto. La homosexualidad nacería del sentimiento de denegación –o de abandono–

frente a la pasión percibida en el otro, a saber, en los padres entreverados en una sola entidad, la cual obligaría al niño a darse vuelta hacia sí mismo, es decir, a encontrar o reencontrar en el exterior, a un otro si mismo a imagen de lo que pudo percibir del movimiento afectivo de sus propios padres. Como si en ese movimiento pasional, del cual ha sido un simple espectador, no pudiera distinguir cual sería el hombre y cual sería la mujer.

Traducido por Marie Claire Delgueil.

BIBLIOGRAFIA

Ferenczi S. 1927-1933, Confusión de lengua entre los adultos y el niño. Obras completas, tomo 4

Freud S. 1910, Contribución a la vida amorosa, I): Un tipo particular de elección de objeto en el hombre. Obras completas, edición Amorrotu Tomo13

Laplanche J. 2000, Pulsion et instinct, Adolescence, 18,p.649-668

McDougall J. 1996, Las mil caras de Eros, pag 217-256.

Roudinesco E. 1996 Actes du colloque "Les echos du temps: perceptions et représentation", pág.34-37, Lyon, Edition Fondation Marcel Merieu
_ 1997 Dictionnaire e la psychanalyse, Edition Fayard

Ricardo III, una mirada desde la perversión.

Felipe Merello

El presente trabajo tiene por objetivo revisar algunos aspectos del concepto de perversión desde la perspectiva psicoanalítica. Para esto se analizará al personaje Ricardo III en la película del mismo nombre, obra del director inglés Richard Loncraine (1995). Esta película es una adaptación del texto de Shakespeare y se encuentra ambientada en York de los años treinta.

Dentro de la obra psicoanalítica las referencias a personajes literarios, o a distintas expresiones del mundo del arte, son recurrentes. Diferentes autores utilizan este recurso para ofrecer una determinada visión de los conflictos humanos y para ejemplificar ciertos conceptos teóricos. Esta modalidad nos permitirá tener un referente al momento de iniciar este escrito.

En la película antes mencionada, Ricardo es un militar que, bajo la lógica de posicionar a su familia en la instancia real, planea y concreta un complot para derrocar al rey en ejercicio e instalar a su hermano en dicho cargo. Una vez concretado este objetivo, sin embargo, Ricardo emprende una estrategia tendiente a conseguir la corona para sí mismo, estrategia que lo lleva a eliminar a todos aquellos personajes que pueden

representar un peligro u obstáculo para sus aspiraciones.

En términos descriptivos, Ricardo es un hombre de mediana edad, solitario, desconfiado, intrigante. Presenta una serie de limitaciones físicas (es cojo, jorobado y tiene una especie de parálisis en uno de sus brazos), que le confieren un aspecto poco atractivo, pero de las cuales puede sobreponerse e incluso sacar partido. Posee una excelente oratoria, que le permite elaborar un discurso persuasivo y convincente, aun cuando el contenido de éste pueda resultar aberrante.

En el desarrollo de la trama, se muestra como el personaje se va fascinando con la idea de lograr el poder, de ser él quien encarne la figura del rey, y como este proceso lo va llevando a distanciarse de los sentidos comunes. El personaje comienza a limitarse al uso de una lógica propia; empieza a regirse por sus propios parámetros y a desconocer cualquier tipo de lazo afectivo con los demás en la puesta en escena de la estrategia diseñada para lograr alcanzar el trono.

Este proceso es el primer punto desde el cual vincular al personaje con la dinámica de la perversión. En su búsqueda por llegar a ocupar ese lugar, Ricar-

do comienza a transgredir, de manera creciente, normas básicas que regulan nuestra convivencia social: el respeto por la vida humana y la presencia de sentimientos de "lealtad" hacia la propia familia. No demuestra mayores reparos al mandar a asesinar a su hermano, a sus sobrinos y a su cuñado; la misma suerte corren los adversarios políticos que entorpecen sus planes.

Para llevar a cabo este análisis me parece interesante considerar algunos de los elementos que se encuentran en la estructura perversa, como lo son el desafío y la transgresión, los cuales podemos vincular a la forma en que se vive y resuelve el complejo de Edipo. Desde los "Tres Ensayos de Teoría Sexual", Freud considera la perversión como una detención (estancamiento) en el desarrollo de la pulsión sexual, detención que está en directa relación con el complejo de Edipo: *La indagación analítica ha podido mostrar, hasta ahora en casos aislados, que también la perversión es el saldo de un desarrollo hacia el complejo de Edipo, tras cuya represión reaparecen los componentes de la pulsión sexual que en la disposición del individuo eran los más fuertes* (Freud, 1907, p. 148). Es decir, el desarrollo que se viene dando en el niño hasta antes del complejo de Edipo, una especie de evolución fragmentaria de la pulsión sexual (a partir de las zonas erógenas), debiera caer bajo la represión suscitada por este evento y reaparecer bajo la primacía genital en la época adolescente, en el camino hacia una sexualidad adulta.

En el caso del perverso, el proceso represivo se ve alterado, y tal como lo sostiene en "Pegan a un niño": *...uno de los componentes de la función sexual se habría anticipado a los otros en el desarrollo, se habría vuelto autónomo de manera prematura, fijándose luego y sustrayéndose por esta vía de los ulteriores procesos evolutivos; al propio tiempo, atestiguaría una constitución particular, anormal, de la persona. Sabemos que una perversión infantil de esta índole no necesariamente dura toda la vida; en efecto, más tarde puede caer bajo la represión, ser sustituida por una formación reactiva o ser transmutada por una sublimación (...). Pero si estos procesos faltan, la perversión se conserva en la madurez, y siempre que en el adulto hallamos una aberración sexual-perversión, fetichismo, inversión- tenemos derecho a esperar que la exploración amnésica nos lleve a descubrir en la infancia un suceso fijador de esa naturaleza.* (Freud, 1919, p.179-180)

Siguiendo esta perspectiva, lo que ocurriría en el perverso es que, durante su infancia, se presentaría un desarrollo acelerado de una de las vertientes de la pulsión sexual, la cual quedaría fijada y sustraída de un proceso evolutivo posterior. Es decir, la pulsión sexual no quedaría sujeta a la acción de la disolución del complejo de Edipo, donde debería sufrir una suspensión (latencia), ya sea a través de una represión, una sublimación o una transmutación. Esta "transformación" se presentaría bajo la "primacía" de lo pre-genital (fase fálica),

que es propio de la organización sexual infantil. Recordemos que en el complejo de Edipo se ponen en juego los sentimientos de amor hacia el progenitor del sexo opuesto y, la rivalidad dirigida hacia el del mismo sexo; y que dichos sentimientos caen en desgracia a partir de la amenaza de castración.

Para contextualizar esta idea, me parece pertinente tomar la visión que propone Jöel Dor, quien siguiendo a Freud, plantea que: *el desarrollo del complejo de Edipo se inicia a partir de la noción de atribución fálica a la madre. Esta atribución del falo se origina, en efecto, alrededor de la cuestión de la diferencia de sexos, que constituye de entrada, para el niño, un punto enigmático. Todo el curso imaginario del complejo de Edipo será el desarrollo de la respuesta que el niño intentará dar a ese enigma* (Dor, 1991. p.45). De alguna manera, lo que está en juego en el desarrollo psicosexual del niño en esta etapa, es asumir dicha diferencia. Cuando se habla de atribución fálica, se hace referencia a algo que debería estar en determinado lugar y no está, por tanto falta; y entendemos esta falta en el orden de un objeto imaginario. De esta manera podemos concebir el falo como el signifiante de la marca de una falta.

Siguiendo esta línea, el niño desarrolla una identificación fálica, es decir, con aquello que puede colmar a la madre, y por tanto erigirse como único objeto de su deseo. Sin embargo, dicha situación se ve confrontada constantemente con

un orden de realidad que lo cuestiona en ese punto: el deseo materno se manifiesta como un deseo otro, distinto del que siente por él; y esto tiene que ver con el padre. De esta manera, el padre actúa como instancia mediadora del deseo a partir del estatuto simbólico que alcanza, en virtud de la significación que le confiere el discurso materno. Esto entregará al niño los significantes necesarios para vectorizar su deseo en una dirección distinta, que permita su desarrollo hacia "otro horizonte", instalando al niño en el registro del tener (como el padre, quien posee lo que la madre desea). Esta atribución fálica al padre lo instituye como padre simbólico, es decir, el representante de la Ley para el niño en torno a la prohibición del incesto.

En el caso de la estructura perversa, lo que sucedería es que el niño no renuncia a la idea de una madre autosuficiente (madre fálica), que es quien rige el orden del deseo (al estar identificado éste con el falo), y tampoco asume la castración simbólica, donde lo real de la diferencia de los sexos es concebido como única causa del deseo. En este sentido, si bien sabe que la madre desea al padre por algo que este "es o tiene", niega dicha situación a través de la atribución fálica que hace a la madre, negando la diferencia y la falta. Así mismo, en este movimiento, no permite la instalación del padre como rival fálico (asume que la madre no lo necesita) y por tanto también reniega de aquella ley de la cual es portador, mediadora del deseo, y que es

la que permite la posibilidad de deseo futuro. De alguna manera, queda *fijado en una gestión ciega donde no cejará en su intento de demostrar que la única ley del deseo es la suya, y no la del otro* (Dor, 1991, p.55). Esto resulta concordante con lo que plantea Chasseguet-Smirgel, cuando sostiene que *la perversión aparece como una rebelión contra la ley universal del Edipo* (Chasseguet-Smirgel, 1986, p. 72).

Dados estos elementos, podemos sostener que gran parte de la dinámica perversa girará en torno a la mantención de esta ilusión y a su relación ambigua frente al enigma infantil planteado por la diferencia de sexos, la cual reconoce, denegando al mismo tiempo sus implicancias. En este sentido, la capacidad de goce que desarrolla siempre girará en torno a la posibilidad de eludir esa causa significativa.

Volviendo a Ricardo III, podemos ver que, una vez asumido el proceso de búsqueda activa del trono a través de la eliminación sucesiva de cada posible oponente en este camino, la espiral en la que se ve envuelto comienza a jugar en su contra: algunos de sus colaboradores cercanos logran tomar distancia de este proceso e inician un movimiento que les permita revertir la situación, en un intento de reestablecer el orden. De alguna manera, y tal como plantea Dor: *el libreto perverso es más una parodia trágica que un exutorio real para la posibilidad de un goce ilimitado. Por esta razón, el perverso es en primerísimo lugar víctima de su propio montaje* (Dor, 1992, p. 68).

Otra forma de mirar el tema del desafío y la transgresión en la perversión puede ser desde la perspectiva de eliminación de las diferencias. En este sentido, en la película, hay dos escenas que pueden ejemplificarlo: la primera es la declaración de Ricardo a la mujer del hombre al cual ha asesinado durante el levantamiento. La escena transcurre en una morgue, donde la mujer se encuentra reconociendo el cadáver de su marido; Ricardo entra en la habitación y, junto con entregar sus condolencias, le expresa la admiración por su belleza, su amor incondicional y su absoluta devoción; incluso ofrece su pecho para que ella ejecute su venganza por la muerte del hombre amado. En la segunda escena, la viuda de su hermano (a cuyos hijos y hermano asesinó) lo enfrenta antes de la batalla final: en un momento en que están solos, Ricardo le ofrece protección y una alianza que sea sellada con el matrimonio entre él y su sobrina, y lo hace de tal modo que pareciera ser una buena oportunidad para ella. Al momento de despedirla, él se abalanza y la besa en la boca. Ambas escenas tienen un elemento en común: por parte de Ricardo no hay ninguna concesión hacia la situación y el estado emocional de quien tiene al frente, no hay posibilidad de reconocer el dolor del otro, ni tampoco un "criterio de realidad" que contextualice su accionar, sino sólo la lógica permanente del desafío a la norma. Respecto de esto, me parece atinante una frase que es citada por Dor, que pertenece a Mannoni, quien al representar al perverso lo señala como *...a pesar de todo: a pesar de todo lo que ha hecho, a*

pesar de todo lo que sabe, de todas maneras intenta hacer eso que quiere, como una manera de remitirse sólo a lo que reconoce, la ley de su propio deseo.

Al mismo tiempo, las escenas citadas pudieran también orientarnos en otro sentido. Da la impresión de que Ricardo tuviera una particular relación con la realidad: por una parte reconoce los elementos en ella presentes (la muerte, el dolor, el peligro), pero al mismo tiempo pareciera que los desconoce; de alguna manera niega la existencia de estos acontecimientos (un "a pesar de..."). Quizás para ello podamos tomar la perspectiva de los mecanismos de defensa que están presentes en la perversión: la negación (renegación) y la escisión del yo. Esto permitiría comprender como al interior de Ricardo pueden convivir dos ideas que resultan contradictorias. Por una parte percibir y reconocer las diferencias, y por otro lado negarlas; coexisten ambas mociones dentro del mismo sistema (yo), lo cual es posible a partir de una escisión del mismo. Tal como se planteó anteriormente, el perverso sabe algo en torno a la diferencia de los sexos pero lo niega, y se las arregla para mantenerse alejado de aquello que lo confronta con lo real.

Un último punto que me parece relevante en relación a Ricardo III, es su marcada fascinación por el poder, que es sin duda coherente con el hecho de intentar establecer su propia ley como "la ley". Para ello quisiera tomar como referencia el tema de la pulsión como elemento ordenador de su accionar. Como se

ha sostenido anteriormente, en la estructura perversa se produce una fijación en una etapa pre-genital, en donde la pulsión sexual se ha desarrollado a partir de pulsiones parciales que se desprenden de las zonas erógenas. Si seguimos esta lógica, podemos estimar que el perverso se desenvuelve en torno a esta dinámica, la de la pulsión. Esta ha sido instaurada desde la demanda de un otro que satisface las necesidades del niño; es decir, los cuidados maternos son los que posibilitan la instalación de la pulsión como tal.

Chasseguet-Smirgel sostiene que uno de los factores que influyen en la configuración de la estructura perversa se relaciona con una seducción por parte de la madre hacia el niño. Esta seducción frenaría al niño al momento de investir libidinalmente al padre, dejándolo amarrado a un modelo pre-genital, e impidiendo una evolución de las etapas de la libido. El niño recibe una acción externa que lo fija a una determinada manera de sentir e identificarse (con aquello que puede colmar a la madre); al estar funcionando desde la perspectiva de la pulsión, su accionar se "limita" a las posibilidades del goce de ésta, en un esquema que tenderá a repetirse de manera similar en las distintas situaciones. De alguna manera, éste puede ser otro punto de vista para entender como el libreto perverso, por más que quiera presentarse como novedoso y creativo, está siempre regido por un mismo patrón, en una actitud permanente de desafío y transgresión, que finalmente lo harán fracasar por inviable.

En este marco corresponde plantear que detrás de esta fijación por el poder habría una exacerbación de la pulsión de dominio. Chasseguet-Smirgel, cuando se refiere a la hybris en su texto (la subversión de las leyes divinas), manifiesta que en ella se produciría un fenómeno de coexistencia libidinal que erotiza la pulsión de dominio, y la lleva a transformarse en sadismo. Esta descripción está enmarcada en un análisis acerca de la transgresión presente en la perversión, transgresión relacionada principalmente con la religión y su idea de un Universo creador (paterno). De alguna manera, lo que la autora sostiene es que el perverso busca destruir la realidad para poder construir una nueva donde se eliminan las diferencias, bajo una lógica

sádico anal.

En el filme se presenta una escena donde sus agentes le entregan las fotografías que comprueban la ejecución de uno de sus posibles rivales, y él, una vez que se han retirado los colaboradores, genera un ambiente tranquilo, agradable, para mirar con detenimiento las fotos (que muestran el cadáver) y gozar. Quizás eso grafica la manera en que se relacionaba con sus propias producciones, o más bien, con sus propias destrucciones, todo aquello que le permitiera subvertir el orden de las cosas, con arreglo a sus propios intereses y su propia lógica, un poco en la búsqueda de ese universo sádico, en donde todo es distinto pero, al mismo tiempo, igual.

BIBLIOGRAFIA

Chasseguet-Smirgel, J. 1986 *Ética y Estética de la perversión*, Ed. Laia.

Deleuze, G. 2001 *Presentación de Sacher-Masoch*, Amorrortu,

Dor, Joel 1991 *Estructuras clínicas y psicoanálisis*, Amorrortu.

_ 1996, *Clínica psicoanalítica*, Gedisa.

_ 1992, *Estructura y perversiones*, Gedisa.

Freud, S. 1996 *Tres ensayos de una teoría sexual*, O.C. Tomo VII, Amorrortu.

_ *Pegan a un niño*. Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales, O.C. Tomo XVII, Amorrortu.

¿(No) me queda la palabra?

Los tortuosos caminos de lo imposible y la crisis de la reflexividad contemporánea.

Adriana Kaulino

En aquellos años 60 y 70, esas décadas que a veces nos parecen ya tan remotas, todavía era posible escuchar, en letras de músicas y poesías populares, la resistencia de la palabra y el elogio del lenguaje como el lugar donde habitamos. La poesía de Blas de Otero, que en voz de Paco Ibáñez conmovía a centenares de personas en el Olimpia de París, no era una excepción¹. Hablaba de una época en la que las previsiones sombrías de Walter Benjamín acerca de la muerte de la narración y de la victoria de un lenguaje informacional y descarnado, todavía no se habían vuelto una realidad insoslayable. Sin embargo, parece que el escenario contemporáneo se acerca, a pasos anchos, trayendo consigo ese empobrecimiento simbólico que, según ciertos diagnósticos, mantiene una íntima afinidad con el surgimiento de algunas de las llamadas neurosis actuales.

Si recordamos la definición freudiana respecto de las neurosis actuales tendríamos que admitir, a pesar de las diferencias conceptuales internas del campo

psicoanalítico, que ellas se caracterizaban por la presencia de síntomas somáticos con una débil mediación psíquica, o por la insuficiencia de elaboración psíquica de lo pulsional (Laplanche y Pontalis, 1983). Sin embargo, más que profundizar en las diferencias conceptuales presentes tanto en la obra de Freud como en los escritos postfreudianos, el término actual podría sugerirnos la pertinencia de reflexionar sobre la relación entre ciertas formas de sufrimiento subjetivo y las transformaciones socio-culturales contemporáneas. En este sentido, lo actual remitiría a una indagación sobre algunos de los posibles vínculos entre estas formas de sufrimiento tan marcadas por el silencio de la palabra y el presente contexto socio-cultural.

Ahora bien, hace algunos años que el psicoanálisis ha recuperado su dimensión crítica en relación a lo social. Desde los 90, han proliferado los escritos que desde el psicoanálisis procuran comprender los cambios del mundo contemporáneo. Además, no parece ser casualidad el incremento del pensamiento

¹ *Me queda la palabra* (Blas de Otero).

*"Si he perdido la vida, el tiempo
todo lo que tiré como un anillo al agua
Si he perdido la voz en la maleza,
me queda la palabra.*

*Si he sufrido la sed, el hambre
todo lo que era mío y resultó ser nada
Si he cegado las sombras en silencio
me queda la palabra.*

*Si abrí los ojos para ver
el rostro duro y terrible de mi Patria
Si abrí los labios hasta desgarrármelos
me queda la palabra "*

lacaniano en América Latina y la difusión en nuestro continente de propuestas de interpretación crítica sobre el llamado malestar de la actualidad.

Pareciera que en las formulaciones de Lacan es posible encontrar ciertos elementos que permitirían distintas conceptualizaciones críticas sobre nuestro malestar. Las diferencias entre estas interpretaciones de "inspiración" lacaniana no son menores. Sin embargo, el fundamento que las posicionaría en una relación crítica con el mundo contemporáneo, parece encontrarse en lo que podríamos llamar la segunda lectura que propone Freud acerca del vínculo entre pulsión y cultura. En este segundo momento del desarrollo del pensamiento freudiano, esta sería una relación marcada por una insuperable desarmonía entre subjetividad y cultura y por la condición inexorable y originaria de desamparo de lo humano. Como sustento conceptual de esta nueva formulación de Freud, la pulsión de muerte viene a ser un concepto central y su retomada por Lacan expresa la dimensión crítica de sus planteamientos y aportes para pensar la cultura contemporánea.

No obstante, si bien la profusión de interpretaciones crítico-psicoanalíticas de inspiración lacaniana en nuestro continente, se refiere a una recuperación de lo que Rouanet (1986) ha llamado "el uso público de la razón psicoanalítica", las diferencias entre las interpretaciones nos invitarían a una reflexión más aguda acerca de las posibles consecuencias clínicas y éticas. De esta forma, estas

diferencias se refieren tanto a los distintos modos de apropiación de los conceptos y articulaciones teóricas de Lacan, como a los diversos puntos de partida de los diagnósticos acerca de las sociedades contemporáneas. El profundizar en esta reflexión es muy relevante para situar e iluminar, de forma más compleja, las afinidades entre posturas teóricas psicoanalíticas, diagnósticos filosófico-sociológicos y las diferentes interpretaciones y escuchas con relación a las neurosis actuales. Afinidades que podrían enriquecer la comprensión acerca de esta diversidad de lecturas referente a las presentaciones de las neurosis actuales en nuestro contexto.

Una reflexión más exhaustiva con relación a los posibles vínculos entre ciertas lecturas que se hacen de Lacan, los diagnósticos sociológicos y las escuchas excedería los límites de este espacio de argumentación. Por tanto, se va a considerar *una tendencia diagnóstica* y por lo menos, *dos énfasis conceptuales psicoanalíticos*. Con relación a la tendencia que parece ser predominante, se destaca la que considera el mundo contemporáneo como un mundo sin referentes, es decir, que enfatiza la pérdida de sentido como factor primordial para la comprensión del malestar de la subjetividad actual. Por otra parte, los énfasis teóricos psicoanalíticos parecen que se diferencian, fundamentalmente, en torno al concepto de goce desarrollado por Lacan.

El diagnóstico que apela a la pérdida de sentido del mundo contemporáneo

tendría sus raíces en la tradición del romanticismo alemán que, como crítica al proyecto de la Ilustración y muchas veces con tonalidades francamente antimodernas, lamenta la pulverización de los referentes tradicionales y colectivos que daban sentido a la vida social. Este no es el momento de ahondar en todos los matices que implican tanto el Romanticismo como sus posteriores hibridaciones conceptuales y filosóficas. Lo relevante es mostrar que esta lectura acerca de la pérdida de sentido ha sustentado muchas de las interpretaciones sobre el malestar contemporáneo que, a pesar de las buenas intenciones críticas, parecen no considerar los aspectos conservadores subyacentes a este diagnóstico². Para los autores que comparten esta lectura, el malestar que afecta a los sujetos contemporáneos y a la pobreza de la palabra en el mundo actual, se vincula a la pérdida de sentido que, según ellos, caracteriza a las sociedades postmodernas. En estas sociedades, donde los lazos sociales se han disuelto en nombre de un individualismo narcisista, la subjetividad se enfrenta a dificultades crecientes para transformar el dolor en sufrimiento psíquico. Así, la pobreza simbólica que marca a las neurosis actuales podría ser comprendida desde la imposibilidad de interlocución del sujeto que *lanzado en la vida desnuda y en el mundo sin sentido se revuelca en*

el abismo de la depresión (Birman, 2003).

Para Birman, el solipsismo narcisista y la pérdida de alteridad de la subjetividad actual se relacionan con un quiebre en la mediación del espacio social. Los interlocutores sociales serían la condición de posibilidad de la simbolización en la medida que permiten, por negatividad, la constitución del habla y del lenguaje como discursos que fluyen en el espacio social. Consecuentemente, las neurosis actuales expresarían la imposibilidad de subjetivación del dolor en sufrimiento simbolizado, pues los sujetos no serían capaces de dirigirse a un otro como demanda. Este escenario, donde el dolor se restringe a la dimensión somática, es el mismo donde proliferan las academias de gimnasia, las prácticas terapéuticas corporales y la medicalización de lo subjetivo. Frente a la creciente incapacidad de crear meditaciones en el mundo sin sentido, se recrean los valores mágicos atribuidos a las dietas y a toda suerte de medicamentos y drogas.

Coherente con este diagnóstico, ciertas interpretaciones psicoanalíticas se van a referir al debilitamiento de la función paterna (Lebrun, 1999. Justus, 2003. Leite, 2003). El énfasis se dirige, entonces, a la fragmentación del sentido so-

² Más que buenas intenciones, muchos autores y psicoanalistas han logrado relacionar el malestar subjetivo con algunos fenómenos del mundo contemporáneo de diversas y muy interesantes formas. Asimismo, han incrementado líneas de investigación de postgrado y propuestas de intervención desde la articulación entre lo social y lo subjetivo, contribuyendo indudablemente al fortalecimiento de la dimensión crítica del psicoanálisis. Sin embargo, no es rara la presencia de los diagnósticos sociológicos con sustrato conservador en muchos de esos escritos. En otras palabras, serían trabajos críticos con puntos de partida más o menos conservadores.

cialmente compartido o a la crisis del discurso del amo, que habrían favorecido la sustitución de la palabra por el acto. En este sentido, las neurosis actuales y las toxicomanías indican un modo de goce decurrente del efecto del discurso fragmentado del amo y de la crisis de sentido, donde se observa la demanda por una unión completa con el objeto como forma de evitación de la angustia y de no poner en palabras el dolor. Se trata acá de una ilusión de satisfacción pulsional sin la mediación del Otro. Para algunos de estos autores, las neurosis actuales responderían a la cultura en la medida que permiten un goce no mediado por el Otro. De ahí, que las presentaciones de estas neurosis se caracterizan por modos de goce que prescinden del Otro y de la mediación de la palabra. Corresponderían, de esta manera, a una evitación de la castración y a la obediencia a los modos de goce permitidos por el discurso del mercado. Así, el discurso capitalista de mercado, que promete la satisfacción pulsional a través de las ofertas de objetos, transforma al cuerpo y las individualidades en objetos de cambio y de goce.

En estas interpretaciones, se resalta la presencia de una libertad excesiva asociada a una decadencia de la función paterna (Lebrun, 1999. Minsky, 1998). Es decir, se trataría de un social que desautoriza la función paterna en la medida que el discurso de la ciencia, que afirma que *todo es posible*, viene a señalar que *es la categoría misma de lo imposible la que corre el riesgo de evacuarse* (Lebrun, 1999:41). De este modo, la eli-

sión de la categoría de lo imposible y la pérdida de una relación espontánea al mundo ... va a implicar el riesgo de la pérdida del sentido de límite y de lo que denominamos el sentido común (Ibíd.:42). El mundo contemporáneo habría perdido la capacidad de vehicular las prohibiciones y límites que fundan lo simbólico, dejando al sujeto solitario la responsabilidad de prohibirse sin la mediación del otro. Esta autoprohibición, este desvanecimiento de la alteridad y de lo simbólico llevarían al *borramiento de la conflictualidad en provecho de la búsqueda casi desesperada de consenso* (Gauchet, 1993). Un consenso que en realidad no es más que una indiferencia que uniría a los individuos en torno a un querer: el querer no querer, un deseo de no querer más, y por tanto de no enfrentarse al mundo simbólico de las frustraciones y satisfacciones siempre parciales.

En suma, la subjetividad contemporánea abandonada a su propia suerte por un social que promete la satisfacción total, no aspiraría más a lo imposible sino que lo encontraría en la muerte misma que, en estas interpretaciones, significaría lo imposible del encuentro total con un Otro. A este goce le han llamado el Goce-Otro, un goce-efecto de la sociedad de consumo que todo permite y que *prefiere los procesos de incorporación oral a la satisfacción sexual* (Lebrun, 1999:53).

Por tanto, las sociedades postindustriales de consumo, al desvalorizar los procesos de simbolización a través de la desautorización de la función paterna, estarían

desvalorizando la propia dimensión de la representación psíquica. Las nuevas enfermedades del alma a las que alude Kristeva – o las nuevas neurosis actuales – corresponderían a estas formas de goce no mediadas por la palabra y cumplirían con el papel destinado a toda patología, es decir, el de evitar la castidad. Lo imposible que buscan estas patologías sería, entonces, lo imposible de la completud y de la fusión total.

Ahora bien, sería muy precipitado concluir de las interpretaciones anteriores un carácter conservador de los psicoanalistas que vinculan la pérdida de sentido del mundo, la pobreza simbólica y el surgimiento de nuevas patologías, que buscan la satisfacción inmediata del goce a través de la supresión de todo límite. Sin embargo, tampoco sería pertinente sugerir tal relación³. Los diagnósticos de ciertos neoconservadores apuntan en una dirección muy semejante, tratando de convencernos de que nuestro malestar estriba en un problema del orden cultural, de un exceso de libertad de elección que deja al sujeto paralizado, frustrado y desamparado (Berger, 1979; 1997. Bell, 1989). Las salidas propuestas son conservadoras porque no aceptan la posibilidad de in-

gerencia política, participativa y deliberada en la esfera del mercado y de la producción, sino que ofrecen como alternativas las intervenciones en la cultura. Predican una recreación de formas comunitarias, basadas en la recuperación de las tradiciones culturales particulares, y presentan una resistencia a todo lo que pueda parecer una afrenta a las instituciones dadoras de sentido, como la familia y algunas jerarquías sociales.

Así, volver a enriquecer lo simbólico se acercaría más a un restablecimiento de límites morales fundados en la tradición cultural y al estrechamiento de los vínculos sociales comunitarios, que a una inversión en la capacidad reflexiva de los sujetos (Lechner, 1993). Pasaría más por una re-ritualización del mundo que por un incremento de la educación formal, volcada al desarrollo del pensamiento crítico y creativo. De este modo, el mercado continuaría funcionando bien, con las gracias de los dioses, y los sujetos se re-integrarían a las comunidades de sentido compartido. Indudablemente, estas propuestas son más o menos matizadas, es decir, más o menos conservadoras. No obstante, parece muy difícil no compartir un cierto grado de

³ La relación entre ciertos elementos de los diagnósticos sociológicos conservadores y algunas lecturas psicoanalíticas del malestar contemporáneo son, en este trabajo, de carácter conceptual. Por otra parte, sería importante resaltar que la presente reflexión crítica se dirige precisamente a las posiciones conceptuales con las cuales se guardan diversas afinidades. Por tanto, se comparten los planteamientos generales de las interpretaciones citadas procurando, con ellas y diferentemente de ellas, configurar una cierta constelación interpretativa. En términos adornianos, se trata de un "procedimiento compositivo" en el cual se acercan las semejanzas para que aparezcan las diferencias cualitativas. Es decir, esta diferenciación como procedimiento de composición significa articular "los matices que señalan las diferencias cualitativas concretas entre fenómenos aparentemente similares" (Buck-Morrs, 1981:207), o se refiere, como afirmaba Theodor Adorno, a que "nunca las esencias estaban más marcadamente separadas que cuando se acercaban unas a otras" (Adorno, 1964:69).

conservadurismo, cuando se acepta el diagnóstico de la pérdida de sentido del mundo. Asimismo, parece no ser suficiente el abogar por una ética o gestión del desamparo (Birman, 2000), para escapar de los rasgos conservadores implicados en esta interpretación de las sociedades contemporáneas.

Ahora bien, si consideramos las neurosis actuales desde un punto de vista un poco distinto y si lo vinculamos con un diagnóstico del mundo contemporáneo que reconozca la imposibilidad de una pérdida de sentido, las consecuencias prometerían ser muy diferentes. Se trataría de considerar este discurso omnipotente que afirma que todo es posible, justamente como un endurecimiento del horizonte de sentido (Habermas, 1991). El caso no sería el de una pulverización o ausencia de sentido sino que de una reducción de su riqueza y de sus posibilidades de variación. Desde este punto de vista, nuestro malestar no se debería a un exceso de libertad sino que a un desplazamiento de su sentido. En otros términos, la pobreza simbólica sería una expresión de la creciente instrumentalización del lenguaje donde los sentidos se reducen a una dimensión inmediata de uso instrumental. El malestar que sentimos se referiría así a una convocatoria, persistente e intensiva, para participar en los procesos de intercambio de objetos, donde se incluyen también a las individualidades objetualizadas.

En esta interpretación, el otro no es excluido sino que reintroducido de forma

instrumentalizada. Algo como una inversión de la máxima kantiana estaría en boga, es decir: el tratar al otro siempre como mero medio y nunca como un fin en sí mismo. No estaríamos en un mundo sin moral, sino que nos sentiríamos atravesados por una moral tan heterónoma que todavía no le podríamos reconocer, con claridad, todos sus rostros. De allí que uno de los desafíos consiste, precisamente, en encontrar los caminos tensionales de la unidad en la diversidad (Habermas, 1990). De esta manera, podríamos concentrar nuestras interpretaciones críticas acerca del mundo contemporáneo, en este escenario de instrumentalización del lenguaje y de remoralización de tantos ámbitos de la vida cotidiana,

Desde esta perspectiva, sería posible escuchar en los síntomas de las neurosis actuales, las tentativas desesperadas de las Antígonas de hoy, para poner un límite y decir un **no**, a la fagocitación de su singularidad por un discurso homogéneo y totalitario. Estos síntomas, en una lectura muy peculiar que autores como Norberto Rabinovich (2002) hacen de Lacan, podrían indicar la pobreza de recursos simbólicos con los cuales cuenta el sujeto para afirmar lo imposible, es decir, la imposibilidad de su fusión con otro. Se tratar en esta lectura de un compromiso entre un yo, que intenta evitar la castración y se horroriza frente a la posibilidad de singularizarse, y un inconsciente pulsional que no cesa de repetir este corte que ha introducido al sujeto, alguna vez, en el registro del lenguaje. Los síntomas de las

neurosis actuales, de esta manera, más que a un goce que busca el fusionarse con un otro sin la mediación de la palabra, apuntarían a un otro goce que es la satisfacción de la pulsión de muerte que vuelve a repetir el trauma de la castración. De este modo, así como Antígona pagó con la propia vida la impertinencia de re-instalar una ley que, para ella, era una intransigencia ética que marcaba los límites y re-introducía una dimensión de lo imposible; también ciertos síntomas actuales pueden poner en riesgo la vida biológica de los sujetos. No obstante, a diferencia de Antígona – que asume discursiva y públicamente su ética – las expresiones del malestar actual vienen acompañadas de un silencio y una soledad que apuntan más a un sentimiento de vergüenza social que a un orgullo trágico.

De esta forma, en un panorama simbólico efectivamente empobrecido, donde casi no nos queda la palabra y la reflexividad está asociada al ejercicio lógico de una razón instrumental descarnada, son pocas las alternativas de desalienación, o de decir **no**, que estarían al alcance de los sujetos. Si la

desalienación del lenguaje no implica, necesariamente, una huída de lo que Heidegger ha llamado nuestra morada, es precisamente, porque la desalienación es una apropiación del lenguaje en la que el sujeto se singulariza y rompe con los sentidos y significados impuestos irreflexivamente. La creación de sentido es posible a través de este juego entre las determinaciones del lenguaje, construidas y transmitidas social y culturalmente, y sus indeterminaciones que se materializan en la invención poética y metafórica. Para enriquecer el horizonte simbólico de los sujetos, no basta con re-contar las tradiciones y recuperar la memoria histórica, colectiva e individual, sino que rescatarlas críticamente.

En este re-apropiar crítico de los sentidos de la cultura y en esta recuperación activa de la capacidad narrativa de la experiencia subjetiva, podríamos encontrar otros caminos, siempre tortuosos, de decir **no**. Y si re-crear los sentidos no es una mera abstracción intelectual, sino que la posibilidad de colocar cosas nuevas en el mundo, entender que nos quedara la palabra, nunca sería poco.

BIBLIOGRAFÍA

Adorno, Theodor 1964 *Ravel: Moments musicaux*. Frankfurt am Main Suhrkamp Verlag.

Bell, Daniel 1989 *Las contradicciones culturales del capitalismo*. Editorial Península. Barcelona.

Berger, Peter 1979 *Un mundo sin hogar*. Editorial Sal Terrae. Santander.

Berger, Peter y Luckmann, Thomas 1997 *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido: la orientación del hombre moderno*. Editorial Paidós. Barcelona.

Birman, Joel 2000 *Mal-estar na atualidade: a psicanálise e as novas formas de subjetivação*. Editoria Civilização Brasileira. Rio de Janeiro.

— 2003 *Dor e sofrimento num mundo sem mediação*. Estados Gerais da Psicanálise: II Encontro Mundial, Rio de Janeiro, 2003. <http://www.estadosgerais.org>

Buck-Morrs, Susan 1981 *Origen de la dialéctica negativa*. Editorial Siglo XXI. México.

Gauchet, Marcel 1993 *La personnalité contemporaine et les changements des modes symboliques de socialisation*. En: Lebrun, Jean-Pierre (1999) *Hipótesis sobre las nuevas enfermedades del alma: argumentos para una clínica psicoanalítica de lo social*. Psicoanálisis, sujeto, discurso, cultura. Textos de Docencia Universitaria. Universidad Diego Portales. Santiago de Chile.

Habermas, Jürgen 1989 *El discurso filosófico de la modernidad*. Editorial Taurus. Buenos Aires.

— 1990 *Pensamiento postmetafísico*. Editorial Taurus. Madrid.

Justus, Daisy 2003 *Anorexia: um estudo*. Estados Gerais da Psicanálise: grupos virtuais e textos em interlocução na rede. <http://www.estadosgerais.org>

Laplanche, J. & Pontalis, J-B. 1983 *Vocabulário da psicanálise*. Martins Fontes Editora. São Paulo.

Lebrun, Jean-Pierre 1999 *Hipótesis sobre las nuevas enfermedades del alma: argumentos para una clínica psicoanalítica de lo social*. En: Roberto Aceituno y Mirtha Rosas (comp.) *Psicoanálisis, sujeto, discurso, cultura*. Textos de Docencia Universitaria. Universidad Diego Portales. Santiago de Chile.

Lechner, Norbert 1993 *En busca de la comunidad perdida*. Documento FLACSO. Santiago de Chile.

Leite, Marcio 2003 *Toxicomanias e pós-modernidade: um sintoma social?* Estados Gerais da Psicanálise: grupos virtuais e textos em interlocução na rede. <http://www.estadosgerais.org>

Minsky, Rosalind 2000 *Psicoanálisis y cultura: estados de ánimo contemporáneos*. Editorial Cátedra. Madrid.

Rabinovich, Norberto 2002 *El Inconciente lacaniano*. Documento de trabajo del ICHPA referente al seminario dictado en 2002: "El Inconciente lacaniano". Santiago de Chile.

Rouanet, Sergio Paulo 1993 *Mal-estar na modernidade*. Editora Companhia das Letras. São Paulo.

Historización de la institución materna. Del desamparo a la desolación.*

Ignacio Lewkowicz

I
Las tradiciones teóricas respecto de muy diversos campos nos inducen a suponer que en el entorno del nacimiento se juegan los problemas decisivos. Son grandes problemas, eso es cierto. Pero no los únicos. Pues en general, en los trabajos de los historiadores los problemas sólo comienzan con el nacimiento, pero luego continúan surgiendo. El nacimiento es sólo un comienzo, no el origen. El nacimiento, en esta perspectiva, es una situación, una singularidad, una experiencia tan decisiva como cualquier otra experiencia, singularidad o situación decisiva. Desde nuestra perspectiva, en general, en las diversas teorías sobre las experiencias humanas subyace un mar de supuestos. Pero estos supuestos no son sólo epistemológicos, axiomáticos o metodológicos. Pues entre los supuestos suele haber una serie ciega de a priori históricos. Estos a priori históricos no forman parte explícita de las teorías sino que posibilitan, sin enunciarse, el espacio en el que las teorías se constituyen. No es un prurito metodo-

lógico; la cosa tiene consecuencias desagradables. Pues los a priori históricos de estos supuestos metodológicos tienen una fea costumbre: de pronto se ausentan. Así, todo eso que habíamos supuesto en un punto se desmorona; correlativamente, nuestra teoría se convierte en un conjunto de representaciones sin arraigo práctico. Ahí surge una especie de revelación: según la esencial historicidad, uno siempre se da cuenta tarde. Las revelaciones, en un sentido, constituyen una especie de don de lo real— pero también muestran penosamente la estrechez constante de nuestros hábitos de pensamiento.

En Uruguay, hace un tiempo, en un encuentro psicoanalítico que se llamaba "La neurosis hoy", presentamos un trabajo titulado "Los pilares en busca de sustrato"¹. Ahí intentábamos avisarnos que se estaban ausentando, para esos pilares del psicoanálisis, una serie de elementos que yacían en el sustrato histórico supuesto, un zócalo invisible

* El presente artículo reelabora la presentación en el panel final del XII Encuentro Latinoamericano sobre el Pensamiento de D. W. Winnicott. *Violencia y Desamparo*, Montevideo, 17 y 18 de octubre 2003.

¹ I. Lewkowicz, M. Zelcer: *Los pilares en busca de sustrato*. En *La neurosis hoy*, VII Jornadas científicas de APU, 1993.

que se revela sólo en su desvanecimiento. Allí nació la costumbre de historizar para nuestro psicoanálisis una serie de evidencias. Historizamos así realidades que se suponían naturales o que se suponían históricas pero que admitían o necesitaban aún un poco de historización más drástica.

Si el motivo que nos interroga es violencia y desamparo, el gesto ya espontáneo del historiador será historizarlo. Pero ¿historizar qué? ¿Violencia? ¿Desamparo? ¿Y? Respecto de la historización de la violencia, ya había trabajado en otras circunstancias²; respecto de la historización del desamparo, nunca. Prueba difícil para el historiador que pretende historizar, porque parece que el desamparo es condición humana estructural, previa a cualquier historización. Estamos ante una especie de a priori ontológico más radical que cualquier a priori histórico. ¿O es que acaso en alguna circunstancia nacemos amparados?

II

Podemos atacar el asunto por la tangente; pues la historización del desamparo lleva a la historización de una institución muy particular que es la madre. Quizás la madre sea la institución más difícil de percibir como institución, como cosa instituida, como realidad resultante de un proceso de institución. La madre

siempre es cierta, se dice. Sin embargo, también era imposible percibir la lengua como institución, pero Saussure se encargó de percibirlo para todos nosotros en su momento. Entre paréntesis, quizás sea difícil también percibir la institución lengua porque es ante todo lengua materna. Sin embargo, si uno no quiere abandonar el oficio, la madre en tanto que institución también es historizable. Motivo por el cual podemos sospechar una historicidad del amparo, una historicidad del cuidado, una historicidad de lo maternal – y por lo tanto, desde esta perspectiva, del desamparo.

Sabemos hace tiempo que la madre – según el dictamen de Winnicott- tiene que ser suficientemente buena. Pero ya ignoramos suficientemente buena para qué. Se dirá, para vivir. Pero, ¿para vivir cómo? ¿para vivir en qué sociedad?; y ¿qué es suficientemente buena? ¿Varía según se entienda qué es vivir en cada situación histórica? Académicamente, dediqué unos cuantos años a estudiar la subjetividad espartana. Quisiera describir un poco cómo es la madre espartana entre los siglos VI y IV AC para señalar cierta historicidad de la maternidad.

En Esparta, cuando un hombre ha pasado el quinto ciclo de siete años, es decir a los 35 años, inicia su decadencia. La polis razona según una teoría ge-

² Una imagen de nuestra violencia: el discurso del ajuste sin discurso, en I. Lewkowicz: *Pensar sin Estado. La subjetividad en la era de la fluidez*, Buenos Aires, Paidós, 2004.

nésica que establece que se transmiten a la prole las cualidades adquiridas. Pero que sólo se transmite a la prole la cualidad adquirida de la que se goza en el momento de procrear. Motivo por el cual si uno engendra un hijo después de los 35 años –ya en espartana decadencia– transmite decadencia a la prole. Por ese motivo, el mítico legislador Licurgo establece que si uno quiere darle un hijo a la comunidad habiendo traspuesto el umbral de la decadencia, debe hacer fecundar a su esposa por un soldado que esté en la plenitud de su edad y que haya engendrado un primogénito aceptado por el Consejo de Ancianos. En ese entorno se engendra un hijo; en ese entorno es madre la madre.

Un vez que nace un niño, el Consejo de Ancianos evalúa si es apto para vivir una vida espartana. Caso contrario, se lo expone al pie del monte Taigeto. Notemos de pasada que no se lo entierra porque no ha nacido, de tal modo que se organiza una modalidad de deuda vital muy particular, esta vez no centrada en los padres sino en el Consejo de Ancianos. Se vislumbra otro amparo y –por ende– otro desamparo.

La lactancia tampoco es simple. El amamantamiento también procede de la comunidad, pero no de la madre. El que las teorías psicoanalíticas llaman infans es amamantado por una comunidad rotativa de nodrizas: la leche y su pecho resultan así más estatales que maternales. El pecho que ampara tiene – de frente y quizá también de perfil – un sello de la comunidad. Sin embargo, si el

cachorro ha sobrevivido es también porque los padres han hecho las cosas bien –por ejemplo, el padre ha sabido engendrar directamente o retirarse a tiempo. Así, en el revés de la trama, algo de deuda con la madre se produce: no es un residuo natural que queda sin tratar por la operación social misma. Se puede ver en un ejemplo: cuando marchan los soldados al campo de batalla el coro de las madres le canta al conjunto de los hijos que regrese sobre su escudo antes que sin él. Sobre el escudo regresan los muertos en batalla; sin el escudo regresan los que abandonaron el escudo para conservar su vida. El poeta Tirteo recuerda a los hoplitas que preocuparse por conservar la vida no es costumbre espartana. Detengámonos en el hecho de que la relación es de conjunto a conjunto. No es una madre que le canta a su hijo. Sin embargo, las madres están ahí. ¿Por qué anhelan tal heroísmo? No es posible saberlo; pero hay alguna luz histórica para conjeturarlo. ¿Qué se juega en ese pedido? Según relata Plutarco cuando retorna el ejército del campo de batalla, aquellas madres cuyos hijos regresan sobre los escudos salen a recibir las alabanzas del conjunto; las otras se encierran avergonzadas. ¿La madre se singulariza por muerte bélica de su hijo?

Licurgo, el legislador mítico de Esparta, había considerado que las mujeres estaban por fuera de la comunidad porque habían rechazado la ley. No formaban parte de la comunidad; eran una especie de condición externa de autorreproducción de la comunidad

masculina. Pero en los asuntos humanos nunca nada es tan neto. En cierto modo, una mujer podía entrar a formar parte de la comunidad si había engendrado un hijo capaz de morir por la comunidad. Su reconocimiento individual como miembro de la comunidad depende de la muerte del hijo en el campo de batalla. Antes que escandalizarnos, admitamos que eso pasaba regularmente en Esparta. Y tenemos que aceptar que esa configuración de la madre provee amparo adecuado para una vida de determinado tipo. Insisto en este punto en función de historizar lo maternal. ¿Es así una madre suficientemente buena? Parece que no; pero capaz que sí.

Respecto de Atenas mi conocimiento es menos exhaustivo. Pero puede sernos útil una indicación. Demóstenes, en el siglo IV, transcribe el sentido común al decir que un ciudadano, un *kalós kagathós*, necesita tres mujeres para afirmarse como plenamente ciudadano: para la descendencia legítima la esposa, para los cuidados cotidianos la concubina, para los placeres de la carne las cortesanas, las *hetairas*. Imaginemos que para nuestra historización de la institución materna, esta concepción aporta una singularidad en la construcción de la maternidad. Desde el punto de vista del hijo, la madre no es la amante del padre ni la mujer que cuida al padre; es, si se quiere, exclusivamente madre. Lo cual, imagino que tiene efectos notables sobre la construcción correlativa del complejo de Edipo: está la concubina, está la amante y esta que está aquí es madre nomás. La madre, se

ve, es otra cosa que en Esparta o en nuestras ciudades.

De este universo ateniense que requiere tres mujeres para un hombre saltamos a la moderna familia burguesa. Como siempre, el criterio burgués incluye una drástica reducción de personal. Las tres funciones convergen sobre una sola señora. Esa institución destinada a amparar sitúa a la madre con una serie de responsabilidades y en una serie de condiciones: esta madre tendrá que engendrar un ciudadano, un hombre del mundo del mercado, un hombre del mundo del estado, un muchacho marcado por la ley. Esa madre que es también concubina y amante en el seno de la institución familiar está destinada oficialmente para amparar en estas condiciones y con estos requerimientos al desamparado que llega al mundo.

Así vista, la relación de amparo es histórica. La relación de amparo desde la que pensamos el desamparo es esta configuración burguesa en la que una institución—la familia—acoge al recién nacido en su desamparo primordial. El amparo transcurre en el seno de una institución de amparo; el desamparado, en una institución de amparo, recibe el amparo. Recalco esto porque estamos atravesando una época de desfondamiento de las instituciones, y en esta época de desfondamiento de las instituciones el amparo pierde esa cualidad institucional; tendremos que empezar a pensarlo de otro modo, sin fondo institucional ya dado. Los casos desgarradores de niños nacidos en campos de

concentración muestran cachorros que están ahí anhelando amparo en una situación sin ninguna institución, situación que sin embargo los recibe.

III

Quisiera destacar ahora otro modo del desamparo actual: el desamparo teórico. Porque, por otra parte, nuestras teorías también desamparan a los niños cuando desestiman el pensamiento infantil. Las teorías modernas sobre el pensar y sobre los niños descalifican la condición de pensamiento de ese pensamiento. Le niegan así valor constitutivo en algún proceso posible de constitución de subjetividad. Para ampararlos es preciso suponerlos como desamparados. Y no será la primera vez que para suponer algo necesitamos secretamente instituirlo como el supuesto lo requiere.

La comprensión institucional moderna sobre la naturaleza del pensamiento desposee a los niños del proceso de pensamiento que pudiera engendrar subjetividad. Doy un ejemplo bastante sorprendente. Cada tanto, por diversas razones, se leen las "Meditaciones Metafísicas" de Descartes. Hasta ahora no había percibido un detalle obvio. Descartes, en el armado espontáneo de su escena de meditación, recurre a un tópico de la historia de la filosofía: desde la más temprana infancia había adquirido ideas falsas y ahora que estaba maduro y en apacible soledad podía dedicarse a pensar verdaderamente. Sin someterlo a duda cartesiana, Descartes asume el supuesto según el cual "pen-

sar" inmaduro y con otros no es verdaderamente pensar. Por lo tanto, nada serio se puede edificar sobre tan flojos cimientos. Siguiendo al filósofo en su sentido común, nuestras instituciones ejercen esa desposesión del pensar infantil desplazando el pensar hacia un hombre maduro como yo aislado. No hay sujeto ni pensamiento en un nosotros en el que el niño pueda componerse. Para existir humanamente, el niño tiene que ser instituido desde otro que ya esté instituido; por eso las instituciones precisan suponerlo abismalmente desamparado. Es preciso desposeer el pensamiento infantil para poder después proporcionar al niño el recto camino del pensar cartesiano. Insisto: tenemos una figura que produce desamparo al desestimar ese pensamiento en su valor de pensamiento genuino y fundante; al tomarlo como síntoma, como inmadurez, como fantasía, como chiste, como ocurrencia y no como proceso de pensamiento capaz de constituir la subjetividad del que lo piensa. Las instituciones desamparan al niño al que entonces han de amparar.

IV

Quisiera plantear la figura de la desolación. Llamaría de desolación a las situaciones en las que no existe una institución destinada al amparo. Pero si no hay institución destinada al amparo bien puede haber relaciones de constitución, relaciones de configuración, relaciones en las que los dos términos están vinculados entre sí sin una institución garante que los reúna. Si en algo puedo

no banalizar el relato de Primo Levi sobre Hurbinek³ es señalando la necesidad vincular de aquel muchacho húngaro con un niño de Auschwitz, cara a cara, sin institución, interrogándose uno a través del otro cómo y por qué podemos constituirnos aquí donde todo nos destituye. En el desfondamiento de las instituciones –no sólo en la extrema pobreza– hay dos desfondados y que tienen que configurarse pensando, hay dos que están desfondados y que pueden cuidarse mutuamente si mutuamente se piensan y si conjuntamente piensan.

En la desolación, en el desfondamiento de las instituciones – y por lo tanto desfondamiento de las instituciones de amparo– quisiera plantear, para historizar la función materna, un desplazamiento: de las instituciones de amparo a las prácticas de cuidado. En las prácticas de amparo que transcurren en una institución, una madre, por ejemplo, suficientemente instituida, disponiendo de un saber suficientemente instituido sobre el cachorro suficientemente desamparado, no sólo tiene a priori una responsabilidad jurídica institucional sino que también dispone de toda una serie de técnicas para ampararlo. En el desfondamiento, en la desolación, se vuelven necesarias las relaciones de cuidado. Pero estos cuidados tienen que

ser pensados uno por uno por el cuidador y el cuidado, pues no se dispone de un repertorio instituido capaz de amparar suficientemente bien. Transitamos una situación inédita en la que es preciso pensar cada detalle cada vez, pues nada de lo pensado de antemano tiene chance ni garantía de vigencia. Cada vez se hace preciso pensar, para el chico, la madre y el entorno, qué pasa con ese chico y qué pasa con esa madre y qué pasa con ese entorno. Estamos ante una relación que sólo se sostiene si en vez de suponer –como ocurre con el saber instituido– se piensa. Entonces ya no concebimos la relación entre una subjetividad instituida que funciona como instituyente y otra subjetividad –vacía–, que recibe el proceso de institución sino que imaginamos un proceso de configuración mutuo, una instancia actual de constitución de subjetividad. Vemos entonces que desolación no constituye sólo una versión enfática de desamparo. Es otra situación, en otras condiciones, que determina otras relaciones.

Así, incurrimos en un tipo muy particular de violencia cuando tratamos al desolado como desamparado, es decir, cuando tratamos a alguien mediante teorías del amparo suponiendo que contamos con instituciones y saberes capaces de ampararlo. Nuevamente,

³ En el encuentro en Montevideo del que procede este texto, Daniel Gil había presentado un formidable trabajo psicoanalítico en el que instaba a los psicoanalistas presentes –que no eran pocos– a ver de qué modo las teorías psicoanalíticas disponibles podían procesar el relato de Hurbinek. El texto se encuentra en P. Levi: *La tregua*; también en G. Agamben, *Lo que queda de Auschwitz*, Valencia, Pre-textos. Un niño absolutamente desamparado, misteriosamente aparecido en el campo poco antes de la liberación es también misteriosamente cuidado por un muchacho húngaro, recluso también. El relato es demoledor. Ninguna teoría detiene las lágrimas.

para ampararlos los desposeemos de su pensamiento – desamparado, no se puede pensar - y los pretendemos hacer desembarcar en instituciones que supuestamente los amparan⁴. Pero en rigor opera un proceso para nada cartesiano de desposesión del pensamiento. En estas condiciones, la noción de desamparo incurre en violencia.

V

En el grupo con el que estamos trabajando⁵, nos acostumbramos a considerar la época que estamos atravesando como una situación de extrema fluidez. Las situaciones institucionales, las situaciones estatales podemos considerarlas como situaciones en las que el paradigma de lo que es, es el sólido. Las instituciones se reproducen a sí mismas, las instituciones perseveran en su ser, las instituciones conservan las articulaciones estructurales: desde ese punto de vista son sólidas. La era del capital financiero, la era de los flujos de información, disuelve esas consistencias. Ingresamos en un régimen de pura contingencia. La contingencia perpetua desfonda las instituciones. Todo fluye.

Un chiste judío relataba que al despedirse de su marido viajante, una

mujer le preguntaba si durante el viaje le iba a ser fiel; no lo sé, contesta, soy un simple esposo y no un profeta. Una madre puede ser suficientemente buena en un reino suficientemente sólido; pero si el reino deja de ser suficientemente sólido, si es un reino de incertidumbre, la práctica de crianza tiene que tener un don profético si quiere estabilizarse en base a predicciones. Porque las certezas sobre el porvenir –y no del porvenir lejano, sino del porvenir inmediato, es decir, si el que viene esta noche es tu padre u otro, soy yo u otra– se han licuado; se han desarticulado los regímenes de repetición capaces de producir estas estabilidades requeridas para que el saber pueda suponer.

Entonces, en un régimen de contingencia perpetua la relación tiene que estar permanentemente pensándose si efectivamente quiere relacionar, pues el entorno fluctúa permanentemente. Si se trata de criar a alguien para un mundo y ese mundo varía día a día –tanto el mundo lejano como el inmediato varían instante a instante– entonces las relaciones de cuidado no pueden desempeñarse correctamente en la suposición instituida de las instituciones de amparo.

Invirtiendo una fórmula teológica, es lícito postular que en la actualidad na-

⁴ Según las investigaciones más recientes de Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, resulta notable ver cómo la mayoría de los chilenos en estos tiempos de incertidumbre busca amparo en la familia. No hay nada extraño en ello. La extrañeza aparece cuando leemos que un 60% de la misma muestra considera, sin embargo, que ese refugio llamado familia es fuente de tensiones y problemas o lisa y llanamente una institución en crisis. En *Nosotros, los chilenos; un desafío cultural*, PNUD, 2002. www.desarrollohumano.cl

⁵ V. www.estudiolwz.com.ar/textos

ceamos con pecado, pero sin madre. Esto ocurre así si llamamos madre a esa realidad suficientemente buena capaz de garantizarnos una entrada con embrague, una entrada amigable en lo que se suele llamar de modo eufemístico el entorno cultural. Necesitamos una madre suficientemente buena, no tenemos un reino suficientemente bueno; entonces se nos impone la necesidad de una madre extraordinariamente buena, pues si no es extraordinariamente buena no resulta suficientemente buena. Una madre suficientemente buena amparaba al desamparado modernamente instituido. La madre extraordinariamente buena se constituye en la relación con su hijo en el reino de la desolación —o, como lo llama Morpheus, el desierto de lo real⁶. Tanto como decir que en la desolación se encuentran dos desamparados —desamparados institucionalmente al menos para la relación que intentan iniciar.

Así, en nuestras condiciones de desfondamiento nacemos mayormente de útero, pero no es seguro que nazcamos de madre. Más bien diría, al menos como requisito metodológico, que nacemos sin madre —y que si no la fabricamos no la tenemos. No disponemos de un estado oficiando de buen reino que produzca la institución que el bebé por venir requiere. Si ironizamos con el lenguaje de la economía neoliberal, se puede decir que el mercado actual le encarga al niño flexibilizado

que organice su puesto de trabajo. El neo management para bebés impone que forme equipo, contrate personal maternal apropiado y desarrolle su programa vital. Pero esto es sólo ironía. Lo cierto, lo dramáticamente cierto es que las condiciones heredadas necesarias para materner no son suficientemente buenas en este mundo incierto.

Se suele recordar, en general para bromear con paternidades ilusorias, el adagio jurídico latino según el cual la madre siempre es cierta pero el padre es incierto. La justicia de géneros ha llegado finalmente también a este punto: la madre no siempre es cierta; también deviene incierta —en el sentido de la incertidumbre general de nuestro desvanecimiento institucional. Y esta figura ya no permite bromas sobre maridos sino que nos trae la intimación de los niños desolados. La figura instituida de la madre está sometida actualmente a un severo proceso de historización. Los recién nacidos ya no pueden confiar en que serán capaces de configurar con esa señora el vínculo suficientemente bueno.

VI

Como sé que el planteo no ha sido hasta aquí todo lo claro que debería, lo declaro nuevamente. No tenemos un andamiaje estructural para el vínculo materno. El andamiaje estructural para el vínculo materno-filial estaba garantizado a

⁶ Al desconectar el efecto ilusorio de la Matriz, Morpheus enuncia *bienvenidos al desierto de lo real*. *Matrix I*, de los hermanos Wachowsky.

ciegas no sólo por la filiación materna sino también por la institución social familia, que a su vez estaba garantizada por la institución Estado que ponía un marco en el que ese vínculo era posible. Ese marco señalaba el vínculo con una línea de puntos que luego se rellenaba con la singularidad de la traza de ese encuentro. Ahora, desfondado ese marco, la relación materno-filial se constituye en el encuentro -y bien puede no constituirse. No sólo puede no constituirse por déficit constitucional de la madre -porque lo que estamos planteando es que para ser madre el déficit constitucional es hoy un hecho ineludible- sino también por no encontrar el modo efectivo de establecer el vínculo. Y puede que no encuentren el modo de establecer el vínculo ya no sólo por razones de historia personal que no le permitan apegarse sino también por no hallar actualmente entre ambos los modos de constituirse mutuamente. El desamparo en la desolación es no poder pensar lo que efectivamente hay. El desamparo en la desolación es no poder pensar el modo en que se constituye el vínculo. El desamparo en la desolación consiste en llamarlo desamparo y no desolación. El desamparo en la desolación es suponer que hay un vínculo y por lo tanto no imponerse construirlo. El vínculo en la desolación es lo que uno puede pensar con otro. El vínculo no es una relación estructural que está en potencia garantizando que luego vamos a realizarla. En desolación no existe otro vínculo que pensar con otro el vínculo que nos constituye al pensarlo.

Posdata

Si en condiciones de Estado-Nación era preciso amparar a los niños en los formatos institucionales y hacerlos transitar por las figuras establecidas de infancia, es porque era preciso también desposeerlos de su pensamiento o desestimar la posibilidad misma de que pudieran constituirse pensando, para que pudiéramos ampararlos. El desamparado no se define institucionalmente como dotado de recursos insuficientes, sino como carente absolutamente de recursos. La carencia radical, la carencia abismal de recursos es la interpretación institucional del desamparo primordial. Ahora bien: caída la potencia instituyente de las instituciones de amparo, los recursos de pensamiento de los niños adquieren relativamente otro valor. Pues, si bien comparado con la potencia instituyente de las instituciones de amparo el pensamiento infantil era una realidad o podía ser tomada como una realidad meramente irrelevante, en el desfondamiento de las instituciones esta capacidad infantil de pensar adquiere otra estatura relativa. O mejor, se convierte en un recurso de primer orden para, con otros, constituirse subjetivamente. En condiciones de Estado, la subjetividad se constituye a partir de otro; en desfondamiento, se constituye con otros. Constituyéndose a partir de otro habrá que pensar que el otro está plenamente constituido, condición necesaria y suficiente para la institución de la subjetividad del niño. En cambio, con otros, habrá que pensar que esos otros -condición necesaria- son también

condición insuficiente para la constitución de la subjetividad del niño. Así el Otro del que procede la subjetividad instituida era condición necesaria y suficiente. Pero en ese proceso de constitución de subjetividad a partir de otro no se requiere ninguna condición en la materia receptora —digamos, el cachorro. Cuando los otros no detentan las condiciones necesarias y suficientes, se requiere del cachorro que ponga de su lado también una serie de condiciones, necesarias a su vez, para el proceso de constitución de subjetividad. Pero no se trata meramente de un reparto de condiciones para una ulterior sumatoria sino de otro esquema. Porque si en condiciones de Estado del lado del

cachorro se verificaba una ausencia drástica de condiciones necesarias para el proceso de producción de subjetividad, del otro lado aparecían las condiciones suficientes para esta producción. Entre el Estado y sus instituciones, en las que milita activamente la familia, se obtenían los recursos para producir el efecto. En cambio, en un medio desfondado, la sumatoria de las condiciones que porta, que transporta, que importa o que adquiere cada uno no llega como suma al rango de condición necesaria y suficiente. Sólo el encuentro instala en la situación, si se verifica, la condición de suficiencia que convierte o que otorga a las demás condiciones potencia de condiciones necesarias.

Violencia y desamparo en la neurosis.*

Jaime Coloma Andrews

En la tradición psicoanalítica no winnicottiana las palabras violencia y desamparo son consideradas como realidades psíquicas tramitadas desde lo inconsciente. No como eventos que afectan un registro de Lo Real. Por este camino se ha llegado frecuentemente a desvalorizar la experiencia como suceso que ocurre más allá de Lo Simbólico. Tal tendencia compromete de manera radical el enfoque técnico, al punto que se equipara el acaecimiento de algo con la interpretación que ha hecho de éste quien lo experimentó. Todo lo que el paciente relate de su pasado se considera como un recuerdo encubridor. La perspectiva kleiniana, con su concepto de fantasía inconsciente, privilegia y, en la práctica, lleva a lo absoluto este modo de asumir lo declarado por el paciente.

La respuesta a esta tendencia, que ha marcado décadas de trabajo psicoanalítico, se polariza en el otro extremo. Lo distintivo de estas propuestas es quitar lugar, en la práctica, a lo metapsicológico, mientras se le otorga prerrogativa a lo clínico. Se postula de esta manera, el valor de la clínica psicoanalítica,

despojada de lo que Thomä y Kächele llamaron "maleza metapsicológica". Sin duda estos autores, con sus considerados teórico-clínicos y sus maneras de evaluar los procesos psicoanalíticos, han conservado del psicoanálisis sólo el nombre y el uso de algunos términos. No obstante, la reacción en contra de los que se inclinan por desconocer el peso real del acontecimiento en la vida de un sujeto, se ha dado desde muy temprano en nuestro enfoque, cuando Anna Freud y Hartmann, propusieron ocuparse primariamente del Yo, elaborando el segundo de ellos su concepto de Adaptación, como meta del desarrollo y de la labor del psicoanalista. Acentuar la referencia a lo adaptativo implica favorecer en la técnica todo lo que, en conceptos winnicottianos, correspondería a un falso self que suplanta al verdadero. Una suplantación de esta índole desvanece el lugar de lo inconsciente en la naturaleza humana y sitúa lo terapéutico en un ámbito que disocia al sujeto de lo inconsciente, más que en uno que lo integre.

Considero que la propuesta psicoanalítica, más que cualquier otra, requiere preservar, en la manera de aproximar-

* El presente artículo reelabora la presentación en el panel final del XII Encuentro Latinoamericano sobre el Pensamiento de D. W. Winnicott. **Violencia y Desamparo**, Montevideo, 17 y 18 de octubre 2003.

se al paciente, un anudamiento intransable entre metapsicología y trabajo terapéutico. Hacerlo no supone desvirtuar ni el relato del paciente ni el respeto a su condición de individuo. Tampoco supone sentirse depositario de un conocimiento de lo inconsciente que implique mantener un setting que asimetrice cualitativamente la relación paciente analista. Si un analista se atribuye una condición de superioridad y trascendencia respecto a la fragilidad propia de lo humano, delata, así, más su patología de carácter que su orientación teórica. Es claro que hay concepciones del encuadre psicoanalítico que amparan este estilo y que sirven como racionalización a necesidades personales de superación de alguna inseguridad de diverso origen.

En la historia del psicoanálisis no sólo se ha reaccionado a la desconsideración de lo dicho por el paciente, sino también a esta concepción del setting. Personalmente entiendo que abordar psicoanalíticamente a un ser humano es lo que más asegura, dentro de las distintas escuelas psicoterapéuticas, la consideración individual del paciente. Entiendo también que valorar lo particular de cada sujeto, facilita el logro de una mejoría respecto del motivo de consulta. No me parece, según mi criterio, que la neutralidad deba reflejarse a través de un comportamiento típico del analista. Creo que la neutralidad del analista reside en el compromiso de éste para usar de sus propias emociones, en la comprensión psicoanalítica del analizante, seleccionando desde ahí las intervenciones que tengan mejor senti-

do terapéutico. Intervenciones que no obligan a una interpretación verbal sistemática de lo expuesto por el paciente, sino que se eligen de un amplio abanico de posibilidades: confrontaciones, señalamientos, apoyo, interpretaciones, silencio, comprensión, etc. Esto puede conducir a un encuadre que, con ciertos pacientes, puede adquirir características coloquiales. A mi entender, lo que hace psicoanalítico este modo de concebir las tareas del análisis, reside en que las intervenciones broten de la formación del psicoanalista y no de un espontaneísmo afectivo. La formación del psicoanalista incluye, como siempre se dice, su propio análisis, las supervisiones y la reflexión crítica y sistemática de las teorías, en función de hacer de la práctica del psicoanálisis, una labor de integración del sujeto de lo inconsciente, que se exprese en una vida cotidiana en la cual el falso self proteja al verdadero y no lo suplante. En un escrito anterior postulé que un psicoanalista apegado a la técnica del psicoanálisis puede inducir en su analizante un falso self psicoanalítico. Es por esto que valoro altamente la concepción winnicottiana de tratamiento en reemplazo de una técnica.

Las concepciones winnicottianas, sin embargo, pueden inclinarse a operar con orientaciones teórico-prácticas como el holding o el management despojadas de su raíz metapsicológica, con el afán de inclinar la balanza hacia un respeto por el paciente, valorando su realidad externa y su derecho a ver a su analista como un ser humano y no como un robot que interpreta dentro de un estilo que

llega a adivinarse. Sin duda que reaccionar a esto último es importante. El problema está cuando se transforma el enfoque winnicottiano en una forma de conducta supuestamente terapéutica, que decide su modo de darse por impresiones afectivas más que por decisiones que parten de tomar en cuenta el peso de lo inconsciente en nuestra capacidad de entender el material del paciente y nuestra propia aproximación a la sesión. Peso de lo inconsciente que no entraña una exclusión del efecto real de los eventos en la constitución del sujeto. Ideas como violencia y desamparo, pueden potenciar la tendencia a poner la atención en la causalidad exterior como un hecho independiente y desfasado de un sujeto de lo inconsciente.

El problema es, entonces, determinar si es posible pensar psicoanalíticamente en una realidad exterior al sujeto. Winnicott, en su trabajo de 1969 "La experiencia de mutualidad entre la madre y el hijo", define un trauma como aquel contra el cual un individuo no tiene una organización defensiva, provocando por esto un estado confusional, seguido quizás por una reorganización de defensas más primitivas que aquellas que eran suficientes antes de la ocurrencia del trauma. Referirse al efecto confusional que provoca el trauma ante una carencia de organización defensiva, implica reconocer en forma tácita la influencia de algo exterior al sujeto. Dado que se escucha y se lee constantemente que el ser humano es tal en tanto sujeto del lenguaje y, por lo tanto, sujeto de una tramitación inevitable del entorno, vale la

pena revisar si es posible que la existencia conlleve una marca que se constituya fuera del campo del lenguaje, marca que incluiría el efecto de una exterioridad al registro simbólico, en la constitución del sujeto.

El filósofo Levinas, según lo entiendo, explora la validez de considerar un evento exterior integrado a lo humano, sin sufrir la total transformación del registro simbólico. En un libro sobre este autor, el chileno Enoc Muñoz (2003, pag.187) postula que Levinas... *intentará exponer la manifestación... de la exterioridad del rostro del otro, como irreductible...y...anterior a toda revelación de un ente mediatizado por un horizonte de sentido o de comprensión... la expresión del rostro...supone...la búsqueda de la verdad...como no relativa a los poderes de autonomía del sujeto*. En estos conceptos sobre la presencia de una verdad que no depende de un sujeto autónomo, encuentro que se da filosóficamente la posibilidad de formular el lugar de un gran Otro simbólico que no desmerezca la presencia de lo exterior en el devenir de una existencia. En oposición a esto, Philippe Julien, en un texto inspirado por Lacan, señala: *¡Importa poco que la causa de la actividad sexual infantil sea espontánea o provocada! Interno o externo, lo que interesa no es la cuestión del origen, sino la de los efectos en el après coup...* Y agrega posteriormente: *Freud comprueba que el resultado es el mismo. No hay diferencia en cuanto a los efectos, vale decir, en cuanto a la realidad psíquica que desempeña el pa-*

pel dominante. (2002,pag.168) Dominante suena aquí a “lo único que importa al psicoanalista”. Esta es una posición que radicalizaría la significación de un hecho, en desmedro de su ocurrencia que se diere en un campo de exterioridad, fuera de la simbolización.

Recuerdo a una mujer, a quien llamaré Laura, que me consultó hace años y que después de la segunda entrevista dejó de venir sin hacerse cargo de interrumpir o de continuar. Tenía unos 42 años. Era de apariencia física atractiva, pero, sobre todo, muy realzada por su vestimenta provocativa y su postura y gestualidad inadecuadamente seductora. No critico lo seductor por sí mismo. Esta seducción la sentí inadecuada. Se describía como alguien que había alcanzado logros importantes, especialmente en el campo económico y en ciertas formas de vida familiar. Tres hijos de un mismo padre compensaban una historia con parejas intermitentes que, a ratos bordeaba lo psicótico, por el carácter de las parejas mismas. De hecho su vida sugería un diagnóstico de estructura psicótica, al modo como lo formula Caligaris. No obstante, me pareció que no se trataba estrictamente de esto, porque había una fuerte tendencia a conservar por años la estabilidad de sus funciones maternas y de sus referentes laborales y geográficos, aparte de este modo de instalar la transferencia. A partir de los dos años su padre la preparó vaginalmente con el dedo, para empezar a penetrarla a los 6 años, actividad que mantuvo hasta más o menos los doce años. No es primera vez que escu-

cho algo similar, como le sucederá a muchos de mis colegas. Ella lo decía, dentro de la crudeza del relato, con cierto señorío, como quien cuenta con una marca de vida paradójicamente heráldica. El padre, diríamos, la había señalado especialmente y esto, de algún modo lo experimentaba como algo que la destacaba entre los supuestamente rutinarios pacientes que me consultaban. Esto podría entenderse como el efecto del aprés coup derivado de un hecho violento y trasgresor. Buscaba, sin duda, con su relato generar en mí un impacto estético al modo como lo describía Liberman para las condiciones histéricas. No tuve tiempo de evaluar suficientemente a esta persona. Me llamó la atención que en la segunda entrevista su apariencia era muy opuesta, desvitalizada, con ropa de colores apagados. Poco comunicativa. Tuve la impresión de haber frustrado de manera radical sus expectativas, al no responder al intento de seducirme durante la primera entrevista. Dejó de venir, dándome la impresión que la relación conmigo se había desvanecido mnémica y afectivamente. Me pareció una estructura muy baja, pero organizada dentro del orden de la histeria. Una neurosis grave, en suma, con una historia de violencia y desamparo. ¿Cuál es el peso de esa brutal experiencia con el padre en ella? ¿Se marca en algún resquicio de lo simbólico lo sufrido como realidad más allá del lenguaje?

También hace bastantes años, empezó un análisis conmigo, un hombre de más o menos 38 años, que denominaré Feli-

pe, alto, grueso, vestido muy formalmente, con un cargo muy importante, en una empresa conocida de carácter privado. Me contó que, a la muerte de su padre, los concurrentes al sepelio se impresionaban por el modo como él lloraba, creyendo que esto ocurría por la pérdida de un progenitor muy querido. No sabían, me dijo, que su llanto se motivaba en el dolor de haber contado sistemáticamente con un padre que nunca le aportó cariño, que siempre lo humilló, al punto que, existiendo suficientes habitaciones en la casa, lo hacía dormir en la sala de estar, en un sofá, que no era un sofá cama. Lloraba porque en su vida no tuvo algo tan normal como un padre. La vivencia es válida. La concepción es relativa ¿faltó aquí un padre? ¿Fue, este hombre, a pesar de todo, un padre? ¿Pudo no serlo? Valdría, respecto a este punto, recordar la película holandesa "Karácter". En este punto se sitúa el dilema entre exterioridad de la experiencia y sujeto de lo inconsciente, dilema que conlleva decisiones del analista respecto a como intervenir. A los tres meses de análisis interrumpió después de un sesión en que recordó, con un llanto angustioso y desesperado, que a los dieciocho años, una mañana despertó con un roce extraño en los labios, constatando un momento después, que este roce era provocado por el pene de su padre que lo tocaba en la boca, riéndose burlonamente para después retirarse sin comentarios. La angustia, ante este recuerdo siempre mantenido entre una zona de conciencia y olvido, fue tal que, a la sesión siguiente, me dijo, irrevocablemente, que no se sentía en condicio-

nes emocionales de continuar. No me canceló en el momento diciéndome que, dentro de los próximos días, pasaría a pagarme. Le señalé, después de intentar preservar el trabajo psicoanalítico, que era necesario que, previamente, me avisara su visita, dado que yo no cuento con secretaria en mi consulta. No obstante, a los dos días apareció por mi oficina, sin advertencia alguna, en el momento en que terminaba la hora que correspondía a su sesión, encontrándose con que yo estaba atendiendo a otro paciente que salía en ese momento. No pudo evitar expresarme su sorpresa relacionada con que tan pronto se hubiere tomado esa hora. Esto me hizo sentir que su interrupción implicaba otros motivos, añadidos a la angustia que la había gestado. Sentí que no había sabido responder a un truco muy doloroso, por el cual había querido probarme como padre y como madre, añadido a un temor paranoico de ser usado financieramente por mí, con connotaciones homosexuales muy perturbadoras. A mi entender este hombre era, en todo caso, un neurótico, con rasgos obsesivos y sintomatología ansioso depresiva, con una historia, gestada desde lo externo a su condición de sujeto, por un agente perverso. Nuevamente violencia y desamparo como entorno del sujeto, dándole quizás una marca informulable al registro de lo simbólico que se gesta entre el Otro y el deseo.

Pienso que en el primer caso, pese a las dificultades que hacían muy eventual el comienzo de un proceso psicoanalítico, hubiere sido quizás posible, con mayor

sutileza de mi parte, instalar una labor psicoanalítica. Transferencia hubo desde un comienzo. Podría, por ejemplo, haber jugado cuidadosamente entre asumir de alguna forma la seducción, conservando el setting como mensaje de un corte que la asegurara. Pero después de la batalla todos somos generales. El hecho es que no pude crear las condiciones de trabajo. Lo que justifica aquí la presentación de esta casuística es determinar cómo se interviene cuando la persona incluye experiencias de vida traumáticas, sin caer en medidas de contención afectivas dictadas por el impacto de los hechos o en trabajos interpretativos que los disuelvan como causa. Por ejemplo, Laura oculta, detrás de un comportamiento histérico, un drama real que se refleja en muchas formas de su vida, pero que está integrado como realidad psíquica. ¿Supondrá esto trabajar psicoanalíticamente teniendo como guía principal el *après coup* en desmedro del origen externo de su historia o deberá tenerse en cuenta la consideración de este suceso violento como determinante de la interpretación y de las intervenciones que se escojan desde esta interpretación?

En el segundo caso creo que me faltó, por la época en que ejercía como analista, mayor soltura, holding y manejo según el estilo winnicottiano. Creo que el objeto fue presentado prematuramente, es posible que por afán excesivo de interpretar, en contraposición a lo que plantea Winnicott. En mi descargo, pienso que habría sido imposible imaginar la emergencia de un recuerdo

de esa intensidad. Lo llevé a ese recuerdo sin vislumbrar lo que se venía, pero, eventualmente hoy, habría encontrado una mayor sensibilidad a los ritmos del paciente. Caben aquí las mismas preguntas ya formuladas. Vale decir, mis dificultades provinieron de la necesidad de optar entre la influencia de sus experiencias gestadas por un agente exterior y la atención al lugar ocupado en una cadena simbólica. Es en este vértice donde creo que se juega la posición winnicottiana.

Muestro estas viñetas para cuestionar lo que afirma Julien, en la cita previa: “¡Importa poco, dice, que la causa de la sexualidad infantil sea espontánea o provocada!” En oposición a esta prescripción técnica, me pregunto si estos hechos, o rostros, en términos de Levinas, ¿no quedan guardados como marca de exterioridad en el registro simbólico, determinando, dentro del logro de una estructura neurótica, la imposibilidad de alcanzarla plenamente, como habría ocurrido con mis pacientes? El peso que da Winnicott a la adaptación del ambiente, me parece que respeta esta marca encapsulada dentro del registro simbólico, porque de alguna manera se postula que el ambiente marca desde afuera del sujeto y orienta al psicoanalista en el modo de intervenir. El definir el abordaje del tratamiento como intervención y no como interpretación verbal, implica reconocer el carácter informable de la marca de la experiencia al interior de los significantes que articulan el registro simbólico.

Podría uno cuestionarse, en base a la casuística previa, si las misteriosas madres, ausentes del relato, o más bien sólo presentes en la medida en que preguntara por ellas, madres sometidas, de las cuales supe tan poco, no invirtieron la fórmula de Winnicott que afirma que el niño requiere ser primeramente odiado por la madre, en la fase del holding, pudiendo solo así, ser amados después. Estas madres, en lo probable, con fuertes rasgos depresivos y masoquistas, ensombrecidas por el objeto, ¿podían odiar a su bebé, para verdaderamente amarlo? El holding ofrecido, la ilusión creadora fundante, ¿nació desde el verdadero ser materno o de su patología de postergación? Esa supuesta patología de la madre ¿no gestó algo en el área de asumir el verdadero ser, más que en un hallazgo de la verdadera experiencia de ilusión, en la construcción de una cáscara narcisística rígida y, a la vez frágil, que suplantaba la función de un falso ser protector? La madre, como ambiente, supone metapsicológicamente un sello de exterioridad, que es parte de un verdadero self, self que me parece mejor descrito como ser, un verdadero ser, un sello de exterioridad en el verdadero ser, que, me parece, puede equipararse al sujeto de lo inconsciente.

El paciente hombre quizás preservó ese narcisismo bajo una forma primariamente melancolide, desde la que pudo, igual que la mujer, alcanzar a vivir a tropezones el Edipo, regresando a formas defensivas de carácter anal. La mujer, en cambio, al parecer conservó un núcleo narcisístico necesitado de una con-

firmación ambiental masculina que, cuando no se da, la melancoliza. Si no he estirado demasiado mi hipótesis, podría plantearse que en estos casos la patología de la madre, no sólo los hechos violentos, hace de *detonante exterior* no lingüístico, no gran Otro, de la articulación de un sujeto de lo inconsciente, dejando así un sello que engancha y retiene las posibilidades de desplegar plenamente una estructura neurótica.

Al desarrollar estas ideas me mueve un interés por encontrar lo propio del psicoanálisis, entendiendo que, como disciplina teórico técnica, su preservación amplía sustancialmente las posibilidades de ayudar a los pacientes. Freud nos propuso, con la idea de inconsciente, un pensamiento radical sobre la verdad de lo humano. La índole de la materia que investiga es de tal complejidad que induce fácilmente a desviarse de su verdadero sentido. A menudo me preocupo, por el respeto que tengo sobre el pensamiento de Winnicott, sobre el peligro que corre su enseñanza de transformarse en una aproximación al paciente un tanto ingenua y afectiva, inspirando medidas más cercanas a la empatía que a intervenciones derivadas de una comprensión psicoanalítica del problema. Violencia y desamparo, como realidades, pueden inducir a esta inclinación que diluya lo psicoanalítico en el modo de trabajar.

Es por esto que me interesa incluir en esta ponencia una crítica a ciertas posiciones teóricas que, en el afán de considerar la realidad, transforman inadver-

tidamente las bases de lo psicoanalítico, gestando un trabajo que se ordena desde lo exterior hacia lo interior y no desde lo inconsciente hacia lo exterior, como sería consistente con nuestra disciplina. Creo que, quizás por declaraciones del propio Winnicott, se tiende a confundir a través de la idea de adaptación, la propuesta de este pensador con lo que sostienen los psicólogos del yo, seguidores de Hartman. El propósito del psicoanálisis dicen ellos, tal como ya fue expuesto en este escrito, es la adaptación, vale decir una acomodación madura y normal al modelo de lo social externo. Esta adaptación es la antípoda de lo que implica la adaptación del ambiente a un estado inicial de no integración. Y es antípoda en relación al espíritu esencial de las concepciones winnicottianas. Como lo dijo Paineira en una de estas jornadas en Buenos Aires en 1999: *la vida personal, que se inicia con el percatamiento de la propia continuidad existencial, de la duración del propio ser en el tiempo, del percatamiento del hecho simple de estar siendo, nace del despliegue espontáneo y creativo de las propias potencialidades desde el centro hacia fuera y en la captación del gesto espontáneo*". (1999, pag 21-41). Cuando la psicología del Yo se instala en el psicoanálisis, aunque sus recursos puedan parecer flexibles y creativos, conllevan esta concepción adaptativa que favorece la gestión de un falso self que suplanta al verdadero, en vez de protegerlo. Impide el gesto espontáneo. ¿Es posible que mi fracaso en los casos que he presentado tengan que ver con una dificultad para

liberarme de una normopatía de la técnica? Digo esto porque me parece que la noción de adaptación va subrepticamente llevando al psicoanálisis por el terreno de intervenciones decididas a partir de una consideración de hechos externos, como el uso rígido de la técnica, y no de una interpretación del lugar de estos hechos en un registro de lo inconsciente que guarde tanto el símbolo como el evento.

Osvaldo Frizzera cita de Octave Mannoni: *En los círculos psicoanalíticos...lo que aportaba Winnicott mas que cualquier otra cosa era la libertad*. Frizzera: *acota: libertad en el terreno de la práctica, libertad para el analista en la manera de teorizar su clínica. especificando más adelante: la dirección que Winnicott, desde su genuino interés por la cura, apunta a un cambio en el lugar del analista que permita al paciente efectuar una demanda. Para ello el psicoanalista incluye una técnica que no opera desde una significación fija. Como en el juego del garabato, trabaja con lo abierto y con la pregunta, favoreciendo la producción del lado del paciente. De esta manera, concluye Frizzera, indica Winnicott, cómo pensar la constitución del sujeto de lo inconsciente* (1999, pag.223).

Creo que es necesario conservar la intención de preservar toda postura winnicottiana como psicoanalítica y no como, en defensa supuesta del paciente, meramente psicoterapéutica. Psicoanalítica, vale decir como una tarea que se da una gran libertad práctica y

creativa desde la consideración de un sujeto de lo inconsciente. Esta palabra "sujeto", tan determinante de lo específico de nuestra disciplina, es una palabra que puede confundir. Sujeto no es subjetividad. La subjetividad, como opción de la objetividad, resulta de un método que se instala en la distancia de una relación entre yo y objeto. Es así un modo de funcionamiento yoico. Sujeto alude a un lugar inconsciente en una trama simbólica. No a una función subjetiva u objetiva del Yo.

En la actualidad ha cundido dentro del psicoanálisis la posición llamada intersubjetiva, posición que algunos buscan integrar con la perspectiva winnicottiana, como si esta escuela permitiera incluir en lo winnicottiano una reflexión sobre el sujeto. Conozco ligeramente esta tendencia. Recién me estoy familiarizando con ella, pero más bien motivado por lo que creo constituye un riesgo de volver a intentar introducir en psicoanálisis la psicología del yo, que porque quiera informarme de algo que me sugiere un aporte. Me temo que otra vez, como ocurrió con la psicología del yo y con la posición empirista alemana, se esté buscando encontrar, al decir de Lacan, una ortopedia psicoanalítica, que ponga lo inconsciente en el campo de la objetividad, para facilitar las cosas. Ortopedia que, en el campo winnicottiano, induce a una aparente libertad de trabajo, al incluir la subjetividad del psicoanalista, aunque valdría la pena considerar que al poner tanta atención al vínculo observable entre paciente y analista, se desvía la es-

cucha y la mirada al verdadero ser del paciente que se oculta bajo el Yo. Se evita de esta manera la complejidad de una práctica creativa y libre, no espontaneísta y abrochada a una consideración del sujeto de lo inconsciente como guía que permita seleccionar las intervenciones del analista. Creo, entonces, que bajo la idea de subjetividad se disfraza una psicología del yo. Por ejemplo, los "intersubjetivistas" Stolorow y Atwood afirman que... estoy traduciendo del inglés... *un campo intersubjetivo es un sistema de influencia recíproca mútua*, señalando posteriormente que *un sentido subjetivo implica que hay un mundo substancial y permanente de realidad separada del self... una experiencia constituida por campos particulares de intersubjetividad*. (2002, pag.3). Sus aseveraciones aluden a una sustancialidad de una realidad separada del self, como dos realidades que, en lo intersubjetivo, se relacionan entre sí. Ingresamos subrepticamente de esta manera al campo de la relación sujeto objeto y, como corresponde a toda posición positivista, desviamos lo psicoanalítico al campo de una psicología vincular, en la cual lo inconsciente del analizante y de su analista tiene nada que decir. Todo se precipita en el ámbito de lo observable, que es la fuente para decidir la intervención psicoterapéutica desde percepciones de lo consciente y no desde una interpretación de lo inconsciente.

Esto, según entiendo, está en la otra orilla de lo que se concibe desde un sujeto de lo inconsciente. Me parece que si-

tuar así la intersubjetividad es hablar del yo con nombre de sujeto y, de esa manera, ubicar el trabajo psicoanalítico en el campo del yo con toda su consistencia imaginaria. Sobre este pié se aconseja el uso de la subjetividad del analista como fuente de comprensión del paciente, bajo la consideración de que lo observado implica al observador, de una manera muy similar a como lo ha planteado el chileno Maturana, con su idea de una objetividad en paréntesis, idea que, sin duda, está en las antípodas de lo psicoanalítico. A mí me parece que no se trata de usar la subjetividad del analista, lo que cabe es que el analista sea capaz de autoanalizarse, sabiéndose guiado por determinantes de un sistema inconsciente más que por sus conocimientos. De lo contrario todos los caminos llevan al yo y el sujeto de lo inconsciente se diluye como referente básico del trabajo psicoanalítico. Lo dice Lacan en 1960: *La intersubjetividad, ¿no es acaso lo más ajeno al encuentro analítico? Con sólo que asome la eludimos seguros de que es preciso evitarla. La experiencia freudiana se paraliza en cuanto aparece* (2003, pag.20) El encuentro psicoanalítico, según me parece, es fecundo en tanto logra conectarse con los fundamentos del sujeto y no se produce como tal, rindiendo el plus psicoanalítico, si lo que se considera se mantiene dentro de los márgenes imaginarios del Yo.

Me parece que los psicoanalistas, desde un comienzo, hemos ocupado un campo freudiano de gran complejidad y de poderosa incertidumbre que, a veces nos

agobia. Es frecuente que se generen propuestas teórico-técnicas que buscan encontrar la forma de superar ese agobio, lo que, por sí mismo, estaría bien. En realidad... ¿porqué ser tan dostoevskianos y melancólicos? Sin duda no resulta atractivo concebirnos en un templo al que habría que entrar, como alguien me dijo que indicaba Kierkegaard, con la cabeza baja. La libertad que nos muestra Winnicott es un oxígeno que hay que mantener, para no respirar entrecortado. No obstante eso es una cosa y otra cambiar de orientación, bajo la apariencia de conservar lo psicoanalítico. Me parece que conservar la metapsicología como referente de cualquier propuesta teórico práctica no implica sino mantener el territorio acotado e indispensable de nuestra posición psicoanalítica, desde el cual se pueda trabajar con la libertad que proporciona pararse en un punto de referencia estable y flexible, al modo como, a mi entender, inspira la enseñanza de Winnicott. Estabilidad y flexibilidad que no condicen con un trabajo psicoanalítico orientado desde lo yoico y reducido al campo del yo, como puede buscarlo una aproximación teórico-técnica, volcada a considerar el carácter exterior de la violencia y el desamparo, sin tomar en cuenta que en la neurosis la realidad psíquica es de tanto peso como la falla del ambiente.

En síntesis, pienso que la ocurrencia de un suceso cualquiera deja una marca relacionada con la particularidad de ese hecho, con su intensidad, con su violencia, con la condición de la víctima, con

las circunstancias en que se dio el evento. Esta singularidad, al simbolizarse, como procedimiento inmediato al suceso que ocurre, toma el sello propio de lo acontecido, siendo significado por cadenas significantes que extraen al evento de su condición particular. Tomar en cuenta esta significación tanto como la exterioridad del hecho, obligan a una aproximación al analizante que exige un

arduo trabajo del analista para intervenir en cada sesión, en función de considerar, a la vez, la particularidad de la experiencia del paciente y la metapsicología de la clínica, metapsicología que es la posibilidad de tener como referente la presencia activa de algo más allá de la conciencia, algo que es la meta y el sentido del psicoanálisis.

BIBLIOGRAFIA

Frizzera, O. 1999 El origen del sí-mismo. Winnicott-Lacan: una confrontación posible. En *Encuentros* Num. 3. APA. Pág. 223.

Julien, P. 2002 *Psicosis, perversión, neurosis*. La lectura de Jacques Lacan. Amorrotu ed., pág 168. 2002.

Lacan, J. 2003 Sem. 8 *La Transferencia*. Pág 20. Ed Paidós.

Muñoz, E. 2003 *Hacia un pensamiento del afuera. Aproximación al pensamiento del joven Levinas*. Ed. Cuarto Propio. Chile. pág 187.

Painceira, A. 1999 Hacia una nueva teorización del psicoanálisis a partir de la intuición fundamental de Winnicott. VIII Encuentro Latinoamericano sobre el pensamiento de D. Winnicott. Buenos Aires. Pág 21 a 41.

Stolorow, R.- Atwood, G. 2002 *Contexts of being. The intersubjective foundation of psychological life*. The analytic press. London. Pág. 3.

100
101
102

103
104
105
106
107
108
109
110
111
112
113
114
115
116
117
118
119
120
121
122
123
124
125
126
127
128
129
130
131
132
133
134
135
136
137
138
139
140
141
142
143
144
145
146
147
148
149
150
151
152
153
154
155
156
157
158
159
160
161
162
163
164
165
166
167
168
169
170
171
172
173
174
175
176
177
178
179
180
181
182
183
184
185
186
187
188
189
190
191
192
193
194
195
196
197
198
199
200

201
202
203
204
205
206
207
208
209
210
211
212
213
214
215
216
217
218
219
220
221
222
223
224
225
226
227
228
229
230
231
232
233
234
235
236
237
238
239
240
241
242
243
244
245
246
247
248
249
250
251
252
253
254
255
256
257
258
259
260
261
262
263
264
265
266
267
268
269
270
271
272
273
274
275
276
277
278
279
280
281
282
283
284
285
286
287
288
289
290
291
292
293
294
295
296
297
298
299
300

Perversión y significatividad de la castración

Felipe Cortés

En el contexto de este trabajo, me interesa abordar el tema de las perversiones desde su relación con el Edipo y la castración. Esta última es una pieza esencial del complejo nuclear de las neurosis y dice relación con el operar del complejo en la psiquis humana: generar significaciones. Podemos asumir la castración como una dimensión operativa en la psiquis sin apartarnos de Freud.

Si seguimos a Lacan, los significantes primordiales generan las significaciones que a su vez pueden devenir en significantes.

La palabra castración alude a un complejo, una amenaza, una angustia, defensas y una constelación de representaciones en expansión. La castración convierte al Falo en el significante de la falta, ¿será la castración en sí un significante primordial? Me atrevo a especular que el -significante- de -la-castración- genera las significaciones que devienen en el significante fálico.

Enfoco el Falo aquí, en tanto su operar como el agente de la cadena significante. Como función del significante fálico. Finalmente se llega a pensar que el Falo sería una función significativa, que podría perderse por una "patología" del

sentido de la castración. El sentido de este trabajo es hablar sobre el trastorno narcisista de la función del complejo de castración: su perversión.

I. El sentido de la castración

Abordando el problema del sentido de la castración -que sería lo que le dá un marco a este trabajo-, como interrogante fundamental del psicoanálisis, comienzo tomando lo dicho por André Green (1990) en el capítulo homónimo contenido en su libro sobre el complejo de castración: *La confusión entre el miedo a la muerte y el miedo a lo que viene después de ella, y la cantidad de religiones que afirman la existencia de una vida después de la muerte constituyen un testimonio contundente de que el hombre no puede decidirse a aceptar que la muerte signifique el cese definitivo de toda vida. Lo menos que se puede decir es que no hay concepciones mitológicas o religiosas que consideren la vida post-mortem como única y exclusivamente penosa y dolorosa. (...) Y ese es el núcleo del miedo a la muerte. El miedo simplemente de que cese la vida, con todas sus consecuencias agradables y desagradables. Ahora bien, ¿por qué el miedo? La única respuesta convincente es que se teme la cesación del placer de vivir.*

trabajo sobre el narcisismo, y la importante serie de escritos metapsicológicos. En el mismo período, Freud elaboró el historial de Schreber que fue publicado simultáneamente a "Los dos principios.." y estaba en pleno tratamiento de "El Hombre de los Lobos".

Aparentemente en los años comprendidos entre 1910 y 1914, Freud abocado a su trabajo clínico *estaba en medio del proceso de comprender el narcisismo y la fenomenología relacionada con él*, según Meltzer (1978). Este autor sostiene que "Pegan a un niño" (1919) es un escrito central en este proceso, preñado de las consecuencias del tratamiento del famoso paciente ruso. En referencia a este texto freudiano dice: *Se pensaba que lo pregenital constituía 'por excelencia' el reino del narcisismo, considerado este último en estos términos de la teoría de la libido; el narcisismo constituye un estadio del desarrollo del despliegue libidinal (desde el autoerotismo a las relaciones objetales), en el cual, el propio cuerpo es tomado como objeto de las pulsiones libidinales; luego se progresa hasta las relaciones objetales, en donde los cuerpos de otras personas son escogidos como tales* (Meltzer, 1978).

Vistas así las cosas, en "el reino del narcisismo" el despliegue propio de ese estado nativo de la libido es la de las pulsiones parciales que se vinculan desde sus zonas erógenas con su objeto parcial. En cuanto al trabajo del pensamiento involucrado en esto, me parece atinente aludir a lo desarrollado por Kristeva co-

mo la idea de la "coexcitación sexualidad-pensamiento" en su texto "Sentido y sin sentido de la revuelta", donde retorna la significatividad de la primacía fálica.

Cosa ya expuesta por Freud en su trabajo "La organización genital infantil" (1924), estadio donde aún existe, bajo la égida del Falo, un predominio de las pulsiones parciales: *Si bien no se alcanza una verdadera unificación de las pulsiones parciales bajo el primado de los genitales, en el apogeo del proceso de desarrollo de la sexualidad infantil el interés por los genitales y el quehacer genital cobran una significatividad dominante, que poco le va en zaga a la de la edad madura. El carácter principal de esta "organización genital infantil" es, al mismo tiempo, su diferencia respecto de la organización genital definitiva del adulto. Reside en que, para ambos sexos, sólo desempeña un papel un genital, el masculino. Por tanto, no hay un primado genital, sino un primado del falo* (Freud, 1923).

En el despliegue libidinal propio del reinado del narcisismo la investidura se concentra en el Falo. Freud dice: *Esta parte del cuerpo que se excita con facilidad, parte tan cambiante y tan rica en sensaciones, ocupa en alto grado el interés del niño y de continuo plantea nuevas y nuevas tareas a su pulsión de investigación(...) La fuerza pulsionante que esta parte viril desplegará más tarde en la pubertad se exterioriza en aquella época de la vida, en lo esencial, como*

esfuerzo de investigación, como curiosidad sexual (Freud, 1923).

Este afán investigador de la mente infantil en conexión al primado del falo, es revelado por Freud desde el caso Juanito. De ahí se desprende la relación entre el complejo de castración -inherente al falo- y las teorías sexuales infantiles, según fueron expuestas en el texto del mismo nombre de 1908. En otro texto, contemporáneo al de la organización fálica, Freud conecta la "curiosidad sexual" con la investidura del falo y sus consecuencias: *En cuanto a la naturaleza del comercio amoroso satisfactorio, el niño sólo debe de tener representaciones muy imprecisas, pero es cierto que el pene cumplió un papel, pues lo atestiguaban sus sentimientos de órgano. No tuvo ocasión alguna para dudar de que la mujer posee un pene. Ahora bien, la aceptación de la posibilidad de la castración, la intelección de que la mujer es castrada, puso fin a las dos posibilidades de satisfacción derivadas del complejo de Edipo. En efecto, ambas conllevaban la pérdida del pene; (...) Si la satisfacción amorosa en el terreno del complejo de Edipo debe costar el pene, entonces por fuerza estallará el conflicto entre el interés narcisista en esta parte del cuerpo y la investidura libidinosa de los objetos parentales. En este conflicto triunfa normalmente el primero de esos poderes: el yo del niño se extraña del complejo de Edipo.* (Freud, 1924)

Volvemos en este punto a conectar lo expuesto por Green: la renuncia dá acceso a la posibilidad de un desvío del

Edipo en la sublimación, confinando lo prohibido al incesto, "la renuncia no concierne al campo de batalla edípico sino para abrir el conflicto en otros espacios" de representación. La desmentida de la castración anudaría al sujeto a la no diversidad, le imposibilitaría el acceso a la dimensión de la metáfora, aferrado a la salvación del falo en lo real de la pulsión parcial. En el reino del narcisismo, el sujeto perverso se encadena a ser el goce del otro y al autoerotismo. Sólo puede repetir. Y padece el delirio de creer saber, de haber investigado el goce de la vida y de poseer, sólo él, sus secretos.

III. El Hombre de los Lobos y el significante de la castración

En el caso del Hombre de los Lobos, Freud describe como en la transferencia con él, el paciente repetía su goce fantasmático homosexual: *Me llamó la atención que de tiempo en tiempo se volviera hacia mí, mirándome de manera muy amistosa, como sosegándose, y acto seguido dirigiera su mirada al reloj (...) He aquí, pues, lo que quería decirme: Sé bueno conmigo. ¿Debo tener miedo? ¿Quieres comerme? ¿Debo esconderme de ti en la caja del reloj de pared como el menor de los cabritos?* (Freud, 1918).

El elemento perverso de El Hombre de los Lobos aparentemente lo hizo repetir y repetir el sometimiento pasivo al padre, su masoquismo, y los mecanismos pasivo-agresivos de su sadismo anal en la transferencia con Freud, quién tenía

tendencia a figurarse como padre en la mente de sus pacientes.

La castración integra las significaciones organizadas en las fantasías o figuraciones representacionales de estas "teorías", bajo su influencia la mente infantil crea formas alusivas al falo, a formas de perderlo o de conservarlo, alusivas al erotismo anal como compensación por la falta del falo, las heces-pene-bebés, etc. En este sentido se despierta en el infante la "capacidad de pensar", como curiosidad sexual según Freud. La castración impulsa regresiones a lo anal, pero el influjo de esta pulsión de investigar continúa aún bajo esas formas.

Freud asevera...*solo puede apreciarse rectamente la significatividad del complejo de castración si a la vez se toma en cuenta su génesis en la fase del primado del falo*. Nótese que habla de significatividad, actividad significativa del complejo de castración y no de su significado. En la nota 6, referida a esto, explicita: *Con acierto se ha señalado que el niño adquiere la representación de un daño narcisista por pérdida corporal ya a raíz de la pérdida del pecho materno luego de mamar, de la cotidiana deposición de las heces, y aún de la separación del vientre de la madre al nacer. Empero, sólo cabe hablar de un complejo de castración cuando esa representación de una pérdida se ha enlazado con los genitales masculinos*. (Freud, 1923)

En "El Hombre de los Lobos", Freud había expuesto notablemente la manera en

que una inscripción psíquica, una imagen compleja ligada a la madre sin pene siendo satisfecha sexualmente por el padre, asociada a su vez a una descarga anal del niño, se investía posteriormente con significaciones dramáticas. Esto a la edad del paciente correspondiente a la organización fálica: alrededor de los cuatro años. Estando en pleno apogeo de su investigación sexual, bajo los influjos de la amenaza de castración y la libido involucrada en su Edipo invertido; su deseo de obtener satisfacción sexual por parte del padre promovió el "trabajo de sueño". Anhelante en una víspera de Navidad, esperaba sus "regalos" según el formato de la pulsión anal que lo gobernaba.

Pues bien, Freud nos enseñó como en los procesos primarios, en forma retrospectiva (*nachträglich*) se significaba así esa huella primordial: la inscripción fundacional de la satisfacción pasiva por parte del padre implicaba el horror de la castración: *Entre los deseos formadores del sueño, el más intenso tiene que haber sido el que se movía tras la satisfacción sexual que en esa época anhelaba del padre. La intensidad de ese deseo consiguió refrescar la huella mnémica hacía tiempo olvidada de una escena apta para mostrarle el aspecto que tenía la satisfacción sexual por el padre, y el resultado fue terror; pavor ante el cumplimiento de ese deseo*. (Freud, 1918).

Como sabemos esa "huella mnémica" reinvestida fue aquí llamada "escena primaria" y operó en el paciente como

un significante de la castración, una inscripción resignificada al ser investido por la pulsión refractada en ella: *Ahora bien, ¿qué imagen pudo ser convocada por esa añoranza sexual eficaz durante la noche, qué imagen capaz de provocar un terror tan intenso ante el cumplimiento deseado? De acuerdo con material del análisis, esa imagen debía llenar una condición: tenía que ser idónea para fundamentar el convencimiento en la existencia de la castración. Entonces fue la angustia de castración el motor de la mudanza de afecto* (Freud, 1918).

Retomando las ideas en torno a la conjunción del Edipo, contemporáneo a la fase fálica y la curiosidad sexual, revisitamos el texto freudiano sobre dicha escena: *Al despertar fue testigo de un coitus a tergo repetido tres veces, pudo ver los genitales de la madre así como el miembro del padre y comprendió el hecho así como su significado y remarcamos la nota 11 al respecto: Opinó que lo comprendió en la época del sueño, a los 4 años, no en la de la observación. Cuando contaba 1 1/2 año recibió las impresiones cuya comprensión con efecto retardado (nachträglich) le fue posibilitada luego, en la época del sueño, por su desarrollo, su excitación sexual y su investigación sexual* (Freud, 1918). El efecto fue “el convencimiento de la efectiva realidad de la castración”.

Si pensamos en “El Sepultamiento del Complejo de Edipo”, la amenaza de castración participa esencialmente en este proceso, según lo expuesto por Freud en relación al varón. Y esto, como en el

caso de El Hombre de los Lobos, incluye el Edipo invertido.

En el texto “Pegan a un niño”, que recoge la herencia de este caso, Freud nos refiere en cuanto a las perversiones: *Recordemos que se trata de niños en quienes el componente sádico pudo salir a primer plano de manera aislada y prematura por razones constitucionales(...) justamente en estos niños se ve particularmente facilitado un retroceso a la organización pregenital sádico-anal de la vida sexual. Cuando la represión afecta la organización genital recién alcanzada, no es la única consecuencia de ello que la subrogación psíquica del amor incestuoso deviene o permanece inconciente, sino que se agrega esta otra: la organización genital misma experimenta un rebajamiento regresivo. El padre me ama se entendía en el sentido genital, por medio de la regresión se muda en El padre me pega (soy azotado por el padre). Este ser azotado es ahora la conjunción de conciencia de culpa y erotismo; no es sólo el castigo por la referencia genital prohibido, sino también su sustituto regresivo, y a partir de esta última fuente recibe la excitación libidinoso que desde ese momento se le adherirá y hallará descarga en actos onanistas* (Freud, 1919). Esto es autoerotismo y fijación de una pulsión parcial. Luego finaliza *Ahora bien, sólo esta es la esencia del masoquismo. Más adelante hablará Freud de un masoquismo primario, derivado de la pulsión de muerte.*

Pero lo que me interesa aquí es algo

expresado en el capítulo IV de El "Hombre de los Lobos" en la siguiente frase: *Más adelante se nos volverá claro que de la escena primordial no partió una única corriente sexual, sino toda una serie de ellas, directamente una fragmentación de la libido*. Además, se nos evidenciará que la activación de esa escena (adrede evito el término recuerdo) tiene el mismo efecto que si ella fuera una escena reciente (pág.42). Esta descripción me lleva a divagar sobre los efectos de dicha imagen, que según Freud debía llenar una condición: *tenía que ser idónea para fundamentar el convencimiento en la existencia de la castración* (pág. 35-6).

Opera en el inconciente del hombre de los lobos como si fuera un significante.

Lacan nos dice que nuestro deseo, *Se encuentra con el Otro, no les he dicho como una persona, se lo encuentra como tesoro del significante, como sede del código. Ahí es donde se produce la refracción del deseo por el significante. El deseo llega, pues, como significado distinto de lo que era al comienzo*. Todo nos advierte en Lacan sobre el hecho de que el deseo se expresa y pasa por el significante, y en esto estaría lo esencial de "la naturaleza del efecto significativo". Algo que se representa en el grafo del deseo como lo que llega a constituirse en M, mensaje de invocación al Otro, desde el deseo del sujeto: *...por la naturaleza del efecto del significante, lo que llega aquí, a M, se representa como significado, es decir, como algo hecho de la transformación, - de la refracción*

del deseo debido a su paso por el significante (Lacan, 1957-58).

Si tomamos en cuenta la idea de "la refracción del deseo", esta alude al efecto de descomposición, estallido del haz de la pulsión en múltiples haces de colores, como la luz refractada en un cristal; diversos fragmentos de significación del deseo en su paso por el cristal de la castración. Dicho en las palabras, antes citadas, de Freud sobre el paciente ruso: *de la escena primordial no partió una única corriente sexual, sino toda una serie de ellas, directamente una fragmentación de la libido* (pág.42). La libido busca objetos para también ser ligada en representaciones.

Me parece destacable el efecto sobre la aspiración sexual del paciente hacia sus padres -en especial su Edipo invertido- en su colisión con el significante de la castración. En su caso, la "escena primordial" en tanto era la real portadora de la amenaza de castración o del "convencimiento de la realidad efectiva de la castración". La escena funciona como una inscripción originaria que siendo atravesada por el deseo del paciente promueve efectos profundos en su psiquis. Promueve la represión, la defensa narcisista del Falo.

Sin embargo se hacen evidentes otros efectos de significación de la libido homosexual en su paso refractado por este significante. Estos corresponderían a productos de la perversión narcisista del sentido de la castración: significaciones pregenitales prestas para el quehacer autoerótico del paciente, tal como su

fantasía “pegan a un niño” sobre la persona del príncipe heredero de la corona rusa. Cito a Freud: *la relación con el padre, que de la meta sexual de recibir un correctivo de él habría debido llevar a la meta siguiente, la de ser poseído sexualmente por el padre como una mujer, en virtud del veto de su masculinidad narcisista fue arrojada hacia atrás, hacia un estado más primitivo, y escindido por desplazamiento a un sustituto del padre, como angustia de ser comido por el lobo; pero en modo alguno quedó tramitada con esto último. Más bien, sólo podremos dar razón de esta relación de las cosas, que se nos presenta compleja, si nos atenemos a la coexistencia de tres aspiraciones sexuales que tenían por meta al padre. Desde el sueño, era homosexual en lo inconciente; en la neurosis, retrocedió al nivel del canibalismo; pero la anterior actitud masoquista siguió siendo dominante. Las tres corrientes tenían metas sexuales pasivas; se trataba del mismo objeto y de idéntica moción sexual, pero se había plasmado una escisión de esta última siguiendo tres niveles diversos* (pág. 61). Esto era pesquisable en la actitud transferencial del paciente con Freud según lo descrito en líneas anteriores.

IV. Conclusión. Perversión versus significatividad de la castración

En síntesis he querido hablar de la castración a través de sus relaciones con la perversión. El estudio de los sujetos perversos, fue un campo clínico fecundo para Freud. Desde ahí se desprendían observaciones que formaron parte de la

teoría de la libido, según lo expuesto en “Los tres ensayos..”, y todo lo desarrollado en la segunda década del siglo XX. En especial lo referente al narcisismo, la castración, la pulsión de muerte y la mente concebida como algo para el manejo de las significaciones. Este es el punto de llegada de este trabajo: la importancia, desde Freud en adelante, del complejo de castración en la cualidad significativa y representacional de la mente humana. Siguiendo el caso de El hombre de los Lobos y la metáfora lacaniana sobre el efecto del significante, podemos figurarnos a la castración en este caso -la escena primordial- como un cristal (no una roca). Un significante primordial que generó en su refracción de la libido, por su fragmentación en distintos ámbitos de pasiones parciales, objetos y significaciones en el inconsciente del paciente. Su inscripción es impactada por la energía de las pasiones parciales en el reino del narcisismo que se configura en la primera infancia. El narcisismo propio de esta fase del desarrollo, amenazado en su decurso hacia el logro de la primera organización genital o de la llamada “primacía fálica”.

“El Hombre de los Lobos” leído desde este vértice, parece ser un caso que grafica una patología del complejo de castración en cuanto perversión narcisista del sentido de la castración. O sea un trastorno de la actividad significativa de la castración como significante primordial al servicio de la pulsión de vida.

En este caso, la perversión y pérdida de la función significativa de la castración consiste en no poder abrir para las fuerzas del conflicto edípico otros espacios de representación. Esto debido al encañamiento de la libido en la satisfacción autoerótica de los diversos componentes descritos por Freud.

Por la estimulación repetitiva de las significaciones fragmentarias - de su libido homosexual- orales y anales en un ejer-

cicio sadomasoquista, el paciente no progresa como sujeto del análisis con Freud. Con éste repite en vez de significar. Sin embargo en este sacrificio masoquista al padre, en su predisposición para mantenerse por años junto a Freud permite a éste explorar - fecundamente para el psicoanálisis y la cultura- regiones oscuras del reino del narcisismo humano, como nunca antes se había logrado.

BIBLIOGRAFIA

Freud, S. 1918 "*De la historia de una neurosis infantil*", Obras completas XVII, Ed. Amorrortu.

_ 1919 "*Pegan a un niño*", Obras completas XVII, Ed. Amorrortu.

_ 1923 "*La organización genital infantil*", Obras completas XIX, Ed. Amorrortu.

_ 1924 "*El sepultamiento del complejo de Edipo*", Obras completas XIX, Ed. Amorrortu.

Green, A. 1990 "*El complejo de la castración*". Ed. Paidós, Buenos Aires, 1992.

Lacan, J. 1957-8 "*Las formaciones del inconsciente*". Seminario 5, segunda parte: La lógica de la castración. Ed. Paidós, Buenos Aires, 1999.

Meltzer, D. 1978 "*Desarrollo Kleiniano*". Parte I, El desarrollo clínico de Freud. Ed. Spatia, Buenos Aires, 1990.

ESPACIO ABIERTO

Origen, género y memoria cultural: huellas fotográficas de Leonora Vicuña.

Gonzalo Leiva

Introducción

Origen significa aquello de donde una cosa procede y por cuyo medio es lo que es y como es, dice Heidegger (Pág.37). El origen epistémico de la fotografía es el “aura” según Walter Benjamín, su teórico fundamental. Aura como concepto filosófico fotográfico que designa una imagen en plenitud que se patentiza con cercanía y lejanía; imagen que presenta una realidad inmediata y un horizonte incógnito: lo que está en la foto y las voces múltiples que pugnan desde la imagen.

La fotografía desde la categoría aura constituye su origen en un enigma, significando un proceso que debe ser develado contractivamente desde las experiencias visuales.

La fotografía procede para fotografiarlo todo, dejar huellas, pequeños sellos creativos, proceso de herraje y lucha contra el olvido.

La imagen fotográfica comienza a ser en 1826 cuando Niepce se atreve con su invento a fotografiar unas vagas techumbres. En años paralelos Henry Fox Talbot disfrutaba fotografiando los eventos de la vida cotidiana y la delicada presencia de los objetos. Por su par-

te, Daguerre siempre deseoso de nuevas imágenes, fotografiaba la rutilante ciudad de París: su Museo del Louvre y los puentes sobre el Sena. Daguerre buscaba certificar la utilidad de su perfeccionado invento: modelo analógico, traza de lo que “está ahí presente”.

La imagen fotográfica forma parte de la búsqueda científica y de los logros urbanos en el nuevo espíritu de la época, con el siglo XIX las fotografías fueron desde su origen, imágenes siempre impecables, prestigiosas, que reforzaron la idea del éxito positivista.

Valparaíso es en Chile el asiento primero de la fotografía, el puerto de entrada de este prodigio de la invención humana. La labor visual se concentró en los estudios de los principales fotógrafos, lugares de encuentro social y espacio de recreación de los sueños individuales y de los sueños de los artistas. Daguerrotipos, ambrotipos, ferrotipos, calotipos, colodión, albúminas fueron parte de los procedimientos técnicos que dieron a la fotografía presencia desde el siglo XIX en todos nuestros territorios culturales y naturales.

La vastedad de soportes y dispositivos fotográficos, se constituyeron en un di-

claro signo y proceso recuperativo de memoria, un angustioso rescate de la muerte o de algo peor: el olvido.

La percepción de este lúcido corpus de trabajo autoral se relaciona directamente con lo que plantea Jean Cocteau cuando establece que “la fotografía es la única manera de matar la muerte”. La práctica fotográfica de Vicuña posibilita desprender un cierto poder redentor de la imagen, una retención en los signos vivificadores, fantasma final de todas las ilusiones.

Sobre las relaciones muerte e imagen fotográfica podemos decir mucho, pero de un modo evidente el parangón ineludible es la búsqueda romántica de Roland Barthes⁽³⁾ que recoge en las fotografías un sentido póstumo en cada imagen. Pues el valor portado por los íconos sensibilizados es pleno con la desaparición del referente, con el paso del tiempo y la llegada del deterioro. Así la obstinación del referente (lo que aparece en la imagen) es estar eternamente ahí, siempre e irremediablemente presente en las fotografías, al menos hasta la destrucción absoluta de este documento: un enigma fascinante y fúnebre.

Sabemos de la falacia visual que genera una fotografía, la supuesta lucha trascendental en este sentido se recoge en

el álbum familiar o bien en las banales imágenes del verano, ambos estratos constituyen pruebas de nuestra vida, signos y estereotipos elocuentes y ambiguos de nuestra “felicidad”⁽⁴⁾.

No obstante, una reproducción fotográfica es una esperanza infantil de posesión y de control temporal, según Gadamer es propio de la furia reproductiva de nuestra era obsesionada por la técnica. (1998, pág.304), sólo una interpretación abre los sentidos de la imagen, no libera los fantasmas, los observa, da cuenta de ellos y hace resplandecer desde la contemplación el diálogo, tendiendo puentes hacia el sentido de la imagen.

Es quizás en la mirada de sus retratos donde encontramos las huellas más establecidas de la producción de Leonora. En efecto, la mirada es un ingreso privilegiado de la fotografía, lo que es producto de la mirada siempre activa recorridos. La mirada dirá Barthes implica todo un “yo” y explica “todo” un mundo. La mirada es la puerta de entrada de una visión y tras ella la fuerte carga de subjetividades. Por ello dirá Merleau-Ponty no existe “visión sin mirada, ni pensamiento sin ella”. La intención de mirar implica un acto y un esfuerzo de querer mirar. La conexión anímica, la corporalidad, el todo humano se ve condicionado por las restricciones del fotó-

³ Referenciado en su libro “La Cámara Lúcida”, el autor realiza un sentido recorrido por las imágenes en busca de la fotografía que le reencuentre con el recuerdo en plenitud de su madre. En esta itinerancia poética y emocional que posibilita por su largo aliento realizar uno de los encuentros reflexivos más importantes en la filosofía fotográfica.

⁴ No olvidamos la carga de estereotipos de cada imagen que muchas veces corresponden a las estructuras que viene aparejada en cada género de representación así como de los momentos culturales donde se produce.

grafo que acentúa por la luz el desembarco de las miradas.

La esencia de las fotografías de Leonora se concentra en las miradas: mirada deformada y juguetona, mirada oculta, mirada mitológica, mirada encuadrada, mirada piadosa, mirada entrecruzada, mirada prejuiciada, inocencia de miradas, mirada del asombro silencioso, mirada con esperanza, llenas de orgullo, de desafío. Foucault es mucho más certero al indicar que “la mirada es un instrumento de medición”, por lo tanto es un instrumento de poder.

El poder que rescatan las miradas fotográficas de Leonora Vicuña, nos hablan de un diálogo inaudito de un cierto heroísmo, la presencia de humanidad con pureza moral desafectada. Las imágenes son huellas de los héroes y heroínas silenciosas que optan por la sublime estética de vivir en medio del desamparo, la desidia y el cansancio.

2. La recomposición de la memoria cultural: ¿Qué estás haciendo con mi cuerpo?

La presencia y vivencia de Leonora Vicuña en los alrededores de Carahue deja nuevas impresiones visuales, un paso constructivo en el imaginario cultural de la fotografía chilena.

En dicho contexto, la fotografía al ingresar a la comunidad se constituye en un signo cultural privilegiado que asocia por su doble carácter privado-público, una relación fluida entre el patrimonio familiar, el patrimonio comunitario

y los propios intereses poéticos de las fotografías de Huapi. La metodología de trabajo del taller fotográfico posibilita un ingreso directo a una identidad cultural y es un testimonio para la memoria colectiva.

La fotógrafa realiza junto al taller de mujeres un trabajo complementario con su propio registro sobre Huapi, un reencuadre de la memoria patrimonial de los hijos de la tierra. La naturalidad del encuentro posibilita adherirse de un modo participativo al plano de las aspiraciones e intimidades comunitarias actuales. Por esto, la mirada diseñada en sus imágenes no son un vestigio de añoranza de “lo que fue” sino se plantean desde “lo que son”, el mensaje es un cargado presente.

Como ejemplo inicial tomaremos el trabajo: “Yasna o ¿Qué estás haciendo con mi cuerpo?” una serie fotográfica expuesta por vez primera en la galería “Artespacio” en la segunda versión del concurso Literarte (mi palabra tu imagen) en Septiembre del 2003.

El trabajo posee un eje visual para percibir la vivencia histórica: una mujer mapuche desnuda con luz natural como único recurso modelador del sujeto y su entorno. Las marcas de etnicidad se dan en la relación de cruces: los rasgos fenotípicos faciales con la naturaleza, los objetos culturales con la estructura corporal. Por su parte, la perspectiva estética coayuda al encuentro existencial con el mundo telúrico: el bosque y sus árboles, las aguas y su transparencia, el aire



Yasna o ¿que estás haciendo con mi cuerpo? - Leonora Vicuña

y su humedad. El poder de sugestión del mensaje finamente elaborado en blanco y negro nos habla de una mujer como símbolo de plenitud y de lo que orgullosamente representa. En efecto, los campos de alteridad que logra viene dado visualmente por la recurrencia

discursiva al paisaje como señal de identidad y de restitución. En este sentido es importante destacar como se logra la invisibilidad del yo central, no hay una mujer en específico sino que el desplazamiento metafórico se da principalmente por el fraccionamiento fotográfi-

co en numerosas imágenes que otorga una “descentralidad subjetiva”.

En este trabajo fotográfico encontramos la promoción de un cuerpo desafectado de los códigos del canon clásico que construye el paradigma del cuerpo apolíneo, los cuerpos tomados como pura plasticidad. Al contrario el cuerpo mostrado serialmente, es la presencia monolítica a una referencia mitológica epocal. Es un cuerpo arrancado de los códigos sociales que busca volver al cuerpo primero, carne no contaminada, el cuerpo del mito del origen.

El desnudo en fotografía tiene una larga representación que es continuación del interés artístico, el nuevo cuerpo descubierto pretende arrancar toda ornamentación, alegoría o mitología, se transforma por el acto de aparición serial en el objeto primero. En específico cuando pensamos el trabajo de Leonora con la confrontación del espacio bucólico y de la luz natural, el cuerpo femenino expuesto, se va constituyendo en un cuerpo fantasmagórico, un trozado recuerdo matriarcal por la presencia constante de las matrices de pechos y vientre, en fin un sentido cuerpo que se debate como materialidad y raigambre. También se hace evidente en este trabajo la relación directa de la mujer como representante de la etnia, señalado en particular por la imagen donde su cuerpo se recubre al portar un manto de cachie. La exploración que realiza la mujer con su cuerpo es una clara fraternidad con la naturaleza, es la mujer que dialoga con los árboles, con sus manos

trepas, acoge, se desenvuelve, se viste y desviste con lo que le pertenece. La mujer hace de la naturaleza su escenario, el contexto preciso de una toma de posesión personal, el establecimiento de un terruño querido: la matriz territorial. El cuerpo como geografía se superpone al mapa cartográfico, ambos con sus accidentes, indicios, localizaciones van construyendo una fluida trama de significaciones. La tierra dividida y usurpada se recupera y unifica en la geografía humana de la mujer. La categoría étnica devuelve a la tierra lo que les pertenece, sus hijas e hijos.

Pero a igual tiempo es destacable la relación intertextual que realiza Vicuña al diagramar la serialidad sobre un mapa de París, lugar de recurrencia, indicio de pertenencia visual. Es al contexto geográfico y sobre todo afectivo que es convocado por la autora, son los signos de su doble pertenencia cultural: sureña y parisina.

3. El taller intercultural de fotografía: identidad e inconsciente

En una demarcada espacialidad, un grupo de campesinos y campesinas de origen mapuche construye tradición en torno al lago Budi y la Isla Huapi. Es un universo cerrado y prístino, mundo netamente indígena lafkenche. Tenemos más de 200 comunidades aisladas donde escuelas básicas, algunas sedes sociales e iglesias son las únicas que agrupan la dispersa vida comunitaria.

En este contexto fotográfico se desen-



Paisaje Café - Catalina Antileo



Mi abuela - Raquel Cayún

vuelve a lo largo del 2003 el taller fotográfico de Leonora Vicuña avalado por una beca de la Fundación Andes. Su base es un proyecto intercultural y de antropología visual con mujeres lafkenche de las comunidades de la Isla Huapi.

El propósito principal del proyecto ha sido permitirles acceder al aprendizaje y la creación fotográfica, como una manera de rescatar, expresar y proyectar su identidad cultural. Las marcas evidentes del proyecto están dadas por la geografía aislada, lo que significó un continuo trabajo de exploración visual.

La práctica de taller implicó relacionarse con 15 mujeres de edades diferentes que llegaron sin conocimientos fotográficos. La propuesta apuntaba a realizar por medio de la cámara digital, imágenes que traspasaran su mundo cotidiano para lograr explorar sus intereses fotográficos, en la potencialidad de construir una mirada visual propia. Como apoyo logístico se utilizó la red Enlaces de las escuelas locales para poder visualizar y recomponer la producción del taller fotográfico.

Por su parte, la autora tomaba fotografías de sus alumnas, desde su vida cotidiana como una manera de catastrar el universo específico en el que estas mujeres se insertan y comienzan a crear.

Las series visuales de Leonora Vicuña sobre el lago Budi nos sumergen en connotaciones bien específicas. Frente a la banalidad entregada por los medios de comunicación, el pasado familiar étni-

co se va desvaneciendo, en esto actúa la memoria como parapeto de la identidad. Dicha identidad en culturas tradicionales como la de Huapi se expresa en todos los bienes patrimoniales intangibles o tangibles que muestran lo que ha sido y lo que es la comunidad lafkenche. Estos bienes escasos y precarios como la vivienda tradicional o ruca que se utiliza como cocina y centro de la reunión familiar, la pequeña producción agrícola, los tejidos, la oralidad del mapudungum, constituyen signos y sutiles hilos que configuran la memoria comunitaria. Dicha memoria es el patrimonio del alma de la comunidad, es el centro que los defiende contra el olvido y la enajenación. La memoria establece sentido a todo el quehacer familiar y comunitario, pues es una forma de "ser y estar en el mundo".

De este modo, el patrimonio local lacustre y lafkenche cumplirá importantes funciones sociales como elemento clave de autoafirmación, de identidad, de "capital simbólico" e intercambio entre las generaciones.

La maqueta topográfica presente en las fotografías indica que la imaginación y producción visual ha sido provocadas por una memoria estratificada de las creadoras, memorias inconscientes activadas por la relación entre el medio creativo digital, el entorno natural y las cargas psicológicas personales.

Pues bien, el modo de simbolización imaginada que pervive en el corpus fotográfico es orgánico, pues se da no sólo



Mi Pie - Lucy Rapimán



Crisantemos - Elena Huaiquemán

en el plano de las representaciones expuestas sino también en el orden afectivo, en el orden sensor y motor. La toma fotográfica que exige la totalidad del fotógrafo participa de la puesta en forma y la apropiación simbólica del mundo de manera intensa y total (⁶).

La propia escritura de Leonora señala en el catálogo de la exposición de este proyecto en Temuco, que las mujeres utilizan la cámara como una manera de rescatar "su propia identidad, proyectando sus sueños, sus inquietudes y sus curiosidades a través del lente" (Vicuña, L. 2004).

En particular denotamos sentidos proyectados en las imágenes fotográficas que dicen relación con el inconsciente de la memoria colectiva: la presencia del lago, de los niños y ancianos, del camino, del mar, de la flora y de la casa. Dichas interrogantes e inquietudes se abre a todas las producciones psíquicas en la medida que el contenido y los dispositivos de la imagen se asemejan a los sueños. Pues las imágenes enigmáticas que encontramos son "esquematismos del trabajo onírico" (1999, pág.202). Al respecto dice Ricoeur (1965, pág.17) que el sueño y sus análogos se inscriben así en una región del lenguaje que se anuncia como lugar de significaciones complejas, donde otro sentido se esconde, llamando finalmente símbolo a esta región de encuentro de sentido.

Pues bien, es por el lenguaje que realizamos la compleja tarea de diseccionar

la imagen, al analizar el vaciamiento del icono podemos extraer algunos símbolos presentes.

Tras la obvia recurrencia tautológica a la percepción de la naturaleza y la tierra se alzan otros aspectos como la importancia simbólica de lo orgánico como un espacio animado inconsciente. La fuerza creciente de lo vital se recibe por medio de lo que Freud denominó "documentaciones de los estímulos", es decir las huellas duraderas en el inconsciente que el entorno natural provoca, en este caso en Budi una siempre exigente naturaleza que demanda un gran esfuerzo femenino vital.

De un modo presente en buena parte de las fotografías encontramos la expresión y relación cuerpo total y marcante del territorio con la gestualidad de las manos que siempre están dialogando con el entorno. La sabiduría de la femineidad establece sus propias resonancias con el baile, el trabajo agrícola, el diálogo familiar, el caminar, instancias de activación anímica del propio entorno. El lenguaje del cuerpo femenino recubre un rango expresivo, donde lo olvidado se torna visible, el cuerpo por esto aparece como un cuerpo matriz de un lenguaje del inconsciente.

Al respecto es destacable algunas imágenes precisas del taller. El "Paisaje café" de Catalina Antileo (pág. 84), es un interesante trabajo por el juego con el arquetipo de la naturaleza. El contras-

⁶ Al respecto ver los comentarios psicoanalíticos del trabajo fotográfico en Tisseron, Serge; "Le mystère de la Chambre Claire". p.28 en adelante.

te es entre lo de delante de la imagen: un campo ocre y arado y lo de atrás: un exuberante bosque. Por su parte, mediando esta doble espacialidad se encuentra el agua y su reflejo. Este doble mundo es desde la abundancia arbórea a la aridez, el puente es visual. La autora logra unir los dos mundos mediando estéticamente con el elemento que mayores connotaciones tiene en la isla Huapi, el agua como espejo premonitorio que anuncia el agotamiento de la tierra y su sobre-explotación.

Por otra parte, atractivo es el minimalismo establecido por los trabajos de Elena Huaiquemán (Crisantemos pág. 86), donde un segmento de crisantemo o bien la disposición compacta de pepinos nos hablan de lo abierto y lo cerrado en la construcción fotográfica. Una estructura visual con reencuadre estético preciso que logra definir el universo productivo y evocativo.

Dos instancias de huellas de identidad dispares se establecen en los trabajos de Lucy Rapimán y Raquel Cayún. Pues mientras la primera saca una imagen de una parte del pie femenino (Mi pié pág. 86) que se impone entre la arena y la espuma; la segunda (Mi abuela pág. 84) establece en el rostro de una anciana contextualizada en su cocina, el imperio de identidad tradicional. En ambos trabajos se hace presente el mensaje de la fuerza de lo femenino sobre los elementos abiertos de la naturaleza y los espacios cerrados de la casa.

4. El territorio visual: la deconstrucción iconográfica y el hipertexto

El trabajo reciente de Leonora Vicuña en el lago Budi constituye una incursión estética que toca no sólo la representación fotográfica sino que considerando la serialidad, los contenidos tratados, los modos operativo utilizados y la reinsertación de tipografía, videos, diagramas, son expresión de una deconstrucción fotográfica.

Se entenderá por deconstrucción los procesos o estrategias constructivas diversas que buscan desestabilizar las jerarquías y las autoridades culturales tradicionales. Frente a la homogeneidad cultural tenemos la pluralidad con el "discurso de las diferencias" o colectivos culturales, sociales o étnicos como es el caso del Budi. De esta manera, la deconstrucción casi siempre implica una fragmentariedad discursiva y en este sentido el corte y pegoteo infográfico, como el que se realiza en el CD Rom "Nosotras lafkenches de Huapi" es una muestra ejemplar de dicho proceso.

La deconstrucción no es un método general,⁽⁷⁾ el juego creativo debe ajustarse a una singularidad, debe ceñirse a una situación, a un texto, a un corpus específico.

Por esta acometida deconstrutiva el trabajo de Leonora y su taller intercultural de fotografía femenina ahonda de un modo natural en los nuevos soportes

⁷ Continuación del pensamiento postmoderno de Jacques Derrida y Jean Francois Lyotard.

infográficos, el CD Rom activo otorga resemantizaciones de la memoria cultural mapuche. Así también encontramos otros motivos convocados como la presencia de la traza femenina con la aparición del paisaje y del cuerpo.

Caben algunas inquietudes sobre el resultado de la indagación documental fotográfica en el Budi. Pues, hemos señalado que percibimos algunos rasgos de práctica deconstructiva del taller. A nuestro parecer los íconos convocados no están carentes de camuflajes particulares, no son un valor accesorio ni sus contenidos ni sus estrategias de representación llenas de resonancias concientes e inconscientes.

Un nuevo símbolo sobresale en el medio tecnológico y el juego medial escogido. Pues el CD Rom presenta un singular trabajo de interfase donde se juega en aparecer-desaparecer, es una huella luminosa que se debilita o ilumina dependiendo del interés del usuario. Constituye el CD Rom con la exposición así montada un hipertexto⁽⁸⁾ en sentido laxo, un texto abierto.

Desde esta perspectiva, el hipertexto es una muestra como un libro múltiple que contiene potencialmente todos los libros posibles de la cultura lafkenche, escritura y cultura en constante metamorfosis. El trabajo realizado enteramente

dentro del mundo digital, nos recuerda a Baudrillard cuando habla del "simulacro" como un proceso de sustitución de lo real o pérdida de una realidad auténtica por su modelo, a partir de la hiperinflación de la imagen.

La huella fotográfica, en sentido estricto del término, es una traza sin identidad, que por medio del simulacro visual presenta objetos y espacios del deseo y del conocimiento cultural. Las huellas enseñan, muestran y reorganizan los diálogos intertextuales que remiten a otras imágenes mapuches, o intratextuales entre las otras imágenes construidas en el taller que constituyen el patrimonio local lafkenche.

Tanto por el soporte de la entrega final del proyecto del taller apoyado con Leonora Vicuña como por el aprendizaje tecnológico que ha realizado el grupo de mujeres se presenta una dúctil reflexión sobre la identidad étnica. No me refiero solamente al paso sofisticado e inaudito con personas que estarían según las mediciones sociológicas, en la premodernidad a la postmodernidad, pues de un modo evidente el taller fue para muchas mujeres lafkenches una transformación cosmética respecto de su realidad tradicional. La identidad étnica con este trabajo y en este contexto de interfase tecnológica digital se presenta como condición múltiple. Una diferen-

⁸ Se entenderá como hipertexto, un soporte de interfaz digital que describe un conjunto o superposición de documentos o textos que incluyen referencias cruzadas o enlaces: gracias a un programa interactivo éste posibilita al lector moverse fácilmente de un texto a otro, es decir múltiples posibilidades de lectura. Las ventanas (Windows) paralelas se pueden ir abriendo y también los eslabones (links) que unen palabras a textos.

cia que transforma la imagen en múltiples retazos que van dando cuenta según el interés del productor o el usuario que quieren mostrar y destacar aspectos específicos mientras que otros son disimulados por los cruces visuales.

Las imágenes del taller de Leonora y las fotografías de su propia producción son el producto final de una larga posibilidad de juegos combinatorios que permite asociar lo digital con lo real. Por esto la lectura no es unívoca y la identidad esencialista se va modificando por la interactividad del medio, por la serialidad, por el interés de la multifocalidad que atraviesa toda vida, incluyendo el discurso de las “diferencias étnicas” como en este caso.

El propio Barthes (1985, p.366) reconoce que la foto constituye un lenguaje por el estilo, por su connotación. La potencia subversiva del trabajo de Leonora es precisamente su estilo de collage, de cuento narrativo de múltiples lecturas convocadas al mismo tiempo. El estilo se desglosa con su recomposición de lugar y multifocalidad, pues las mujeres se presentan en una visión caleidoscópica donde afloran la variedad de problemáticas y preocupaciones que las unen. A igual tiempo la posibilidad más consistente de salir del aislamiento se hace factible por la tecnología utilizada, que reeditar las grandes temáticas que cruzan la compulsión de la identidad étnica como son las voces del género, la “salida de madre” del cuerpo como medio emancipatorio, con las múltiples posibilidades expresivas y constructiva

que demostraron eficacia visual.

5. Algunas conclusiones

La plenitud fotográfica se devela cuando el círculo pregunta por su ser, cuando se recorren las múltiples escaleras en busca de la belleza. Pues sabemos que al indagar detrás de ventanas, encontramos los retazos diseminados de ser, plenitud absoluta escondida, escindida, desechada.

Esta búsqueda vivencial y autobiográfica que es la creación visual en Huapi, es un recorrido por los viejos fantasmas que posibilita redescubrir la tierra, los ríos circulares, las huellas que se evaporan y metamorfosean en las aguas profundas.

La fotografía para muchos creadores se transforma en un gesto vital como detener el tiempo en un lejano bar para tomar la última gota, bailar el último baile, tomarnos la última foto para descubrir placidamente que hemos construido un círculo, que las imágenes nos devuelven al origen y nos devuelven también nuestros viejos silencios de luz. Por esto, las fotografías son de un modo dadivoso los resabios tecnológicos de la memoria.

Las fotografías de Leonora Vicuña recubren este camino y nos devuelven al principio, al origen. Su mirada y las miradas de sus alumnas-discípulas-amigas reposan en la conquista estética del espacio externo e interno. La fotografía se constituye en un sutil hilo emancipa-

torio, la fotografía en un medio de exaltar su diferencia discursiva y sexual.

Además se percibe una emergencia constructivista de raigambre femenina, la foto de mujer como discurso aparece al trozar el sentido del yo, del yo individual al yo comunitario. Una solidaridad de género cuestiona toda la representación fotográfica expuesta.

El constante desplazamiento metafórico es una de sus claves visuales que contribuye a respaldar la posibilidad polifónica de la representación. En este sentido las fotografías particulares pasan a ser partes del desarrollo de la memoria cultural mapuche, memoria postmoderna y deconstructiva que retoma los universos de los lugares comunes étnicos y los reutiliza con nuevos sentidos. La fotografía aparece como lo que es, un simulacro de porción de realidad y por lo mismo un nuevo nivel estético.

En efecto, la fotografía con sus nuevas prácticas infográficas le permite al arte

desestabilizar sus principios, es decir poner en tela de juicio sus autoridades o logocentrismo. También posibilitan las imágenes un desplazamiento desvinculante del manoseado concepto de "arte" y sus convenciones: se busca visualmente construir un puente de la visión. Un nuevo reducto que goce en la mera creación sin apellidos ni menbretes que la avalen, un nuevo desplazamiento deconstructivo.

El trabajo notable de Leonora constituye el concepto de aprendizaje que recorre toda la taxonomía educativa y que además instala a estas mujeres aisladas en el centro multimedial por el hipertexto visual erigido.

Con los aspectos anteriores se establece una continuación de la seductora idea- que Barthes y Bourdieu vislumbraron- pues las imágenes fotográficas son continuamente una mera ilusión, pura ficción, una gran crítica a la autoridad tradicional artística, a las ilusiones institucionalizadas que pervierten la significación visual.

BIBLIOGRAFIA

Barthes, Roland 1980, *La Cámara Lúcida*. Editorial Paidós, Barcelona.

_ 1985, *El grano de la Voz*. Editorial Siglo XXI, Barcelona.

Beck, Tom ; Lamunière, Michelle ; Wayne, Cyntia 1995 *Fiels of vision, Women in Photography*. Albin O.Kuhn Library & Gallery, University of Maryland County, Baltimore.

Catálogo Literarte II, Galería Artespacio, Septiembre del 2003

Delacroix, Eugène 1987, *El puente de la visión, Antología de diarios ;*. Editorial Tecnos, Madrid.

Eco, Umberto 1992, *Les limites de l'interprétation*. Editions Grasset & Fasquelle. Paris.

Gadamer, Hans 1998, *Estética y hermeneutica*. Editorial Tecnos S. A., Madrid.

Heidegger, Martín 1985, *Arte y poesía*. Edit. Fondo de Cultura Económica, México.

Leiva, Gonzalo 2003, *Alvaro Hoppe, el ojo en la historia*. Colección imaginarios, Edit. La Nación.

Poole, Deborah 1997, *Vision, race and modernity*. Princeton University Press. New Jersey.

Richard, Nelly 1991, Latinoamérica y la postmodernidad. Revista de Crítica Cultural N°3, Santiago.

Ricoeur, Paul 1965, *De l'interpretation. Essai sur Freud*. Editions du Seuil, Paris.

Tisseron, Serge 1996, *Le mystère de la Chambre Claire*. Les Belles Letres/Archimbaud, Paris.

Vicuña, Leonora 2002, Mujeres y creación. Revista Aisthesis N°35, Instituto de Estética PUC.

_ 2004, *Nosotras lafkenches de Huapi*. Taller intercultural de fotografía femenina. Catálogo exposición, Galería municipal de arte, Temuco, Marzo.

_ 2004, *Nosotros lafkenches de Huapi*. Taller intercultural de fotografía femenina. Cd Rom interactivo.

Weigel, Sigrid 1999, *Cuerpo, imagen y espacio en Walter Benjamin*. Editorial Paidós, Argentina.

AUTORES

Jaime Coloma A.

Psicólogo, psicoanalista, Magíster en Psicología Clínica, Profesor Titular de la Escuela de Psicología de la P.U.C., Miembro Titular y docente de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis-Ichpa.
(jcoloma@123.cl)

Felipe Cortés.

Psiquiatra, Escuela de postgrado de la Facultad de Medicina U. Chile, Estudiante del Instituto de Formación de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis-Ichpa.
(cortesyarenas@vtr.net)

Felipe Merello.

Psicólogo, Estudiante del Instituto de Formación de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis-Ichpa.
(fmerello@entelchile.net)

Hugo Rojas O.

Psicólogo, Psicoanalista Ichpa, Docente de la Escuela de Psicología de la Universidad de Chile, Miembro Titular, ex-Presidente, docente y actual Vicepresidente de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis-Ichpa.
(ichpa@terra.cl)

Adriana Kaulino.

Psicóloga, Licenciada en Psicología, Magister en Psicología Social de U.F.R.J., Candidata al Doctorado en Psicología en Universidad de Chile, Directora de Pos- grado de la Facultad de Ciencias Humanas y Educación de la Universidad Diego Portales.
(akaulino@vtr.net)

Ignacio Lewcowicz.

Licenciado en Historia, fue docente de la Universidad de Buenos Aires en las facultades de Filosofía y Letras, Medicina y Psicología. Se desempeñó también como Profesor adjunto de Psicología, Ética y Derechos Humanos y en seminarios de post grado en la Universidad Nacional de Entre Ríos. Dictó cursos sobre temas vinculados con la historia, la filosofía y el psicoanálisis en diferentes instituciones como la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires y el Colegio de Estudios Avanzados en Psicoanálisis. Fue autor, entre otras publicaciones, de "Del fragmento a la situación. Notas sobre la subjetividad contemporánea", Buenos Aires, 2001; "Un budapestino en Nueva York. A propósito de J. Jarmusch" en *Ética y Cine*, Eudeba, Buenos Aires, 2000; "Esparta o la paternidad abolida" en *La encrucijada de la filiación*, Lumen, Buenos Aires, 2000. En coautoría con su esposa Cristina Corea, "¿Se acabó la infancia? Ensayo sobre la destitución de la niñez", Lumen, Buenos Aires, 1999.

François Pommier.

Psiquiatra, psicoanalista, Docente de la Universidad Paul Valéry de Montpellier 3. Se ha dedicado al tratamiento de toxicómanos en el Hôpital Fernand Vidal y de enfermos de Sida en el Hôpital Saint Antoine. Autor de varios artículos en revistas francesas y extranjeras, ha publicado además el libro "La Psychanalyse a le preube du Sida."

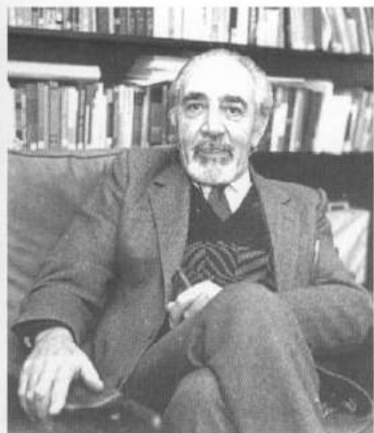
Gonzalo Leiva Q.

Profesor de Historia y Filosofía, Licenciado en Estética, y Doctor en Historia y Civilización (Escuela de Altos estudios en Ciencias Sociales de París).
(gleiva@mixmail.com)

Adriana Anfusso.

Psicóloga, Miembro de la Asociación Uruguaya de psicoterapia Psicoanalítica, (AUDEPP), miembro de la Fundación Winnicott.
(anfusso@internet.com.uy)

INSTITUCION



Profesor Emérito Dr. Luis E. Prego Silva.

Quienes tuvimos el privilegio de conocer en toda su calidez y generosidad al Dr. Luis Prego Silva deseamos compartir con su esposa Dra Vida Maberino, sus hijos y nuestros colegas latinoamericanos el dolor por su fallecimiento acaecido el 22 de Abril.

En el ánimo de contribuir a su recuerdo y de dejar constancia a las nuevas generaciones de su señera labor como verdadero adelantado en el desarrollo de la psiquiatría, psicología y psicoanálisis infantil expondremos una reseña de su trayectoria para luego dejar la palabra a una de sus preclaras discípulas, de todos conocida en nuestra Sociedad, la Licenciada Adriana Anfusso.

La trayectoria del Dr. Prego se inicia en 1948 en la Clínica Médica Psicológica donde se comenzaba a estudiar el aspecto psicológico de niños hospitalizados en el Hospital Dr. Pedro Visca.

- En 1950 se traslada a Estados Unidos con una beca de la Organización Mundial de la Salud. Allí se especializa en psiquiatría infantil en el Hospital General de Cincinnati, en el Instituto para la Investigación de la Juventud en Chicago y en el John Hopkins Hospital con el Profesor Leo Kanner. Esta formación lo habilita en el ejercicio de la psiquiatría infantil pasando a ser el primer psiquiatra de niños del Uruguay.
- En 1955 completa su formación como psicoanalista en la Asociación Psicoanalítica Uruguaya.
- En 1952 funda en Montevideo el Servicio de psiquiatría Infantil del Hospital Pedro Visca. Desde su cargo de director de Servicio pone en marcha el Postgrado de psiquiatría de la Infancia y la Adolescencia de la Facultad de Medicina. Esta iniciativa culmina cuando en 1974 se crea la Cátedra de Psiquiatría de la Infancia y la Adolescencia que tendrá el carácter de pionera en Latinoamérica.
- En 1966 funda la Sociedad Uruguaya de Psiquiatría Infantil.
- En 1976 funda la Clínica Prego, la cual le permitirá trasladar el modelo de atención pública al ámbito privado e incluir una amplia gama de profesionales y generando así un modelo asistencial multidisciplinario.
- En 1979, debido a discrepancias políticas durante el periodo de la dictadura en el Uruguay, abandona la Universidad. No obstante, en 1987 es nominado Profesor Emérito de la Facultad de Medicina.
- En ese mismo año de 1987 le cupo ser co-fundador de la Fundación Winnicott.
- En 1997 es nombrado Miembro de Honor de la Asociación Psicoanalítica Uruguaya y luego en 1998 recibe un homenaje en la International Association for Child and Adolescent Psychiatry and Allied Professions por sus aportes en America Latina en el ámbito de su especialidad.

Para el Profesor Emérito Dr. Luis E. Prego Silva
Psic. Adriana Anfusso

Al comienzo de una de esas actividades serias en que solemos involucrarnos, el Prof. Prego, sin mediar palabra y con una sonrisa pícaro asomando en su rostro, me extendió rápidamente un papel escrito en computadora. Al leerlo caí en la cuenta de que en él hacía referencia, con el humor que le es propio, a un tema del que habíamos estado conversando días atrás. Allí decía, y repito, citando:

"El neoplasma epigramático de la epopeya ancestral crepta la ríspida pendiente donde el prolegómeno encuentra su circunloquio idiosincrático.

¡Nada de maceraciones epigástricas ni de patibularias escoriaciones paleontológicas!

**Con la prédica, con la prédica y con la incáutica ortofónica, sólo así se podrá des-
centrar el sibaritismo ecuaníme de la bucólica hipotenusa."**

Este galimatías, podría caricaturizar algunas sesudas disquisiciones con que a veces nos entretenemos en el medio "psi".

La entrega de ese texto cumplía otra función: Alardear del manejo de la computadora recién comprada, de la que hablaba con entusiasmo y novelaría de niño con juguete nuevo. Debe haber sido el primer montevideano que corrió a munirse de la hoy soberana máquina. Sigue siendo una característica suya el pertrecharse con cuanto nuevo artefacto tecnológico le pase cerca.

Pero, volvamos a la cita inicial. Venía acompañada de una explicación que resumidamente comentaba que ese discurso había sido dicho por un personaje popular que aparecía en una revista argentina. Se trataba de Pancho Talero, hacendado rico pero sin pretensiones.

La pieza oratoria tuvo su origen en un pedido hecho por su esposa, Doña Petrona, quien ostentaba aires de distinción: ¡Había que evitar a toda costa que los "obreros" del pueblo comieran carne el Viernes Santo! Cuando terminó su discurso a los "obreros", Pancho Talero se dirigió a su mujer diciéndole: "Tranquilízate. Los dejé en ayunas"...

Prego terminaba declarando: "Este discurso lo decía yo al finalizar la actuación de nuestra murga en Melo. Tenía entonces más o menos 7 años."

Tempranamente el niño Luis Enrique anunciaba al adulto que advendría. Prego es un experto en lo que a jugar con las palabras se refiere. Eso hace de él un muy ameno "charlista", en el sentido más comunicacional del término. Los juegos de palabras dan espesor y riqueza al lenguaje y, cuando analista y paciente o docente y alumno están de suerte, se incorporan a la acción.

Examinando más atentamente la situación planteada podemos advertir una aproximación satírica a lo falso, a las apariencias que no se corresponden con lo subyacente, al sonar grandilocuente de palabras que dicen nada. Estos productos ciertamente no nacen del Verdadero Self, si nos atenemos a Winnicott. En este sentido, todos sabemos que Prego no necesita de galimatías para expresarse ya que suele decir lo que piensa, sin demasiado maquillaje. Es de orden destacar que también lo caracteriza una conducta muy teñida por la gentileza, la cordialidad y la caballerosidad.

Un artificio semejante al de Don Pancho Talero fue usado con éxito hace poco, en el tan sonado "caso Sokal". Sokal sorprendió a la comunidad científica internacional logrando que el Comité Editor de la más importante revista científica de Estados Unidos publicara un artículo

lento de incongruencias conceptuales camufladas con términos entonces aceptados como del más alto nivel científico. Puso así al descubierto un sofisticado y peligroso "juego" de poder ejercido a través de "jergas" especializadas.

Visto en perspectiva podemos inferir un invisible lazo, que evadiendo espacio y tiempo, liga a aquel niño con algunas ideas que Winnicott enarbola epistolarmente, al escribirle a M. Klein que "...cuando algo se desarrolla en mí..., deseo expresarlo en mi propio lenguaje. Es molesto porque...supongo que todo el mundo quiere hacer lo mismo, y en una sociedad científica uno de nuestros objetivos es encontrar un lenguaje común. Sin embargo, este lenguaje debe mantenerse vivo, ya que no hay nada peor que un lenguaje muerto...Pienso que cualquiera que tenga ideas es realmente bienvenido, y en la Sociedad (Británica de Psicoanálisis) siempre siento en verdad que soy tolerado porque tengo ideas, aun cuando mi método sea molesto."

Se puede definir a Prego como un incansable lector insomne, como un gran trabajador, como un pionero que concretó y llevó adelante muchas iniciativas: la especialización en Psiquiatría Infantil; la constitución de la Clínica correspondiente, primero en el Hospital P. Visca y luego en el Hospital P. Rossell donde hoy dicta clases semanalmente; la puesta en marcha de uno de los primeros, si no el primer Instituto privado de Formación en Psicoterapia de Niños y Adolescentes (IPSI); la tan conocida Clínica Prego; la difusión de Winnicott en Uruguay y Brasil; la creación de la Fundación Winnicott, y tantas cosas más...

Maestro en relación al pensamiento de Winnicott, quizás ni él mismo sabe que hoy, en Uruguay, existe una estirpe Prego que incluye tres generaciones de docentes que, en simultánea, acercan la obra de Winnicott a los interesados en ella.

Prego tiene pues, hijos y nietos por elección que han optado por andar el camino que él, con tanta aceptación y entusiasmo, sigue recorriendo.

Prego suele perseguir respuestas a sus inquietudes generando equipos a su alrededor, exigiendo y exigiéndose rigurosidad, compromiso y constancia en la tarea. En los grupos es imposible impedir que surjan el amor, el odio, los conflictos de lealtades, y otras yerbas difíciles de manejar...Prego navega bastante naturalmente por esas aguas ya que sabe, como Winnicott, "que la vida es difícil,...pero por fortuna también gratificadora".

Cultiva en los hechos la inter y la transdisciplina trabajando con psicomotricistas, fonoaudiólogos, neonatólogos, pediatras, docentes, psicólogos y por supuesto psiquiatras... No pierde el tiempo. Con el fin de ampliar la gama de la interdisciplina, para el 2004 Prego ya ha propuesto a la Fundación, integrar a un filósofo como interlocutor.

Le interesan el vínculo temprano y las neurociencias. También el cine, el teatro, la fotografía, la danza, la literatura y la música, expresiones de la cultura frente a las cuales suele sentirse inspirado, entusiasta o bien hondamente conmovido.

Aprende de la naturaleza, de los libros y de la gente. Enseña a los más jóvenes en forma generosa y habilitante al tiempo que se deja influir por ellos, manteniendo así su juventud de espíritu. Nada de lo actual le es ajeno. Con demasiada frecuencia le duelen los efectos de la violencia y el desamparo, de la corrupción, de las pérdidas y el desgarramiento a los que expone la migración forzada, de la pobreza, de la falta de esperanza que cunde...

Muchos consideramos a Prego uno de nuestros Maestros. Su espíritu rebelde cuestiona el saber estatuido, aspira a la comprensión no exclusivamente mental, sino más bien experiencial. El disecciona, descarna los conceptos y se los apropia transmitiéndolos de manera muy personal. Muchas veces me ha sido útil referirme a lo transicional utilizando la metáfora con que me lo

hizo entender. Alude a un puente que une y separa dos territorios, el del yo y el tú, el de lo subjetivo y el de lo objetivamente percibido. Lo transicional estaría representado más que por las zonas que rodean las cabezas del puente, y más que por el puente en sí mismo por todo lo móvil y cambiante que sobre él se desplaza en vaivén. Da cuenta así más que del objeto transicional, de los fenómenos transicionales que, en la salud, son infinitamente variables.

Rebelde con causa, no es tanto que luche contra algo o alguien. Más bien lucha porque está determinado a vivir desde su verdadera naturaleza, en actitud que resulta contagiosa.

Denuncia las agorafobias instaladas en las profesiones, especialidades, teorías, instituciones y por doquier. Ellas, afirma, llevan a la endogamia, empobrecen, restringen y generan asfixias de todo tipo que coartan la libertad de ser, actuar y pensar.

Asiste a los Congresos y allí sostiene que es necesario discutir su pertinencia y efectividad en cuanto a favorecer un intercambio científico realmente valioso. Sostiene que es necesario vivificar estos eventos consagrados y ritualizados para que cumplan sus verdaderos fines.

Refiriéndose a esta faceta de Prego una compañera comenta: "Lo que más aprecio en él es su escepticismo, lleno de ironía pero no depresivo, que te hace dudar, pero no salir corriendo a tirar todos los libros..."

Para ser ecuaníme debo reconocer que nuestro querido Profesor también hace gala de terquedades varias, de una muy útil sordera selectiva y de cierta inflexibilidad a la hora de poner en discusión sus convicciones... De ahí que un día alguien, en lugar de enojarse con él prefirió recitarle una copla de Lorca que dice:

"¡Ay! ¡Qué trabajo me cuesta

quererte como te quiero!

Por tu amor me duele el alma, el corazón y el sombrero."

Poniéndonos más serios diremos que su concepción del tratamiento está muy próxima a la de Winnicott. Metafóricamente aconseja no amputar un miembro al paciente si no se dispone ya de una prótesis con la que sustituirlo. Máxima bien válida frente a la peligrosa tentación de arrasar con las defensas de los pacientes.

Cuando se refiere al vínculo terapeuta-paciente comenta: "El paciente viaja en un tren que para en determinada estación. Si en ella se encuentra un terapeuta, no corresponde que el paciente baje allí. Toca al terapeuta ascender al tren para así viajar juntos, sin ninguno saber cuál será el destino final."

"En cierto momento me di cuenta de que había roto mi vida preocupándome por cosas nimias", comentó no hace tanto. Y añadió: "Ahora escucho sólo lo que me interesa, subo las escaleras más despacio, perdí el miedo a morirme joven...Andando en remise tengo experiencias casi palaciegas de corta duración. En una ocasión, pensando en el chofer, recordé el verso de M. E. Walsh que sabiamente define al taxista diciéndole: 'Sos un filósofo y mi confesor'".

"Ya me ubiqué. No corro. Tengo ganas, hago. Si no, no hago. Antes cargaba con montones de libros al ir de vacaciones. Ahora, leo lo que mi tribu lleva, si me interesa. Por momentos miro los pajaritos... Hacer, defender, pelear, agitarse no significan nada al lado de la importancia de "VIVIR", que es un disfrute sin urgencias."

Sociedad Chilena de Psicoanálisis

ICHPA

DIPLOMADO EN TEORIA PSICOANALITICA

Duración: 4 semestres

Requisitos:

- Título Profesional (excluyendo a Psicólogos y Psiquiatras)
- Entrevista de selección

PROGRAMA

1er Año	1er Semestre	Freud I : "Orígenes del Psicoanálisis"
		Freud II : "Sueños y Formaciones del Inconsciente"
		Filosofía I : "Hermenéutica y Psicoanálisis: La cuestión del Sujeto"
	2do semestre	Freud III : "Pulsión y Sexualidad"
		Freud IV : "Metapsicología Freudiana"
		Filosofía II : "Hermenéutica y Psicoanálisis: Tiempo y Lenguaje"
2do Año	3er Semestre	Klein I : "Pensamiento kleiniano"
		Freud V : "Edipo y Castración"
		Freud VI : "Los Textos Culturales"
	4to Semestre	Lacan I : "El Inconsciente estructurado como un lenguaje"
		Klein II : "Desarrollos post-kleinianos"
		Psicopatología I: "Concepciones Psicopatológicas en Freud"

Al finalizar y aprobar los 4 semestres, se entrega un diploma que certifica la formación en Teoría Psicoanalítica, lo cual no faculta para el ejercicio de la práctica clínica.

Sociedad Chilena de Psicoanálisis

ICHPA

FORMACION EN PSICOANALISIS

Duración: 8 semestres

Requisitos:

- Título de Psicólogo o Psiquiatra.
 - Psicoanálisis personal iniciado antes de comenzar los seminarios y continuado durante toda la formación (3 sesiones semanales como mínimo).
- En casos acreditados, el estudiante puede acceder a un psicoanálisis de bajo costo.
- Entrevista de selección

PROGRAMA

1er Año	1er Semestre	Freud I : "Orígenes del Psicoanálisis"
		Freud II : "Sueños y Formaciones del Inconsciente"
		Filosofía I : "Hermenéutica y Psicoanálisis: La cuestión del Sujeto"
	2do semestre	Freud III : "Pulsión y Sexualidad"
		Freud IV : "Metapsicología Freudiana"
		Filosofía II : "Hermenéutica y Psicoanálisis: Tiempo y Lenguaje"
2do Año	3er Semestre	Freud V : "Edipo y Castración"
		Freud VI : "Los Textos Culturales"
		Klein I : "Pensamiento Kleiniano"
	4 to Semestre	Klein II : "Desarrollos Post-kleinianos"
		Lacan I : "El Inconsciente estructurado como un Lenguaje"
		Psicopatología I: "Concepciones Psicopatológicas en Freud"

Formación Clínica

- Mención Adultos
- Mención Infanto-Juvenil

La formación Clínica comienza paralelamente el segundo año de la formación con la integración a un grupo de supervisión de pacientes, derivados por el Consultorio del ICHPA, optando el estudiante por supervisión de pacientes adultos o de niños y adolescentes. Las supervisiones grupales se realizan durante 2do., 3er. y 4to. año

Durante el 3er y 4to año, se realizan además supervisiones individuales.

Los seminarios son comunes a ambas menciones, las que se diferencian en el ámbito de la supervisión.

3er Año	5to Semestre	• Psicopatología II: "Concepciones Psicopatológicas en Freud" • Proceso Psicoanalítico I: "Teoría Clásica de la Técnica" • Winnicott I: "Conceptos fundamentales" • Introducción al Psicoanálisis de Niños
	6to semestre	• Psicopatología III: "Concepciones Psicopatológicas en el modelo de las Relaciones Objetales" • Proceso Psicoanalítico II: "Transferencia e Interpretación" • Grupo Operativo: "Formación y Transmisión" • Constitución Psíquica
4to Año	7mo Semestre	• Winnicott II: "Consecuencias de su Obra" • Proceso Psicoanalítico III: "Conflicto e Impasse" • Lacan II: "Clínica Lacaniana" • Clínica y Psicopatología Infantil
	8vo Semestre	• Proceso Psicoanalítico IV: "Dirección y Sentido de la Cura" • Talleres Teóricos y/o Clínicos • Psicopatología IV: "Concepciones Psicopatológicas en la Escuela Francesa" • Bordes del Psicoanálisis

Al término de los seminarios y la supervisión se presenta un Trabajo Clínico Final. Si el trabajo es aprobado se entrega la Certificación en Formación Psicoanalítica, acreditada por la Comisión Nacional de Acreditación de Psicólogos Clínicos, la Federación Latinoamericana de Asociaciones de Psicoterapia Psicoanalítica y Psicoanálisis FLAPPSIP y la International Federation of Psychoanalytic Societies IFPS.

VII CONGRESO
SOCIEDAD CHILENA DE PSICOANÁLISIS-ICHPA
"PSICOANÁLISIS EN EL SIGLO XXI"

Temas

- 1.- INVARIANZAS DEL PSICOANÁLISIS: ÉTICA Y FORMACIÓN
- 2.- CAMBIO SOCIO-CULTURAL Y DESARROLLOS PSICOANALÍTICOS
- 3.- PRÁCTICAS DEL PSICOANÁLISIS
- 4.- CLÍNICA Y PATOLOGÍA

1, 2 Y 3 DE OCTUBRE, 2004

AUDITORIO UNIVERSIDAD ADOLFO IBÁÑEZ
AV. DIAGONAL LAS TORRES 2640, PEÑALOLÉN

ESTUDIANTES

Hasta el 15 de Julio \$ 20.000.-
Hasta el 15 de Agosto \$ 25.000.-
Posterior al 15 de Agosto \$ 30.000.-

PROFESIONALES

Hasta el 15 de Julio \$ 40.000.-
Hasta el 15 de Agosto \$ 45.000.-
Posterior al 15 de Agosto \$ 60.000.-

Inscripciones: Av. Holanda 255, Providencia
Teléfonos: 3348294 – 3353339

Seminarios Clínicos 2004 "FINAL DE ANÁLISIS"

DIRIGIDO POR: **NOBERTO RABINOVICH**

Psicoanalista. Fundador y ex-analista miembro de la Escuela Freudiana de Buenos Aires. Miembro Asociado Sociedad Chilena de Psicoanálisis-ICHPA. Autor, entre otras publicaciones, de "El nombre del Padre" y "El inconsciente lacaniano"

Índice Temático

- 1.- Análisis Terminable e Interminable
- 2.- El Acto Analítico
- 3.- Signos del Final
- 4.- El Final del Análisis del Analista

El seminario constará de 10 reuniones que se desarrollarán los días **Sábado de 9.30 hs. a 12.30 hs.** Participarán también los psicoanalistas argentinos **José Zubermañ y Pura Cancina**, para hablar de sus recorridos personales y como jurados en la experiencia del pase del final de análisis.

Julio 10 y 24, Agosto 14 y 28, Septiembre 11 y 25, Octubre 16 y 30, Noviembre 13 y 27.

Valor por reunión : \$ 25.000.-

Lugar : Sede ICHPA

Inscripciones : Av. Holanda 255, Providencia Teléfonos : 3348294 – 3353339

WEB: www.ichpa.cl e-mail:ichpa@tera.cl

CURSO DE EXTENSIÓN Sociedad Chilena de Psicoanálisis- Ichpa ¿ QUE ES UN NIÑO ?

Coordinador: Dr. Eduardo Jaar

Profesores Participantes

**Carlos Pérez - Ana María Gonzalez de Olagaray - Ximena Muñoz - Sebastián León
Maritza Quevedo - Daniella Mirone - Albana Paganini - Zelma Alster
Analia Stutman - Nora Gardilic - Eleonora Casaula - Pilar Soza**

El curso constará de 8 reuniones se realizarán los días **Sábado de 9.30 a 12.15 hs.** en dos módulos y en las siguientes fechas: **7 y 21 de Agosto, 4 de Septiembre, 4 y 23 de Octubre, 6 y 20 de Noviembre y 4 de Diciembre.**

Temas

- Infancia con historia
- Reflexiones sobre qué es un niño
- El niño y su dibujo : normalidad y patología en el gráfico de 0 a 15 años.
 - " El pequeño salvaje " de Francois Truffeaut.
 - El niño en el discurso psicoanalítico
 - El niño y su psicosis
- Reflexiones en los bordes de la transdisciplina : Sobre Psicoanálisis y la terapéutica del lenguaje.
 - El niño en el contexto de la Intervención Temprana
 - Talleres Clínicos

Inscripciones

Holanda 255, Providencia. Teléfonos : 3348294, 3353339, 3329113.



CUPON DE SUSCRIPCION

REVISTA GRADIVA

UN AÑO	2 NUMEROS	\$ 9.000	☐
DOS AÑOS	4 NUMEROS	\$ 16.000	☐
TRES AÑOS	6 NUMEROS	\$ 21.000	☐

DATOS DEL SUSCRIPTOR

NOMBRE _____

R.U.T. _____

DIRECCION PARTICULAR _____

DIRECCION COMERCIAL _____

TELEFONO _____

FAX _____ E-MAIL _____

EFFECTIVO \$ _____ CHEQUE _____ T. CREDITO _____

FACTURA SI ☐ NO ☐

A NOMBRE DE _____

R.U.T. _____ GIRO _____

DIRECCION _____

IMPORTANTE: LA SUSCRIPCION OTORGA EL DERECHO A RECIBIR GRATUITAMENTE LOS NUMEROS EXTRAORDINARIOS QUE LA REVISTA PRODUZCA.

Agradecemos enviar este cupón con sus datos completos a nuestras oficinas vía fax o inscribirse a través de Internet en la siguiente direccion: www.ichpa.cl, E-mail: ichpa@terra.cl

Av. Holanda 255, Telefono: 3348294 . Fax: 2329113 . Providencia - Santiago

Revista Gradiva

Normas de publicación

1. Gradiva recibe para su evaluación contribuciones inéditas, de preferencia en castellano, relativas a temas psicoanalíticos o culturales de interés relacionado.
Salvo excepciones calificadas por el Comité Editorial, se podrán evaluar textos ya publicados en otros medios, que cuenten con la autorización de sus editores anteriores.
La revista se reserva el derecho de hacer modificaciones de estilo y redacción al texto original, previa información a los autores.
2. En cada trabajo deberá especificarse el nombre y dirección del autor, el título del artículo y los datos referenciales que el autor desee explicitar en la publicación (títulos, grados, pertenencias, etc.) Si han sido publicados anteriormente, deberá también detallarse el medio de publicación, el lugar de exposición, el idioma y la fecha.
3. Los trabajos se enviarán a la sede del ICHPA, Holanda 255, Providencia Santiago, a nombre de Gradiva.
Se solicitan tres copias del texto en su versión definitiva, (letra Times, cuerpo 12, espacio corrido), dos en forma impresa y una en disquette de 3.5, de 720 KB o 1.44 MB que puedan leerse en sistema Windows o Mac (Word, de preferencia) y en archivos en formato RTF.
4. Las notas al pie figurarán al final de la página correspondiente, asignándoles numeración consecutiva a lo largo del texto y no deben incluir referencias bibliográficas.
5. Las citas bibliográficas dentro del texto deberán ser exactas e incluir, entre paréntesis, autor, fecha y número de página.
6. La Bibliografía, al final del artículo, incluirá todos los trabajos citados, siguiendo un orden alfabético de autores. En caso de varias citas del mismo autor, éstas se ordenarán por orden cronológico, consignando los datos según la ejemplificación siguiente:
En caso de citas de libros, sólo el título se escribirá en cursiva, como por ejemplo:

Bion, W.R. 1985, *Experiencias en Grupos*, Barcelona, Paidós, p. 38

En el caso de citas de artículos, se deberá realizar del siguiente modo:

Pérez, A. 2000, *Identidad y psicosis*, Gradiva vol. 1, núm. 2, año 2000, p. 194.

7. La inclusión de gráficos o figuras deberá hacerse dentro de los límites de un procesador de palabras, aplicando el formato RTF. En caso de otras imágenes, se consultará al Comité Editorial.
8. El Comité Editorial está encargado de evaluar y cautelar la confidencialidad y la ética profesional de los artículos y, asimismo, de proponer modificaciones o rechazar en caso de considerarse que estas características no hayan respetado.

Las opiniones vertidas en esta publicación, son de exclusiva responsabilidad de sus autores.

La reproducción parcial o total de la publicación no está autorizada por los editores, porque viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.



INDICE

TEXTOS

La formación de los analistas
en tiempos de crisis
Hugo Rojas

De la pasión parental a la
homosexualidad incipiente
François Pommier

Ricardo III, una mirada
desde la perversión
Felipe Merello

¿(No) me queda la palabra?
Adriana Kaulino

Historización de la institución materna.
Del desamparo a la desolación
Ignacio Lewkowicz

Violencia y desamparo en la neurosis
Jaime Coloma

Perversión y significatividad
de la castración
Felipe Cortés

ESPACIO ABIERTO

Origen, género y memoria cultural:
huellas fotográficas de Leonora Vicuña
Gonzalo Leiva

Sociedad Chilena de Psicoanálisis
ICHPA
Holanda 255 - Providencia
Fono 334 8294-Fono fax 232 9113
E mail: ichpa@terra.cl
www.ichpa.cl